# LA LIMPIEZA DE MARTA

Libro Uno de la Serie de la Sirvienta Detective

Cyndia Rios-Myers

# LA LIMPIEZA DE MARTA

El Primer Libro de la Serie de la Sirvienta Detective

CYNDIA RIOS-MYERS

Este libro es para Cristina. Gracias por creer en Marta.

# Tabla de Contenido

AGRADECIMIENTOS
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capitulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treintaiuno
Capítulo Treintidos
¡HOLA, LECTORA! (O LECTOR)
SOBRE LA AUTORA
OTROS LIBROS ESCRITOS POR CYNDIA RIOS-MYERS (EN ESPAÑOL)

# AGRADECIMIENTOS

Tantas personas hicieron posible que La Limpieza de Marta pudiera existir. Gracias a Perry Myers de MSI Detective Services en Chicago, Illinois. ¡Gracias por responder a mis preguntas de investigador privado! Kerri Brown: gracias por responder a mis preguntas sobre la limpieza como negocio. Jennifer White: gracias por brindarme información sobre las maravillas del vinagre y por describir como las familias de los clientes afectan la dinámica de limpieza. Félix Negrón: gracias por brindarme conocimiento sobre cómo los clientes tratan a las amas de casa y las opiniones de las amas de casa sobre su trabajo. Sabrina Ríos: gracias por informarme sobre la etiqueta de dar propinas y cómo se siente estar presente mientras otros limpian su casa. Jessica Fitzgerald: gracias por dejarme saber cómo un cliente de limpieza puede convertirse en un amigo y cómo esos amigos pueden compartir experiencias de vida contigo.

Al no haber sido residente del área metropolitana de Chicago durante muchos años, recurrí a entrevistar mis increíbles amigos y familiares que todavía residen allí, o que lo han hecho en un pasado muy reciente. Entre ellos se encuentran Rachel Rios, Javier Diaz, Thania Rios, Aidan Burke, Elizabeth Travis-Quinto, Kate Dolack y, nuevamente, Rachel Rios (porque mereces ser mencionada al menos dos veces). Gracias a todos por mantenerme informada sobre todo lo relacionado con Chicago.

El mayor agradecimiento es para mi maravilloso esposo, Colby, y mi compañero en el crimen e hijo, Cade.

Todos los derechos de éste libro son reservados. Ninguna parte de este libro electrónico puede revenderse, regalarse o reproducirse de ninguna manera sin el permiso escrito del editor.

# Capítulo Uno

Ser ama de casa no era malo, porque había un tipo de honestidad que venía con el trabajo. Brindé un servicio que hizo felíz a mis clientes y limpiar era algo que hacía bien. No me estaba haciendo rica al hacerlo. Trabajar como contratista para Francis Street Cleaners, una pequeña empresa de limpieza de Chicago, Illinois, me dió suficiente dinero para cubrir mis gastos. Ganaba unos catorce dólares la hora, más propinas (que no siempre me lo daban, pero esa es otra historia). Me reembolsaron las tarifas de estacionamiento aquí y allá y recibí algo por millaje. Con todo eso, gané suficiente dinero para alquilar un apartamento, pagar mis facturas, la comida, el gas, el seguro del carro, e incluso algunos pedazos de cheesecake aquí y allá. Además, mi ron. Tenía que tomar mi ron Bacardí.

La verdad era que la limpieza fue facil. Sin embargo, era algo que podía hacer por mi cuenta, lo cual era muy importante para mí. Años de desilusiones, angustias y devastación crearon en mí el deseo de mantener mi vida en compartimentos. Disfruté la habilidad de poder controlar lo que me rodeaba; la ocupación de limpiar para otros me permitía hacer eso.

Prefería hacer la limpieza sola. No es que detestaba la compañía de mis compañeras de limpieza en Francis Street Cleaners; era solo que trabajaba mejor sola. Si solo tuviera que pensar en mis preferencias, podría hacer un plan de ataque para cualquier trabajo que tuviera que hacer. También estaba el hecho de que, si limpiaba sola, podría fisgonear. No de una manera que signifique infiltrarme en los cortafuegos de las computadoras o leer documentos financieros, sino mediante simple observación. Me gustaba obtener información sobre las personas en observar su modo de vivir. Qué marca de ropa llevaban, cómo vestían a sus hijos y cuántas botellas de vino vacías podría encontrar mientras vaciaba la basura. Era la mejor manera de ver a alguien por lo que realmente era. Si mi entretenimiento era fisgonear, limpiar, y limpiar bien, era la razón por la que me pagaban. Tengo métodos para limpiar bien.

Si el hotel Holiday Inn me llamaba para limpiar dos alas de habitaciones, sabía lo que tenía que hacer. Empujaba mi carrito por los pasillos a cierta velocidad. Tocaría la puerta de manera eficiente pero rápida, para alertar a los huéspedes de la habitación de mi llegada. Después de anunciarme, sabia cuánto tiempo esperar antes de usar mi llave maestra para entrar a la habitación. Una vez allí, cambiaba las corchas, hacía un recorrido para recoger la basura y la ponía en mi carrito. Después de eso, limpiaba el baño y rociaba todas las superficies. Lo último que haría sería aspirar la alfombra antes de

pasar a la siguiente habitación.

La casa de empeño que limpiaba significaba menos trabajo que el Holiday Inn. Barrí y mapie pisos, quité el polvo de vitrinas y limpiaba tres baños. Podría completar la limpieza del negocio en dos horas o menos.

Mi trabajo de limpieza menos favorito fue donde me encontraba actualmente: el condominio de la familia Taormina. No es que tuviera problemas para limpiar para una familia activa de cinco; era que la Sra. Taormina era una mujer de carácter fuerte.

A pedido de la señora, usé productos naturales para la limpieza del condominio. La semana anterior, la Sra. Taormina me había confiado sus preocupaciones con respecto a los vapores que emanan de los productos de limpieza típicos. Por temor a perder un contrato con ella, le hablé de los productos de limpieza ecológicos que podía usar. La contable de ojos verdes me dijo que podía intentarlo de nuevo con los productos de limpieza alternos que todavía no poseía.

¡Yo y mi boca!, gemí mientras que limpiaba. La bañera ubicada en el baño del pasillo era hecha de acrílico que antes era blanco, pero ahora se veía de color crema. Además, el acrílico era viejo. La superficie una vez lisa estaba picada y aspera. Los arañazos profundos guardaban suciedad vieja; las huellas de los niños Taormina y las garras de su labradoodle también habían dejado marcas. Mi esponja abrasiva verde no estaba quitando la suciedad, ni tampoco mi mezcla de desinfectante y el bicarbonato de sodio. Lo que hubiera ayudado serían los maravillosos borradores mágicos que desaparecían. Sin embargo, los borradores estaban en la lista de productos de limpieza prohibidos de la Sra. Taormina.

La única otra opción era una combinación de vinagre tibio y jabón para platos. Sin embargo, hacer y usar una mezcla de este tipo llevaría mucho tiempo. El olor de la mezcla era un problema, ya que un elemento adicional en la lista de "no" de la Sra. Taormina eran los olores persistentes de ningún tipo. Ella no me perdonaría un baño que olía como el interior de una bolsa gigante de papas fritas con sal y vinagre.

Satisfecha con mi trabajo allí, dejé la casa en North Ada Street y me dirigí a Jamie's Pawn Shop en Division Street que quedaba cerca de Wicker Park. La casa de Taormina y la casa de empeños eran trabajos razonables para las mañanas del dia de martes. Ese tiempo de dia significaba menos tráfico peatonal para Jamie's Pawn Shop. Afortunadamente, el tráfico de vehículos no fue demasiado terrible a esa hora de la mañana. Pero seguía siendo horrible, ya que era Chicago.

El tráfico de Chicago es una bestia. Llegar a cualquier parte mientras se confiaba en un automóvil y no en los autobuses era algo

importante con que lidiar. Se tardaba en llegar a cualquier sitio en la ciudad; un viaje a cualquier destino significaba tráfico, semáforos en rojo, falta de señales verdes o flechas para girar a la izquierda, problemas climáticos y accidentes. Sospechaba que una infraestructura diseñada antes de la llegada del uso generalizado del automóvil también causaba dificultades. Estaba tan desconcertada por el tráfico que pasaba gran parte de mi tiempo libre en casa, viendo televisión y leyendo libros. Sin embargo, al no poder volver a casa, busqué otra distracción.

Puse algo de música contemporánea para adultos en la radio mientras conducía. Después de estacionar mi carro, caminé rápidamente a través del aire fresco del otoño hacia la entrada trasera de la casa de empeño. También me puse en la mentalidad adecuada para limpiar el negocio.

Tuve que comportarme de manera moderada. Fácilmente me ignorarían, ya que era una típica sirvienta hispana y puertorriqueña, para ser más específico. La clase alta, la clase media alta y los escaladores sociales de Chicago me ignoraron con bastante facilidad. Sin embargo, los propietarios de la casa de empeño fueron amables conmigo. Quizás un poco distante, pero estaba bien.

Estaba terminando con el baño de empleados cuando sonó mi celular. Solté mi mapo y busqué mi celular.

—¿Hola?— Pregunté, conteniendo un suspiro. No quería interrupciones durante mi limpieza mañanera. Principalmente quería evitar hablar con mis compañeros de trabajo en Francis Street Cleaners. Sospechaba que estaban al otro lado de la llamada.

—¿Marta?— Preguntó la voz de Cándida Castro.

—Hola, Cándida. ¿Cómo estás?—

—Bien, Bien—, respondió Cándida, la secretaria de Francis Street en español antes de volver al inglés. —Mira, un bufete de abogados en North Clark necesitan una limpieza especial—.

Me puse nerviosa al escuchar la palabra "especial". Francis Street no tenía bufetes de abogados para clientes, aunque la propietaria de Francis Street, María Álvarez, siempre buscaba nuevos clientes. No sabía qué tipo de limpieza "especial" me esperaba en la oficina de abogados.

El pensamiento de abogados trajo a la memoria mi divorcio. Aníbal y yo habíamos recurrido a abogados baratos que nos ayudaron a acelerar la división de nuestros bienes y nuestras vidas. La firma de los documentos no resultó en la explosión de bombas, afortunadamente. Todos ellos detonaron y enfriaron durante nuestros doce años de matrimonio.

Dejé la memoria y volví al presente. Le pregunté a Cándida sobre la naturaleza de la limpieza.

—Bueno, un socio descontento dejó el negocio e hizo un lío. Tienes que ir allí, ahora, y limpiarlo—.

—Por favor, dime que el socio no ensucio encima de la alfombra—.

—No lo sé, pero si lo hiciera, sería una ventaja. Más dinero por ese tipo de mierda—.

María cobraría más dinero por la eliminación de fluidos corporales, lo cual era justo. Desafortunadamente, solo vería un pequeño pago de bonificación por ese tipo de trabajo.

Miré mi reloj mientras consideraba mis opciones. Había planeado ir a casa y ponerme al día con los programas de Judge Judy en mi DVR. Tuve la opción de rechazar el trabajo. Cándida podría llamar a otra persona. Aun así, algunos dólares extra y tal vez un nuevo contrato para María (y con suerte un trabajo adicional fijo para mí) también podría ser algo bueno.

—Envíame un mensaje de texto con la dirección y el nombre del contacto—, le dije a Cándida. No contuve mi suspiro esa vez.

# Capítulo Dos

Después de pagar una cantidad ridícula de dinero para estacionarme en un garaje a dos cuadras de distancia a mi destino, caminé hasta el edificio de gran altura que albergaba el bufete de abogados que me contrataron para limpiar. Era un edificio muy elegante. Tenía ventanas altas y muchos bancos en la acera que rodeaba el edificio. También tenía un jardín pequeño, pero bien cuidado, lo que lo convertía en una agradable escena al aire libre.

Después de pasar por seguridad, pedí el ascensor de servicio.

—Roto—, dijo un hombre afroamericano uniformado de mediana edad. —Sin embargo, debería arreglarse más tarde hoy—.

Tomé un respiro y lo solté. —Está bien… ¿qué tal ahora mismo? ¿Cómo llego a donde necesito ir?— Pregunté mientras señalaba mi balde con ruedas, que estaba lleno de artículos de limpieza.

—¿Cual piso?—

—Decimocuarto.—

Abrió los ojos detrás de las gafas. —Es tu día de suerte. Si hubiera sido el cuarto piso o más bajo, habría tenido que usar las escaleras. A la gente de los pisos superiores no le gusta que la ayuda se vea desaliñada y sudorosa—.

No me gustaba que la gente me llamaba 'la ayuda,' pero yo entendía mi posición. Aun así, no me gustaba la idea de subirme a un ascensor lleno de personas jóvenes profesionales. No es que tuviera un problema con ellos; es solo que parecían tener un problema conmigo con mi uniforme de sirvienta.

—¿Ascensores normales, entonces?—

—Sí. Camina por ese pasillo y hacia la izquierda,— dijo mientras señalaba con el dedo un lugar detrás de mí.

—Bueno. Gracias—.

Con eso, rodé mi cubo con ruedas y caminé sobre pisos de mármol que me llevaron a los ascensores. Me paré en la parte trasera de una cabina de ascensor vacía, esperando que las puertas se cerraran antes de que alguien más pudiera entrar. Suspiré cuando las puertas se cerraron y estaba sola. Sin embargo, mi alivio duró poco, ya que en el siguiente piso, las puertas abrieron de nuevo. Hombres y mujeres jóvenes vestidos en ropa de negocios se unieron a mí en el ascensor. Me ignoraron durante los primeros niveles, lo cual fue agradable.

Sin embargo, el silencio no estaba destinado. Segundos después, una mujer bonita de cabello castaño corto se volvió hacia mí.

—Hola—, me dijo.

—Hola—, respondí.

Me preparé para una conversación negativa. No era mi intención

estereotiparla, pero lo hice. Nuestra conversación no saldría bien debido a nuestras diferencias. La mujer llevaba tacones altos que no parecían baratos. Su traje de pantalón era oscuro y sofisticado. Su cabello y maquillaje se veían peinados y aplicados por expertos. Yo llevaba uniforme de sirvienta. No me importaba demasiado los cabellos que se habían suelto de mi moño.

—¿No sabe dónde están los ascensores de servicio?— La joven dijo sus palabras lentamente, probablemente asumiendo que yo no hablaba bien el inglés.

—Si, y están rotos—, respondí.

Vi como cabezas curiosas se volvieron hacia mí. Eso generalmente sucedía cuando la gente escuchaba mi acento estadounidense saliendo de mi cuerpo de aspecto muy hispano. Yo tenía la típica piel tono oliva/bronceada de la gente de Puerto Rico, junto con los ojos oscuros y el cabello oscuro. Yo era alta para una mujer puertorriqueña - 5'6 "- sin embargo, encajaba en el estereotipo ya que mi cintura era pequeña y mi trasero amplio.

—¡Oh! Tu inglés es tan bueno—, dijo la joven.

No recibí eso como un cumplido, ya que el inglés fue mi primer idioma y el español el segundo. Quería decir algo sarcástico, pero a mi edad, había aprendido que era mejor cuidar mis palabras en un ascensor lleno de extraños. ¿Quién sabía cuándo volvería a ver a esta mujer?

—Gracias—, respondí.

Ella me dio una sonrisa condescendiente y asintió con la cabeza antes de mirar hacia adelante de nuevo. A sus compañeros, les susurró que los ascensores de servicio estaban rotos, como si ellos no hubieran escuchado la conversación que había tenido lugar a treinta y seis pulgadas de distancia. Era desagradable ser ignorada y menospreciada. Sin embargo, estaba acostumbrada a eso. Mire fijo a la nada y esperé a que se iluminara el número catorce sobre la puerta.

Una vez que llegué a la entrada de la oficina de abogados, enderecé mi camisa de trabajo de algodón. Era marrón, junto con mis pantalones. El bordado amarillo deletreaba las palabras "Francis Street Cleaners" justo encima del bolsillo izquierdo del pecho. Me gustaba mi uniforme. María, la propietaria de Francis Street Cleaners, tenía muchas fallas, pero el mal sentido de la moda no era una de ellas.

Después de tomar un respiro, abrí la puerta de la oficina y saludé a la secretaria que estaba sentada detrás de un mostrador de recepción. La joven negra y bonita me miró con interés.

—¿Eres la sirvienta?— preguntó ella.

—Si. Estoy aquí para ocuparme de una oficina recientemente desocupada—.

Ella suspiró y asintió. —Sí. Esa sería la oficina de Ronald Moore—.

La mujer, Leonore, según la etiqueta con su nombre, se puso de pie y me indicó que la siguiera. Con mi cubo de ruedas, lo hice.

Las oficinas eran elegantes. Música instrumental en un estilo Zen susurraba a través de bocinas discretos encubiertos en las paredes. El aire estaba perfumado, pero no abrumador. Grandes plantas dieron vida a la amplitud de los espacios profesionales. Las áreas de espera parecían ser cómodas y las salas de conferencias también eran acogedoras. Sintiendo que mis zapatos se hundían en el tejido de la alfombra, supe que me gustaría limpiar el lugar con regularidad.

Al final de un largo pasillo, Leonore golpeó una tarjeta de acceso contra un pequeño panel negro elevado en la puerta. Después de un clic audible, agarró la manija y abrió la puerta.

Al ver la oficina, suspiré en voz alta. —Oh cielos—, dije mientras entré al espacio.

Esparcidas por toda la habitación, habían hojas de papel. Estaban encima de plantas, dentro de libros, en el suelo, en los anaqueles de un librero, entre los cojines de un sofá volcado y encima de un escritorio. El ocupante anterior, Ronald Moore, dejó anotaciones de manuscrito sobre su escritorio, las paredes y en secciones del techo. Incluso las ventanas tenían grafitis.

—No era un hombre bajito, ¿verdad?— Pregunté.

Leonore se río. —No. Ronald Moore era un cabrón de seis pies y medio—.

Después de comprender el alcance del trabajo, le dí a Leonore un resume: tiempo, esfuerzos y costo.

—Parecen tres horas de trabajo; quizás tres y media. Poner todo en orden no será un problema, pero quitar la pintura de los muebles y las superficies de vidrio requerirá el mayor esfuerzo. El costo de esto será de unos cientos de dólares. No menos de quinientos, pero no más de ochocientos.—

—A los socios no les importa. Solo quieren que todo esto desaparezca —, dijo mientras mocionaba con la mano hacia la habitación—, lo antes posible, y también de la manera más confidencial posible—.

Asentí. —Lo puedo hacer.—

Entonces, me fui a trabajar. Empecé por conseguir dos cajas de cartón grandes. Despues de eso, clasifique los papeles esparcidos allí. Tenía un contenedor para los que parecían importantes y otro para los que parecían basura. Entonces, enderecé los sofás y aspiré. Luego, limpié los muebles y quité la escritura de las ventanas y el escritorio.

Mientras tome una pausa breve para descansar las manos, me senté en el sofá y leí el grafiti en las paredes. Aparte de los insultos dirigidos a sus compañeros, muchos de los palabras invitaban la reflexión. Reconocí un refran, pero no el resto. Descansada suficientemente, me

levanté y volví a limpiar.

Tres horas después, me senté en la silla de la oficina de Ronald y examiné mi trabajo.

—No está mal—.

La pintura en aerosol en las paredes no la quite; mientras que podía usar un borrador mágico para deshacerme de la pintura en aerosol, quedarían manchas descoloridas en las paredes donde había estado la escritura. El bufete de abogados tendría que contratar a un pintor para que lo cubriera con tapaporos y pintura.

Lo último que tuve que hacer fue volver a colocar los gabinetes en el escritorio. Los metí todos, excepto por un cajón largo y delgado. Lo empujé, pero por más que intenté, no pude meterlo.

—Mierda—, maldije.

El aspecto desorganizado no serviría, ya que estaba decidida a hacer que la oficina se viera lo más impecable posible. Me levanté de la silla, volví a abrir el cajón y lo coloqué encima del escritorio. Después de eso, miré dentro del escritorio para ver qué podría estar impidiendo que se cerrara.

Fue entonces cuando lo vi: un sobre gris pegado al interior del escritorio. El pequeño paquete combinaba con el color interior del escritorio, razón por la cual probablemente que no lo vi cuando saqué las gavetas.

—Ah—.

Metí la mano en el interior del escritorio y saqué el sobre. Por un momento, me quedé mirando el paquete, preguntándome si era mi lugar abrirla. Hablando éticamente, probablemente no lo fue. Legalmente hablando, el tema estaba gris. Después de abrir el sobre, encontré un teléfono celular viejo.

—¿Qué tenemos aquí?—

El teléfono era un modelo antiguo de Nokia. Si me acordaba de las aplicaciones correctamente (había tenido un modelo similar unos años atras), el teléfono celular tenía capacidad de video, pero no para navegar por la web. Usando los botones, lo prendí. Segundos más tarde, hice clic en una flecha que apuntaba a la derecha, lo que indicaba un video.

—Te cogí, hijo de puta—, dijo la voz grabada.

Surgió una imagen temblorosa; el video se centró en un hombre de mediana edad, corpulento, calvo, de piel clara y que vestía lo que parecía un traje costoso. El hombre fue filmado entrando en lo que parecía una habitación de motel. Detrás de el lo seguía lo que parecía una muchacha adolescente.

—No—, dije débilmente. Estaba horrorizada. Era una cosa saber que ocurrieron atrocidades de esa naturaleza; era otra dar testimonio de ello.

El video saltó a la filmación de documentos; Leí nombres y cantidades monetarias que me sorprendieron. El video luego cambió a una reunión de algunas personas sentadas en una mesa en una habitación oscura. Algunos hombres no hablaban, pero tenían los brazos cruzados sobre el pecho. Otros hombres hablaban, quizás demasiado rápido. Parecían asustados.

—Ya los tengo a todos—, susurró la voz del hombre enojado, "y van a pagar". El hombre hablaba de la manera como lo hacía un actor de película. Pero fue real.

No pude ver nada más, así que apagué el teléfono celular.

—Mierda—, susurré, rompiendo mi regla de no maldecir verbalmente. —Oh, mierda. Mierda. ¿Qué acabo de ver?— Murmuré.

Después de unos momentos de respiración profunda, se me ocurrió un plan. Cogí el teléfono de la oficina y marqué lo que pensé que era el escritorio de la secretaria Leonore.

—Ummm ... ¿Me habla la sirvienta?— ella preguntó.

Suspiré. La sirvienta tenía nombre. Sin embargo, no comente.

—Leonore, creo que el abogado Ronald dejó algo atrás. Algo bastante sensitivo—.

—¿Qué dejo?— preguntó, de repente sonando muy preocupada.

—Creo que deberías venir acá para verlo—.

—Voy ahora—, dijo.

Colgué el teléfono del escritorio y esperé. Pensando mejor en mi posición, me levanté de la silla y me apoyé en el escritorio. Tan pronto como Leonore entró a la oficina, dió una vuelta para mirar la habitación.

—Guau. Hiciste un gran trabajo—, dijo Lenore, sonando sorprendida.

—Gracias. No es tan difícil. Solo lleva tiempo y un poco de esfuerzo. Tendrás que traer a alguien aquí para pintar las paredes—.

Ella asintió. —Si. Una compañía de pintura estará aquí esta noche —.

En ese momento, se abrió la puerta de la oficina. Un hombre de cabello color rubio y vestido en un traje azul entró en el espacio.

—Entonces, ¿qué es este material sensible?— preguntó.

—¿Quién es este?— Le pregunté a Leonore. No esperaba a nadie más.

—Este es Mark Simpson. Es uno de los abogados aquí—.

Miré al abogado recién llegado. Intenté comparar su rostro con los que había visto en el video. No pude, pero eso no significaba nada. Yo no era un profesional legal de ningún tipo, pero tuve la sensación de que cuantos menos ojos vieran el video, mejor sería. Además, tuve la sensación de que, si bien podía confiar en Leonore, no sentía que pudiera confiar en el abogado recién llegado.

—¿Es un socio?— Yo pregunté.

Leonore se sonrojó; Mark parecía un poco molesto.

—¿Qué tienes y por qué lo escondes?— preguntó el abogado.

Volví a mirar a Leonore y negué con la cabeza. —Leonore: esto no es algo para los ojos de aquellos que ... no son parte de esto. Probablemente quieras a alguien con más experiencia para manejar esto—.

Afortunadamente, Leonore pareció comprender y confiar en mi sentido de urgencia. Se volvió hacia Mark y habló con firmeza. —Mark: ¿podrías darnos privacidad?—

—No—, argumentó. —Quiero saber qué está pasando—.

Vi como el pecho de Leonore se hinchaba. —No necesitas saber qué está pasando. El mantenimiento de esta firma es una de mis responsabilidades. Tienes que irte ahora—, afirmó Leonore. Vi como cerraba la distancia entre ella y Mark, lo que puso al abogado nervioso. Me quedé impresionada.

—Bien—, dijo el abogado, retrocediendo un par de pasos. —De cualquier manera, averiguaré lo que está pasando.—

Mark se fue de la oficina. Después de que la puerta cerró, Leonore volvió hacia mí.

—Noto que tienes experiencia manejando personas tercas. ¿Qué tipo de experiencia tienes?— Le pregunté.

—¿Qué quieres decir?— ella preguntó.

—Pensé que eras una secretaria—.

—Si, lo soy—.

Me encogí de hombros, ya que de todos modos no importaba. —Bueno—.

Leonore se movió sobre sus pies por un momento. —Estoy estudiando psicología y también leyes. También practico Jiu-Jitsu brasileño—.

Me reí. —Se nota—.

Recordándome de la importancia del video, le entregué el teléfono. —Pegado al interior del escritorio había un sobre gris que contenía este teléfono—.

Leonore lo tomó y estuvo a punto de presionar el botón de encendido. La detuve con una mano. —Si prendes eso, verás cosas que ... te molestarán—.

Su pulgar se cernió sobre el botón de encendido. —¿De Verdad? ¿Qué implica este ... video?—

—¿Ronald Moore era socio?— Me refería al dueño anterior de la oficina en que estábamos.

—Sí—, respondió ella, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No conozco la terminología, así que tendrás que tener paciencia conmigo. ¿Fue Ronald un ... socio importante?—

Ella sacudió su cabeza. —No—.

Suspiré. —Hay videos ahí. Si tuviera que adivinar, diría que se nombran socios de este bufete de abogados. En estos videos hay personas importantes, y están haciendo cosas que no deberían estar haciendo—.

Leonore parpadeó mucho y suspiró. —Mierda—.

Intenté describir las personas que vi en los videos. Leonore asintió, pareciendo saber de quién yo estaba hablando, pero tampoco lo confirmó.

—¿Viste a un hombre asiático de altura baja?— preguntó.

El único video de personas en grupo que había visto era el de los caballeros sentados en una mesa. No recordaba haber visto a un hombre asiático en la grabación. Negué con la cabeza. —No lo vi.—

Leonore dejó escapar un suspiro de alivio. —Hay, que bueno. Ese sería Stephen Nguyen. Es un socio aquí y un hombre de buen carácter. Él está aquí hoy, gracias a Dios—.

—¿Vas a enseñarle el video en el celular?— Pregunté mientras señalaba el teléfono.

Ella asintió. —Si. No me haré cargo de esto—.

Sentí que mi tiempo de limpieza había llegado a su fin. Recogí mi equipo y miré a Leonore.

—Si estás satisfecha con el trabajo que hice aquí hoy, en cuanto a limpieza—, clarifiqué, "por favor, avísele a mi gerente. Francis Street le envió la orden de trabajo por correo electrónico. Allí encontrará la información de contacto de mi jefa—.

—Por supuesto—, dijo Leonore con una leve reverencia.

Me dirigí a la puerta cuando ella me detuvo. —¿Marta?—

Eso me sorprendió; no creí que la secretaria recordara mi nombre.

—¿Sí?— Pregunté mientras me volteé hacia ella.

Tocó el viejo teléfono Nokia que tenía en la mano. Pensé que el teléfono viejo y resistente podría manejarlo, así que no dije nada a eso.

—¿Cuál es tu pasado? Parece que usted tiene experiencia interesante—, preguntó, con énfasis en la parte "tu" de la pregunta.

—Fui policía—.

Asentí con su expresión de sorpresa antes de recoger mi equipo y salir de la oficina del bufete de abogados.

# Capítulo Tres

El trabajo de limpieza de la oficina de abogados causó que llegara a casa tres horas más tarde de lo esperado. Eso significó más tráfico y más dificultades para encontrar estacionamiento fuera del apartamento. Afortunadamente, mi Ford Focus azul de cinco años encajaba fácilmente en lugares pequeños.

Vivía en un apartamento en 6245 North Springfield Avenue, que era un vecindario en el lado oeste de la ciudad de Chicago. La comunidad contaba con casas de empeño, peluquerías, farmacias, tiendas de comida hispana y algunos garajes. La calle en la que vivía presentaba casas de ladrillo de varios niveles. Mi hogar era una casa adosada de tres unidades. Estaba amurallado como Fort Knox, con una verja de seis pies y medio y una puerta cerrada con llave que impedía la entrada a personas desconocidas y otros indeseables.

Mi pequeño pero lindo apartamento ocupaba todo el tercer piso. Mi puerta principal se abrió al comedor; a la derecha de ella estaba la sala con ventanas que daban a la calle; un pequeño dormitorio estaba fuera de él. En el lado opuesto del comedor había un pasillo corto que conducía a la cocina. Dentro del pasillo estaban las entradas al dormitorio principal y al baño. Mi decoración era simple: muebles sencillos y el menor desorden posible. Si tuviera que limpiar durante mi tiempo libre como limpiaba cuando trabajaba, probablemente me volvería loca.

El vecindario era habitable. No se veía atractivo, pero se sentía familiar. Doña Justa, la dueña mayor de edad y viuda, vivía en la planta baja de la casa. A ella le gustaba visitarme todas las semanas. Eso me parecía bien, ya que disfruté haciendo lo mismo por ella. Dos hermanos compartían el sótano de la casa. No los veía mucho.

El barrio en sí era predominantemente hispano y mayormente puertorriqueño. Curiosamente, no era como Puerto Rico, un lugar con el que estaba muy familiarizada ya que había vivido allí por muchos años.

Todavía era un recién llegado a Chicago. Comencé mi vida en Boston, Massachusetts, y viví allí hasta los diez años, que fue cuando mis padres, Zoraida Mercado y Esteban Morales, nos trasladaron a mí y a mi hermano mayor Rafael a Arecibo, Puerto Rico, la tierra donde nacieron y crecieron. Ese traslado fue el choque cultural de mi vida.

Mientras todavía vivíamos en Boston, con frecuencia íbamos a Puerto Rico durante las vacaciones de verano. Había sido divertido. Visitamos a los abuelos en sus casas en las montañas, jugamos con nuestros primos, perseguimos gallos, ayudamos a matar y asar cerdos, y disfrutamos de todo tipo de comidas y pasatiempos en la playa antes

de regresar a nuestra casa en los Estados Unidos.

El plan había sido que creciéramos en Boston. Mi papá tenía un trabajo como vendedor de seguros y también como gerente en una tienda de muebles. Mi madre era secretaria de la parroquia donde asistíamos a la misa.

Todo eso cambió cuando mi hermano Rafael, que entonces tenía trece años, se encontró con la gente equivocada. Sin embargo, era inevitable que sucediera. Mi papá tenía dos trabajos; mamá también trabajaba muchas horas. Papá dijo que había estado vigilando a los niños del vecindario que estaban empezando a buscar problemas para meterse. Esteban Morales juró que la primera vez que tuviera que ir a recoger a su hijo Rafael Morales al cuartel de la policía sería la última vez. Papá no estaba mintiendo. El día después de que llamaron a mi papá para que recogiera a mi hermano en un distrito local, puso nuestra casa a la venta y compró cuatro pasajes de ida a Puerto Rico.

Había sido super duro asimilar la cultura puertorriqueña. En Boston, dejé los amigos y la rutina que había conocido y amado. Ya no tenía las estaciones de radio que escuchaba, así como los programas de televisión que conocía y amaba. En Puerto Rico se encontraban estilos musicales como la salsa y el merengue; Las telenovelas dramáticas y los programas de juegos demasiado estilizados reemplazaron mis programas de policías favoritos.

Las escuelas puertorriqueñas eran muy diferentes a las de Boston. En Puerto Rico, todos vestían uniformes, tanto los niños de las escuelas públicas como los de las escuelas privadas. Los planteles escolares se veían muy diferentes. Todos los salones daban a patio. Además, los programas deportivos escolares eran diferentes de los programas deportivos escolares estadounidenses. El clima también era diferente, al igual que la gente.

Tuvimos que volvernos diferentes. Y lo hicimos. Afortunadamente, nuestras escuelas tenían traslados de estadounidenses como nosotros. Nos de adaptarnos a la vida en Puerto Rico y, al mismo tiempo, seguimos practicando nuestro inglés hablando entre nosotros.

Aprender a hablar español a tiempo completo había sido difícil. Mientras llegamos a Puerto Rico hablando un poco del idioma, no teníamos la fluidez como nuestros primos, tías y tíos; desafortunadamente, se apresuraron a burlarse y señalar nuestras deficiencias. La atención negativa sirvió como un excelente motivador para perfeccionar nuestro español lo más rápido posible.

Mi hermano Rafy se asimiló a la cultura puertorriqueña con bastante rapidez. Mientras se portaba como el gringo mujeriego, se aplicó a sus estudios. Se graduó de la escuela superior con un promedio de 4.0 y luego fue a la universidad comunitaria para obtener un asociado en justicia penal. Se convirtió en policía. Había

sido miembro de la policía de la Municipalidad de Arecibo por más de veinte años. Todos estábamos orgullosos de él.

En cuanto a mí, la vida no resultó como la había planeado. Subiendo los escalones hacia la puerta de hierro forjado que protegía mi edificio de apartamentos, pensé en cómo vivía. La vida, en su estado actual, no era mucho de que estar orgullosa. Suspiré mientras abría la puerta y me dirigía a mi apartamento del tercer piso.

Estaba tranquilo, por supuesto, ya que vivía sola. Ocho años atrás, me había divorciado de mi marido infiel, hijo de puta y chupa-vidas. Aníbal Robles se había casado con la puta con la que me había estado engañando. Incluso había formado una nueva familia con ella. Mi corazón, mi hijo, Héctor Adán Robles, también se había ido.

Ahora estaba sola. Bueno, yo, un DVR y las grabaciones de Judge Judy.

# Capítulo Cuatro

A la mañana siguiente, mi teléfono celular me despertó. Aparté mi cabello largo, castaño y rizado de mi cara y miré los números rojos brillantes que venían de mi mesita de noche. Eran las seis de la mañana.

—¿Qué?— Gemí a nadie ni a nada en particular. No debía estar en mi primer trabajo de limpieza hasta las 9:30 de la mañana.

Aun así, me incliné y agarré el teléfono. No reconocí el número que me llamaba.

—Esta es Marta—, dije.

—¿Marta Morales Robles?— preguntó una voz que no estaba acostumbrada a decir mi nombre.

El tono de voz severo y la combinación de mi apellido de soltera unido al apellido del hijo de puta me hicieron sentarme erguida y alta.

—Esta es ella—.

—Hola. Habla el detective Kevin Connelly del distrito 12 en Blue Island Avenue. Necesito que vengas al cuartel para hacer una declaración—.

¿Hacer una declaración de qué?

—¿De qué se trata esto?— Pregunté, aunque ya tenía mis sospechas.

—¿Fue usted la sirvienta quien limpió la oficina de Ronald Moore en Smithers and Associates ayer por la tarde?—

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, respondí. —Fui yo—.

—Necesitamos que haga una declaración sobre el video del teléfono celular que vio—.

Me sonrojé, sintiéndome como si me hubieran atrapado haciendo algo que se suponía que no debía estar haciendo.

—Está bien ... ¿cuándo me necesitas allí?—

—¿Puedes venir a las 8 a.m.?—

Mentalmente calculé la distancia entre Blue Island Avenue y mi primer trabajo del día: cuarenta minutos.

—Estaré allí—.

Aturdida, colgué el teléfono y miré al vacío un rato. ¿En qué me había metido? Sin embargo, no tenía sentido posponer las cosas, así que seguí adelante.

No quería vestirme con mi uniforme de sirvienta para ir al cuartel, pero no tenía otra opción. Sería una estupidez volver a casa a cambiarme y perder tiempo, dinero y gasolina. Para estar más presentable (y fortalecerme emocionalmente), me puse un poco de maquillaje y aplique loción perfumada a mis manos. Con eso, salí de mi apartamento. Los nervios hacían que el largo viaje en el carro

pareciera corto. Los mismos nervios me hicieron estacionar mi carro de manera descuidada. Lo que no ayudó a mi estado de ánimo fue el hecho de que ahora era dos veces en una semana que tenía que pagar altas tarifas de estacionamiento. Sin embargo, Francis Street Cleaners solo me reembolsarían una de ellas. ¡Que mierda! Maldije mentalmente.

Salí del estacionamiento y me dirigí hacia la estación de policías. El edificio era bastante caro y moderno con mucho vidrio y ladrillos blancos. La estética se veía mucho mejor que en los recintos que había visto en Puerto Rico, así que tuve que aprobar de eso. Sin embargo, el café en el recinto no pudo haber sido tan bueno como el café puertorriqueño que había tomado allí. Además, en las calles del edificio faltaban los quioscos que vendían pinchos, empanadillas y pastelillos.

Después de entrar, pasé por detectores de metales. Por alguna razón, el guardia de seguridad decidió apartarme para usar una varita en mí. Suspiré mientras extendía mis brazos y piernas. Mantuve un ojo sobre la guardia mientras pasaba la sonda por mi pecho y mi trasero. Con el examen terminado, agarré mi cartera y me dirigí a los ascensores.

No tuve que subir demasiado, solo al tercer piso. Una vez allí, dejé escapar un suspiro que no sabía que había estado conteniendo. Los recuerdos inundaron mi conciencia. Una vez más, anhelaba lo que podría haber sido, pero no resultó ser.

# Capítulo Cinco

Después de que le dije a alguien que estaba allí para ver al detective Connelly, una secretaria me dirigió a un banco para esperar. Desde allí, vi un gran número de escritorios ocupados. Los teléfonos sonaron, las risas chillaron y se elevaban voces enojadas. El espacio estaba muy vivo, como yo lo había estado una vez.

La mudanza a Puerto Rico desde Boston cambio la forma de ser de mi hermano; me impresionó tanto que quería ser como él. Para su consternación, seguí a Rafy para todos lados. Intenté seguirlo a sus prácticas de banda (Rafy tocaba la batería) y a sus juegos de baloncesto, pero mi mamá me apartó y me leyó la cartilla sobre el comportamiento adecuado de una buena señorita.

Junto con mi adoración de héroe por mi hermano Rafy, había admirado a los oficiales de policía. Me encantaron los uniformes, los vehículos, las insignias brillantes y la forma en que siempre estaban dispuestos a poner todo en juego para ayudar a quien lo necesitara. En el corazón de mi admiración estaba la manera en que los oficiales de policía usaban sus cerebros para resolver problemas. Quería ser parte de eso, así que, durante la cena una noche durante mi último año de la escuela superior, anuncié mi intención de convertirme en oficial de policía, como lo era mi hermano mayor Rafy. Rafy se enojó. Todavía recordaba lo enojado que se veía. Sus cejas oscuras se dispararon sobre su piel oscura, y me regañó.

—¿Por qué quieres ser como yo?— dijo enojado durante su cena de arroz blanco, habichuelas rosadas y chuletas fritas.

—Esto no se trata de ti—, le contesté.

—Por supuesto que lo es—, dijo mientras se burlaba. —No se te ocurre una idea original—.

Mi papá detuvo a mi hermano con la mano.

—Cálmate, Rafy. No hay forma de que ella amenaza tu posición en la fuerza policial. Ella es una mujer—, dijo.

Antes de que pudiera defender mi género ante mi padre, mi hermano continuó expresando su tren de pensamientos desordenados.

—Por supuesto que no—, estuvo de acuerdo. —¡Soy un hombre adulto que es bueno en su trabajo y patea traseros! Ella—, dijo mientras me señalaba, —es una niña pequeña que quiere jugar juegos de hombres—. Entonces, mi hermano idiota me miro. —¿Por qué no puedes ir y ser maestra o enfermera? Esas son profesiones de mujeres —.

—Quiero ser policía—, afirmé.

Rafy se volvió hacia nuestra madre. —Mami: dile que no—.

—Ella no puede decirme que no—, le contesté.

Mi mamá saltó a la discusión. —Puedo decirte lo que quiera—, respondió.

Luego, mientras Rafy sonreía, Zoraida Mercado se lanzó a una lista de razones por las que ser policía era inapropiado para mí.

—Te estas escondiendo detrás de tu mami—, le dije.

Mi insulto bien dirigido encontró su marca. La sonrisa de Rafy desapareció de su boca y la fealdad brotó de ella. Lo ignoré y seguí cenando. Cuando Rafy bajo la intensidad de su enojo, mi padre habló.

—Marta: ¿qué piensa Aníbal?—

Eso me hizo suspirar, lo que mi idiota hermano aprovechó como una oportunidad para dejarme saber lo que pensaba de Aníbal, mi novio.

—De ninguna manera va a querer un policía por esposa—, afirmó. —Aníbal parece un tipo moderno, pero déjame decirte que es un hombre tradicional. No te dejará ser policía—.

Se me fue la calma.

—¡No estamos COMPROMETIDOS!— grité.

—Pero quieres estarlo—, respondió.

El recuerdo de mi exmarido Aníbal me enfureció más, así que guardé el recuerdo de la conversación que marcó mi vida. En cambio, me concentré en los oficiales de policía que tenía ante mí y me pregunte qué podía haber sido. ¿Hubiera sido feliz como oficial de policía a largo plazo? ¿Me habrían tomado en serio? ¿Qué tan difícil me hubiera costado avanzar? ¿Habría sido más arduo físicamente que ser sirvienta? ¿Me habrían tratado con más respeto?

Un caballero hispano, mayor de edad cruzó mi campo de visión y abandoné todo pensamiento sobre baldes de limpieza e insignias brillantes. Miré a la cara y noté rasgos faciales afilados. Supuse que era puertorriqueño como yo, o cubano, o quizás de algún país suramericano como Argentina. Noté también que estaba bien vestido, con traje y corbata. Sin embargo, tenía dificultad para caminar. Esto me hizo sentir aún más curiosa.

Un hombre joven se unió al hombre hispano. El joven escoltó al mayor hasta el escritorio de un oficial que noté por primera vez. El oficial de policía que estaba sentado estaba vestido en pantalones, camisa y corbata, así que modifiqué mentalmente su rango para el de un detective. Vi como el detective se levantaba para estrechar la mano del caballero hispano; asintió con la cabeza al hombre que lo escoltaba. El breve saludo me hizo pensar que probablemente el joven también trabajaba en el cuartel.

Absorto, escuché como el caballero hispano (cuyo acento ahora podría ubicar como colombiano) contaba una historia en español de lazos familiares y lealtad. Él (de nombre Señor Eusebio Horta de Ramos) explicó su dolor por el hecho de que su hermano Xavier y su

sobrino Ramón no pudieron darle a cierto alguien la educación firme que el sobrino en cuestión requería. El joven mencionado, Enrique, sobrino nieto del señor Horta, cayó en una vida de crimen que había herido a muchos, dijo el señor Horta. Comprendió que su sobrino nieto podría tomar venganza contra él por ir a el cuartel, pero de todos modos, el Señor Horta tenía cáncer terminal. Quería hacer lo correcto para que la gente dejara de ser lastimado por su sobrino nieto.

Observé el rostro del detective mientras escuchaba al intérprete contar la historia. Suspiró en los momentos adecuados y asintió con la cabeza a los demás.

Era un hombre imponente; el detective. Tenía la piel bronceada y una cabeza calva que estaba muy bien formada. Las cejas de color marrón oscuro enmarcaban unos ojos oscuros de aspecto astuto. Una nariz afilada y un bigote me hizo recordar a un protagonista de un programa de televisión de detectives.

Los hombros del detective eran anchos y redondos. Las correas de su pistolera sobre los hombros acentuaron aún más su amplitud, y tragué. Haciéndome tomar un respiro, me obligué a concentrarme en la conversación que el intérprete estaba interpretando del español al inglés (y viceversa).

Fruncí el ceño mientras consideraba la elección de palabras del intérprete. Sentí mucha empatía por el señor Eusebio y me frustré porque el intérprete fallo algunos datos que se perdieron y confundieron. Antes de que pudiera pensar en lo que podía hacer por el señor Eusebio, me distrajo el sonido de un carraspeo al frente mio.

—¿Puedes entenderme?— La voz de un hombre se escuchó, fuerte y lenta.

¿Había dos intérpretes a tiempo completo en un recinto? Eso me sorprendió, ya que no eran baratos. Quizás demasiados caros. El intérprete malinterpretó mis cálculos de dotación de personal y financiación con dudas sobre mi comprensión del idioma inglés.

—¿Como te llamas? *What is your name*?—

—Marta—, le respondí.

—¿De dónde eres?— Preguntó en voz alta y lentamente.

—Boston, Massachusetts—, le respondí, usando la misma forma de hablar fuerte y tensa que él había empleado.

Escuché risas detrás del intérprete que ahora tenía las mejillas rojas.

—¿Hablas inglés?— dijo el hombre en un tono de voz más moderado.

—Suena así—.

—¿Por qué no mencionaste eso?—

—¿Por qué asumiste que no hablaría inglés?— Yo respondí.

El hombre bien vestido suspiró y se puso de pie.

—Bueno ... no me respondiste, y estas vestida como..." No terminó su declaración, pero señaló mi uniforme con un gesto de la mano.

Bueno, tenía puesto mi atuendo de sirvienta.

Me sonrojé y me encogí de hombros. —Como una sirvienta hispana. Eso es justo—.

El asintió. Lo miré por un momento. Era un poco guapo, como al estilo Clark Kent pero hispano. Quizás un poco joven, pero atractivo y bien vestido. Decidí seguir dándole un mal rato.

—Oye. ¿No se supone que debes presentarte primero? ¿No hay algún tipo de palabras introductorias que tienes que decir antes de empezar a interpretar? Algo como: "Mi nombre es fulano de tal y mis palabras no serán mías, sino de la persona para la que estoy interpretando ...—

Eso hizo que el interprete se reia a carcajadas.

—Si. Mi nombre es James Loza y seré su intérprete para su entrevista —.

Eso me hizo reír. —Bueno, hola, James.—

—No estoy tan seguro de que necesites mis servicios—.

—Bueno, no estoy segura de eso. Hay muchas cosas sucediendo aquí que podrían interpretarse.—

James sonrió de nuevo. Incluso llegó a sentarse a mi lado en el banco.

—Bueno. ¿Qué puedo interpretar para usted, señorita Marta?—

Su manera coqueta y halagadora me hizo reír de nuevo. —Bueno. Parece que hay presentes dos intérpretes a tiempo completo. Este recinto debe tener mucho dinero—.

James se sonrojó. —Que lista eres, Marta—.

Luego explicó que solo había un intérprete de tiempo completo, no él, sino el otro, un hombre llamado Chris Molina. James Loza era un interno de psicología en la Universidad de Chicago.

Nuestras bromas fueron interrumpidas por un verdadero oficial de policía.

—¿Marta Morales?— preguntó. La voz estaba llena de convicción y autoridad.

—¿Sí?—

—Soy el detective Connelly—.

El nombre y la voz familiar me recordaron el motivo de mi visita. Me levanté rápidamente y me alisé la camisa y los pantalones.

—Sígueme". El detective pelirrojo se volvió hacia un camino entre filas de escritorios, confiado en que lo seguiría.

Me volví hacia James, el intérprete, que se había puesto de pie conmigo.

—Creo que estarás bien de aquí en adelante—, anunció.

—No lo sé. ¿Puede interpretarme el tráfico de Chicago?—

James se río y negó con la cabeza. —No. Eso está mucho más allá de mi nivel de comprensión—.

—¿Puedes interpretar los DVR y los malos jefes?—

En lugar de responder eso, se sonrojó y me entregó su tarjeta comercial. —Hoy es tu dia de suerte. Los malos jefes y los DVR son cosas en que soy experto. Envíame un mensaje de texto alguna vez—.

Me sonrojé cuando le quité la tarjeta de visita de color marfil. Yo había estado coqueteando y él también. Habíamos progresado hasta un posible contacto externo futuro. Estaba emocionada. No podía recordar la última vez que me sentí así.

—Espero que sus tarifas sean razonables—.

James se encogió de hombros. —Tendrás que verificarlo—.

Con eso, su cuerpo delgado y bien vestido se paseó por una fila entre escritorios y dobló una esquina, donde lo perdí de vista.

—Wow—, me susurré a mí misma.

El detective Connelly eligió ese momento para aclararse la garganta. Avergonzada, me volví hacia él.

—Lo siento. Me distraje un poco allí—.

—Lo note—, dijo poniendo los ojos en blanco.

Me sentí culpable pero no repetí la disculpa. Diablos, estaba allí haciéndole un favor al detective.

—Si me puedes seguir—, dijo el detective Connelly, caminando por el mismo camino que James había caminado, pero sin el encanto que tenía el intérprete.

# Capítulo Seis

Una vez sentada, me tomé el tiempo de mirar al detective Connelly. Tenía el pelo corto, rizado y rojo, piel clara pero pecosa y ojos que eran de un tono de azul cielo. Se veía musculoso. Lo puse alrededor de los 35 años. Y era guapo, decidí, lo que complicaría las cosas ya que estaba a punto de ponerme una armadura emocional.

Dejó de escribir en una libreta, y saco una grabadora de su escritorio. Antes de presionar el botón de grabación, me hizo una pregunta.

—¿Te importa si grabo esto?—

—¿Me importa si grabas qué?— Yo respondí.

Parpadeó y luego respondió. —Esta charla—.

—¿Esta charla?— Cuestioné. —¿Me estás interrogando o me estás entrevistando?—

El detective se reclinó en su silla y me observó un rato. Me imaginé que estaba tratando de hacer que me pusiera nerviosa y que confesaria todo lo que tenía a la mente. Yo conocía ese baile; él no me haría tropezar.

Un minuto más tarde, sonrió. Fue una sonrisa atractiva.

—¿Por qué siento que no estoy recibiendo el encanto que estaba obteniendo James Loza?—

¿Entonces no fui encantadora? ¿Acaso eso me hizo la mala?

—James era un intérprete—, le expliqué. —Un partido neutral. Eres detective y no tan neutral—.

Su sonrisa desvaneció, desafortunadamente. Fue una lástima. Pero las cosas tenían que ser como tenían que ser. Nadie más me cuidaría más que yo.

El detective Connelly se inclinó hacia adelante y mantuvo el dedo sobre el botón de grabación.

—¿Estás de acuerdo en que grabe esta entrevista?—

—Yo, Marta Morales, doy mi consentimiento para una entrevista sobre los hechos ocurridos en el bufete de abogados Smithers and Associates a las 2 p.m. el martes 21 de octubre de 2018—.

—¿Dónde aprendiste esa jerga?— Preguntó Kevin Connelly después de presionar temporalmente el botón de pausa.

—Aquí y allá—, dije mientras me encogía de hombros. —¿Podemos seguir con esto?—

En lugar de responder, presionó el botón de grabación y se nombró a sí mismo. —Detective Kevin Connelly, miércoles veintidós de octubre de dos mil dieciocho. Entrevistando a la señora Marta Morales sobre los hechos ocurridos en Smithers and Associates el martes veintiuno de octubre de dos mil dieciocho—.

Tragué nerviosamente. La grabación de la entrevista hizo que todo pareciera más real.

—Señora Morales, ¿cuál es su ocupación?—

—Soy una sirvienta de Francis Street Cleaners—.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para ellos?—

Suspiré mientras pensaba en ello. —Cuatro años, aproximadamente. Antes de eso, trabajé en un hotel Holiday Inn. También era sirvienta—.

El detective Connelly me escudriñó, mirándome con una mirada que me atravesó hasta lo más profundo. Guau. Me dio la impresión de que era bueno investigando.

—Ayer por la tarde, ¿Quién le dio la tarea de limpieza para Smithers and Associates?—

—Cándida Castro, la asistente administrativa de Francis Street. Ella llamó y me dió la opción de hacerlo. Creo que la orden vino de María Álvarez—.

—¿Es María Álvarez la dueña de Francis Street Cleaners?—

—Si—.

—¿Por qué aceptaste el trabajo?—

Me sonrojé por un momento. —Yo… acepté el trabajo porque tenía tiempo y sería más dinero. Si lo hubiera rechazado, otra sirvienta lo habría tomado—.

El detective Connelly asintió y escribió en su libreta.

—¿Quién te recibió en la oficina de abogados?—

—Leonore ... no sé su apellido—, dije mientras me sonrojaba. De nuevo. —Ella era la recepcionista—.

—¿Puedes describirla?—

—Seguro. Medía aproximadamente cinco pies, diez pulgadas, tal vez ciento cincuenta libras, afroamericana. Ella tiene ojos de color marrón oscuro y es de cabello oscuro, y corto. Llevaba una chaqueta negra con una blusa verde debajo —.

—¿Ella te acompañó a tu área de limpieza?—

—Si. La oficina recientemente desocupada de Ronald Moore—.

—¿Era la primera vez que oía hablar de Ronald Moore?—

—Si—.

Asintió y añadió algo a sus notas.

—Describe la oficina—.

—Era una oficina típica. ¿Quizás diez por doce pies? Estaba desordenado—.

—¿Qué otra cosa?—

Asentí. —Mi primera suposición fue que Ronald Moore era alto—.

—¿Por qué?—

—Pintó con aerosol las paredes y parte del techo—.

—Podría haber usado una silla—, sugirió el detective.

—¿A una altura de diez pies de alto? ¿Y el techo? No lo creo, —argumenté.

El detective Connelly se encogió de hombros. —Quizás—.

Me moví nerviosamente en mi asiento. —Le pregunté a Leonore, la recepcionista, si era alto—.

—¿Por qué?—

—¿Por que qué?—

—¿Por qué preguntaste sobre su altura?—

Guau. El detective Connelly se estaba poniendo muy detallado con las preguntas. Me sonrojé y volví a inquietarme.

—Umm… para confirmar el hecho de que probablemente era alto. Y lo era, según Leonore. Seis pies y cinco pulgadas—.

El detective asintió y tomó otra nota.

—¿Qué escribió en las paredes?—

Eso me hizo sonrojarme de nuevo. —Muchas palabras malas—.

—¿Como qué?—

—La palabra mala de F. Unas cuantas maldiciones ... —

El detective Connelly pulsó el botón de pausa en la grabadora.

—¿Tienes algún problema con las palabrotas?—

—Bueno… no cuando estoy sola. Y en mi mente. A veces maldigo a la gente en mi mente. Pero no tanto en voz alta. No, a menos que esté furiosa". O si tengo que lidiar con mi ex-imbécil.

—Entonces, por favor ... nombra las malas palabras que viste pintadas en las paredes de la oficina de abogados—.

—¿Quién más va a escuchar esta grabación?—

El detective Connelly gimió y se reclinó en su silla. —Otros policías. Abogados. Quizás miembros del jurado y uno o dos jueces—.

—Hay mucha gente que me escuchará maldecir—, susurré.

El detective se sorprendió. Abrió y cerró la boca un par de veces antes de levantarse de su silla.

—¿Te gustaría una taza de café?—

—Por favor—, dije.

—¿Azúcar y crema?—

—Ambos. Gracias.—

Con eso, dejó el escritorio. Regresó un par de minutos después, y con dos tazas de café en mano. Acepté uno y le di las gracias de nuevo.

—Tengo la sensación de que estás a favor de buenos modales—, dijo antes de tomar un sorbo de café.

Asentí. —Si. No veo mucho de eso en mi línea de trabajo—.

Él sonrió. —Yo tampoco—.

—Supongo que, en mis tratos, me preocupo por detalles como ese —.

—Entendido—, fue su respuesta.

Unos momentos después, volvió a presionar el botón de grabación.

—¿Fueron las palabras 'joder', 'mierda' y 'maldición'?— me preguntó.

—Sí—.

Asintió y escribió algo más.

—Pero eso no era lo que parecía formar todos los grafitis que había creado—.

—¿Qué quieres decir?—

—Bueno, usó el mismo color de pintura en aerosol para las malas palabras: rojo. Pero luego, escribió otras cosas en las paredes, y también en el escritorio y en la estantería. Creo que eso le llevó más tiempo—.

—¿Qué más escribió?—

—Creo que fueron dichos de abogados famosos—.

—¿Reconociste las citas?—

Negué con la cabeza. —Solo reconocí a uno de ellos. Fue de Abraham Lincoln. 'La ley no es más que la mejor razón por la que los sabios se aplicaron durante siglos a las transacciones y negocios de la humanidad'—.

El ceño del detective se arrugó. Detuvo la grabación y me miró. —¿Lees sobre la ley?—

Incliné la cabeza, porque no quería responder la pregunta. —No—.

—¿Cómo aprendiste eso?—

—Un libro de ficción. El protagonista fue un abogado. Repitió mucho esa cita—.

El detective asintió y volvió a pulsar el botón de grabación.

—¿Hubo otras citas?—

—Otras citas de la misma naturaleza que las de Lincoln sobre derecho, sí—.

El ceño del detective se arrugó mientras tomaba más notas.

—Yo ... no conozco a Ronald Moore, pero creo que no era un mal tipo—.

—¿Por qué crees eso?—

—Bueno ... creo que el abogado estaba enojado con los socios principales de su bufete por ... las cosas que habían hecho. Mi opinión es por que todos los escritos legales en las paredes indicaban su disgusto—.

—Bueno, puede dejar el motivo a los otros investigadores y a mí—, me reprendió. —Sin embargo, podemos pasar a los temas del video y las cosas que dices que hicieron—.

El detective no quería mi opinión.

—Pregunte—, dije.

—¿Cuándo notó que había un teléfono celular pegado al escritorio?—

—Cuando no pude volver a meter uno de las gavetas. Ronald Moore ... también escribió en todos ellos. Intentaba volver a meter un cajón, pero no entraba del todo—.

—¿Qué pasó después?—

—Miré adentro para ver si algo estaba empujando el cajón hacia afuera. Fue entonces cuando vi el paquete pegado al interior del escritorio—.

—¿Por qué no lo dejaste ahí?—

—Porque es mi trabajo asegurarme de dejar mis espacios de limpieza en las mejores condiciones posibles. El cajón no cerraba. Quité la obstrucción que impedía que se cerrara—, me defendí.

—Entiendo. Sin embargo, ¿por qué abriste el sobre?—

Me sonrojé. —Al principio, pensé que tal vez se trataba de piezas de repuesto para el escritorio—.

—¿Qué había en el sobre?—

Ugh. Podía sentir hacia dónde iba la dirección de la conversación.

—Un celular—.

—¿Estaba encendido?—

—No—.

El detective asintió y tomó más notas.

—¿Por qué encendiste el teléfono celular?—

—Estaba curiosa—.

Escribió más cosas en su libreta miserable.

—¿Reconociste el tipo de teléfono que era?—

Esa era la parte sobre la que mentiría. —Solo que parecía ser un modelo más antiguo de Nokia—.

—Tenías que pasar por dos menús para encontrar el video. ¿Sabías lo que estabas haciendo?—

Mierda.

—Vagamente—.

Sus ojos azules pasaron de su libreta a mi cara.

—¿Por qué miraste al video?—

Me tomé unos momentos para reflexionar sobre mi respuesta. Decidí ser honesta.

—Honestamente, no sé por qué lo hice—.

Me miró durante unos momentos antes de pasar a su siguiente pregunta.

—¿Qué viste en el video?—

Había visto docenas de programas de televisión que presentaban las investigaciones de delitos sexuales contra mujeres jóvenes y otros menores. También leí sobre ellos en las noticias. Incluso leí entrevistas de los sobrevivientes de tal abuso. Aun así, nada me había preparado para el momento que tenía que contar el contenido del video.

Nerviosa, comencé a menear mi pierna. Froté mis brazos con mis

manos y comencé a respirar rápidamente.

El detective detuvo la grabadora y me hizo una pregunta. —¿Quieres agua?—

—Por favor—, rogué.

Después de beber el agua, estaba lista para hablar. Quizás fue el gesto amable que me calmo.

—¿Podemos continuar?—

Asentí en respuesta. El detective golpeó el botón de grabar. Tomé un aliento para darme fuerza.

—No puedo probar que se cometió un crimen—, dije con voz temblorosa. —Sé que todo lo que puedo hacer es describir lo que observé. Lo que vi fue a dos personas entrando en una habitación. La puerta por la que entraron tenía un número de bronce de dos dígitos: 28". Note que describir los hechos de la estética me alejaba de la horrible escena. Seguí con eso. —El hombre tenía una llave, del tipo de latón tradicional, y no las llaves de tarjetas electrónicas que se usan más ampliamente en estos días. La puerta era marrón y las paredes a su alrededor eran crema. No sabría decir qué hora era, solo que no estaba demasiado oscuro—.

Me tomé unos segundos para recomponerme antes de describir a las personas que vi.

—El hombre parecía tener unos seis pies de altura. Se estaba quedando calvo pero tenía el pelo negro grisáceo que le tocaba las orejas y la nuca. Era blanco, de piel clara. Estaba pesado; tenía espejuelos puestas así que no podía ver sus ojos. Vestía un traje gris y una corbata marrón. Si tuviera que adivinar, diría que pesaba más de doscientas libras. También llevaba un maletín marrón—.

—¿El hombre miró a su alrededor antes de entrar en la habitación? —

Asentí. —Si. Pero no creo que vio a la persona que lo estaba filmando—.

—¿Puedes describir la muchacha?—

Respiré de nuevo y bebí un poco más de agua.

—Ella era alta. Casi tan alto como el abogado. ¿Quizás cinco pies y nueve pulgadas? Tenía el pelo largo, lacio, rubio-castaño, que le llegaba al medio de su espalda. Ella era de piel clara y linda—, agregué suavemente. —Era bella—.

—¿Como estaba vestida?—

—Mahones cortos. La joven no estaba temblando —, agregué como una ocurrencia. —No sé si eso puede indicar una época del año, pero recuerdo que se veía cómoda con su ... poca ropa—.

El detective Connelly tomó más notas antes de hacer otra pregunta. —¿Qué tipo de camiseta llevaba puesta?—

—Llevaba puesta una fina camiseta blanca sin mangas. Era casi

transparente. Así es como pude distinguir el brasiel de entrenamiento que tenía puesta—.

Detuvo la grabación.

—¿Cómo sabes que era un brasiel de entrenamiento?—

—Un brasiel de entrenamiento no tiene copas. Es un tipo de panel de tela fina que está destinado a disfrazar las ... partes sobresalientes de ese tipo de anatomía. Pero no ofrece soporte—.

—¿Podría haber sido un sujetador deportivo?—

Me encogí de hombros. —¿Tal vez? No tenía la forma de T en la parte de la espalda y las cintas eran delgadas—.

El detective suspiró y asintió. Tomó algunas notas más antes de presionar el botón de grabación nuevamente.

—¿La mujer fue físicamente obligada a entrar en la habitación?—

—No que yo pudiera ver—.

—Vas a tener que ser más concisa. ¿El hombre puso sus manos sobre el cuerpo de la mujer y la obligó físicamente a entrar en la habitación?—

—Por lo que vi en el video, no lo hizo. La chica entró de su propia voluntad—.

El detective Connelly asintió. —Ahora. Sobre los documentos—.

Asentí con entusiasmo y me alegré de pasar del triste video. —Si. No memoricé los nombres. Sin embargo, vi que había columnas en un formulario; los nombres propios estaban en las columnas del extremo izquierdo. En el centro se enumeraban ciertos eventos programados y, a la derecha, cantidades de dinero. La menor cantidad de dinero fue de ocho mil dólares. Creo que la mayor cantidad de dinero que vi fueron doscientos mil dólares—.

—¿Recuerdas cuáles fueron los eventos?—

—Si. Algunos. Algunos de los intercambios de dinero fueron para juegos de beisbol. Otros eran para juegos de hockey. También vi un par de nombres que destacaron—.

—¿Estaban apegados a los eventos deportivos?—

—No. Estaban a un lado—.

—¿Cuáles eran esos nombres?—

—Tustin fue uno. Coltrane fue el otro—.

—¿Qué paso en el último video?—

Asentí de nuevo. —Si. Uh… um. No reconocí el establecimiento donde se encontraban. Parecía ser un restaurante. El video estaba oscuro. Las personas filmadas estaban sentadas en una mesa grande, ¿la redonda? Probablemente había ocho personas allí. Todos iban bien vestidos; trajes, corbatas y chaquetas. Sin embargo, no todo el mundo hablaba. Recuerdo que los que hablaban eran más jóvenes que los callados—.

—¿Escuchaste la conversación?—

Negué con la cabeza. —No. No pude distinguirlo. Vi bocas en movimiento y escuché algunas voces, pero no pude entender lo que se dijo. Creo que tal vez la persona que tomó el video estaba demasiado lejos del grupo—.

—¿Alguien dijo algo que pudieras entender?—

—Si. La persona que lo filmó. Él dijo: 'Los cogí a todos y van a pagar'—.

El detective escribió algo más.

—¿Qué viste después de eso?—

Negué con la cabeza. —Nada. Dejé de ver el video—.

Frunció el ceño. —¿Por qué?—

—No me tomo mucho tiempo en ver los videos. ¿Quizás dos minutos como máximo? Ya había visto suficiente—.

—¿Suficiente de qué?—

—Demasiado videos en que alguien intente atrapar ... a otros en cosas que probablemente no debían estar haciendo. No quería ser parte de eso—.

—Entonces, ¿no viste más del video?—

—No. Las palabras del hombre me impidieron ver cualquier otra cosa—.

El detective dejó su libreta y me miró. —¿Viste el video de nuevo? —

Negué con la cabeza. —No—.

—¿Lo grabaste en algún otro tipo de dispositivo, video, audio o ambos?—

—No. No quiero volver a ver ese video nunca más. No quiero tener nada que ver con él o con los participantes en él—.

—¿Lo documentaste en alguna parte? ¿A través de mensajes de texto, correo electrónico o un diario?—

—No—.

—¿Le has contado a alguien más sobre el contenido del video?—

—No—, dije con firmeza. —No—, repetí.

—¿Qué le dijiste a Leonore, la recepcionista de Smithers and Associates?—

—Le dije que ... yo creía que algunos socios de su firma fueron filmados haciendo cosas no tan buenas en el video—.

—¿Por qué asumiste que el video era de los socios?—

—Porque los reconocí—.

—¿De dónde?—

—De una imagen grande en una pared en la entrada del bufete—.

—¿Estás segura de que no le has contado a nadie más lo que viste en ese video?—

—Lo estoy—, dije con firmeza. —Incluso le advertí a Leonore que no mirara el video. También le pedí que lo viera otro abogado—.

—¿Por qué hiciste eso?—

Suspiré. Estaba cansada de que me interrogaran y me hicieran dar explicaciones. También odiaba que me obligaran a defender mis acciones.

—No quería que viera el video traumatizante… no quería que el bufete sufriera, tampoco. No sé lo que estaba pensando. Yo ... sentí como si hubiera tropezado en algo grande. Al ver el video, caí en una trampa—, dije cansada. —No quería que nadie más cayera conmigo—.

Me di cuenta de que la entrevista había terminado. El detective Connelly apretó el botón de parada de la grabadora y cerró su libreta. Luego se reclinó en su asiento y me miró por unos momentos. Sus ojos habían pasado de parecer feroces a amables.

—¿Marta? Inadvertidamente, o quizás no tan inadvertidamente, entraste en una situación de la que no puedas salir. No por un tiempo —.

Aunque las palabras fueron pronunciadas con cuidado y amabilidad, me asustaron.

—Pensé que esta era una entrevista simple—.

—Al mirar esos videos del teléfono celular, te convertiste en testigo de una variedad de crímenes—.

Estaba preocupada, asustada y arrepentida. Me recliné en mi asiento y pasé la mano por la parte superior de mi cabeza, deteniéndome en mi moño.

—Mierda—, me susurré a mí misma.

El rostro del detective se volvió comprensivo.

—¿Estás bien?— me preguntó.

Negué con la cabeza y miré a mi alrededor antes de volver a mirarlo. —No necesito complicaciones en mi trabajo. No necesito este tipo de complicaciones en mi vida—.

—¿Tienes otros problemas?— susurró mientras se inclinaba hacia adelante en su silla.

Negué con la cabeza de nuevo. —No—, respondí, mi voz quebrada. Me tomé un momento para beber un poco de agua. Afortunadamente, ayudó a mi compostura. —Mi… vida está en una… cierta pista. Necesito que se quede ahí y no se descarrile. He tenido demasiados incidentes en los últimos años". El temblor en mi voz volvió, y me enoje.

Cerré los ojos y respiré. No queria perder más la calma frente al policía guapo. Me obligué a no pensar en el detective, sino en mi situación. Segundos después, me di cuenta de lo que tenía que hacer. Necesitaba investigar para encontrar respuestas, pero tendría que conseguirlos en un lugar que no era el cuartel.

Cortésmente rechacé el tisú que me ofreció el detective Connelly, y me puse de pie.

—Si eso es todo ...—

El detective se levantó de su silla y buscó algo en su bolsillo. —Te llamaré—, dijo mientras me dio su tarjeta de presentación. —Estoy seguro de que tendré preguntas de seguimiento—.

Asentí de nuevo. —Entiendo. Gracias—.

Con un apretón de mano, me alejé del escritorio del detective.

# Capítulo Siete

No necesitaba pasar más tiempo en el precinto de Blue Island Avenue. La entrevista que tanto me había conmocionado había terminado. Tenía mi trabajo y un ataque de pánico pospuesto al que llegar. También estaba la investigación que iba hacer.

Sin embargo, el recuerdo del anciano orgulloso y bien vestido volvió a la mente. ¿Qué tan difícil fue para él reunir su orgullo y su coraje para ir a una estación de policía a presentar un informe policial sobre su sobrino nieto? Mucho, pensé. No podía permitir que el intento de hacer lo correcto fuera frustrado por una interpretación incompleta.

Recolectando mi valor, miré al escritorio del detective muscular y la cabeza calva. Estaba solo, así que me dirigí a su escritorio. Miró en mi dirección y me dió su atención. Me sentí sonrojarme en respuesta. Observé cómo miraba, luego hacia donde estaba el detective Connelly, y luego hacia mí. Cuando me acerqué, se puso de pie.

—¿Te puedo ayudar en algo?— preguntó su profundo barítono. Vibró a través de su escritorio y directamente a mi abdomen inferior. Oh Dios.

—Sí—, dije, empujando un rizo errante detrás de mi oreja. —No pude evitar escuchar tu conversación anterior. El del intérprete y el señor hispano—.

Su expresión previamente cautelosa dió paso a una más curiosa y complaciente.

—¿Sí? ¿Qué pasa con eso? ¿Sabes algo sobre el asunto?—

Querido Dios. De cerca, los hombros del detective eran enormes. Sus fuertes cejas se fruncieron sobre los ojos color avellana, no marrones. Mierda. ¿Qué pasaba con este precinto y los detectives atractivos que albergaba? Sacudí la cabeza y me obligué a concentrarme en las preguntas del detective.

—No sé nada sobre lo que se estaba discutiendo, pero sé que el intérprete dejó que algunas cosas se perdieran en la traducción—.

El detective dejó escapar un suspiro. Luego señaló una silla vacía frente a su escritorio. —Por favor, siéntese señorita ...—

—Señorita Morales. Marta Morales—.

—Soy el detective James Kostas. Es un placer conocerle—.

Me sonrojé mientras menee la mano que me había extendido. Nerviosa, me senté en la silla que me había ofrecido.

El detective ahora nombrado se sentó. Después, sacó una libreta de notas y una grabadora.

—¿Te importa si grabo esto? Será para mis archivos—.

—Claro—, respondí.

Apretó el botón de grabación y me miró con una media sonrisa. —Ahora. ¿Qué hizo mal Chris Molina?—

Sin embargo, no quise sonreír. Respiré profundamente y comencé a hablar. —¿Se dio cuenta de que el señor tiene cáncer en etapa cuatro? No el intérprete; el Señor Horta—.

La sonrisa de James cayó. —Sabia que tenía cáncer, pero no de lo avanzado que estaba. Que mal—.

Incluso tan cansado como estaba de ofrecer información a los detectives de la policía, le conté al detective Kostas todo lo que dijo el caballero, casi palabra por palabra. Llegué a los errores cruciales, yendo más lento con ellos.

—El Señor Horta no dijo escalera, dijo escalón—.

El rostro del detective parecía enojado. —Esa es una diferencia crucial—.

—Lo es". Seguí haciendo correcciones. Le dije que era el sobrino nieto del señor Horta y no su sobrino, corregí el nombre del hermano, además de corregir el mes de junio por el de julio.

Sacudió la cabeza mientras anotaba datos en su libreta. El detective le hizo clic a su bolígrafo y me miró.

—¿Eso es todo?— preguntó cortésmente.

—Creo que sí—.

El detective hizo clic en su bolígrafo varias veces y estaba a punto de hablar cuando sonó el teléfono de su escritorio. Vi como sus ojos iban de mí a la pantalla digital de su teléfono. Suspiró y tomó el auricular.

—¿Sí?— dijo, mirando sus notas. Sacudió la cabeza en respuesta a algo. —Esto no tiene nada que ver contigo—.

Vi como el detective Kostas colocaba el auricular en la base. Me pregunté quién lo había llamado. Sospeché que era un detective de ojos azules, pero no tenía forma de saberlo con certeza. El detective Kostas no me aclaró eso, pero se reclinó en su silla y volvió a hablar.

—No puedo agradecerle lo suficiente por quedarse para aclarar este lío—, dijo mientras señalaba su libreta y la grabadora.

—¿Cómo no iba a hacerlo? ¿Quién sabe lo que se arriesgó ese pobre hombre al venir aquí?—

—Mucho—, declaró el detective, y con pasión en la voz. —¿Este sobrino nieto de el? ¿Enrique Horta? Es un depredador. Un pandillero. Asalto, agresión, robo y presunto asesinato. Lo hemos estado velando por un tiempo. Hemos recibido cosas aquí y allá, pero nada como lo que el señor Horta nos dió hoy". Respiró hondo antes de continuar. —No doy eso por sentado. Tampoco doy por sentado que aclares las cosas aquí. Gracias, Marta—.

Sorprendida por su gratitud, me sonrojé. Nerviosa, me puse de pie. —Seguro. Por supuesto—.

Miré mi reloj, sabiendo muy bien lo que diría. —¡Mira al tiempo! —

El detective Kostas también se puso de pie. Luego se tomó el tiempo mirándome. Fue un poco desconcertante. Después de unos momentos, buscó en su bolsillo y sacó una tarjeta de presentación.

—Soy una chica popular hoy—, murmuré, agregando su tarjeta a las otras dos que había recibido.

El detective rio, lo que me hizo mirarlo de nuevo.

—Entonces ... ¿estás buscando trabajo como intérprete?— me preguntó.

Lo pensé por un segundo. Si James no me hubiera hablado ya de la miserable paga y las horas extrañas, podría haber estado tentada.

—No—, dije, mirando el uniforme de mi sirvienta. —Tengo otras cosas en marcha en este momento—.

El guapo detective asintió. —Eres una sirvienta, ¿eh? ¿Como le gusta eso?—

Pensé en mi camino de vida cambiado por un momento. —Tenía otro plan. Estaba en otro camino. Pero, —dije encogiéndome de hombros—, "esto es bueno por ahora. Funciona—.

—A veces, eso es todo lo que podemos pedir. Para encajar ... en algún lugar. En cualquier sitio—.

Esa fue una respuesta increíble. Quería escuchar más. Pero recordé quién era y dónde estaba. Me despedí y me di la vuelta.

—Gracias de nuevo". Dijo el detective Kostas.

Habría hecho una salida elegante si el detective Kostas se hubiera reservado las sugestivas palabras que siguieron.

—Te veré por ahí, Marta—.

Me volví para mirarlo y derribé una silla. El detective se rio y yo me sonrojé. Decidiendo que ya había hecho lo suficiente por el Departamento de Policía de Chicago por un día, salí corriendo del precinto, dejando la silla volcada donde cayó.

# Capítulo Ocho

Esa tarde trajo consigo pensamientos pesados junto con trabajo pesado. Las horas trajeron ropa sucia, lavado de inodoros y el cambio de sábanas en un Holiday Inn, que era la parte más tortuosa de hacer la limpieza en un hotel. Los colchones eran asquerosos y pesados. Además, las sábanas eran planas. Es sorprendente como ayudan las tiras de elástico para fácilmente reemplazar ropa de cama.

Después de una mañana tan conmovedora en el precinto, estaba decidida a hacer mi noche un poco más alegre. Después de comprar un pedazo de cheesecake en mi colmado local: un supermercado hispano en la calle de mi apartamento, me fui a casa. En mi pequeña cocina, me serví un trago de ron y lo bajé. Me encogí ante el bienvenido, aunque regusto amargo.

Podría haberme conformado con mi diversión habitual en el tiempo libre de ver programas sobre crímenes en mi DVR o podría haber leído uno de los libros que se acumulaban en mi mesita de noche. Sin embargo, tenía algo más que hacer.

Preparada como pude para lo que tenía que hacer, levanté el teléfono para llamar a mi hermano. Escuché el tono de llamada grosero del reggaetón mientras esperaba que Rafy contestara.

—Ajá. Ajá perate un momento—, dijo mi hermano.

—Buen saludo—, murmuré.

—Cálmate—, condescendió en inglés. —Estoy trabajando aquí—.

—Bien—, agregué, sintiéndome como una niña de catorce años de nuevo.

—Mira, hijo de puta—, dijo mi hermano a uno de sus compañeros, "te oí. Si no quieres que te caiga encima, te callarás la boca—.

Mi hermano estaba reprendiendo y amenazando a uno de sus compañeros policías por cualquier transgresión que decidiera que lo enfogonaría ese día.

—Ajá. ¿Qué Paso?—

—Lo que pasó fue que tuve que ir al departamento de policía hoy. Tuve que responder algunas preguntas—, dije mientras me sonrojaba.

—Ajá. Ajá Perate un momento, —repitió Rafy.

Ugh. Un trago de Bacardí no había sido suficiente. A través del teléfono, escuche unos pasos y una puerta abriéndose y cerrándose. Luego, mi hermano habló de nuevo.

—¿El departamento de policía? ¿En qué diablos te estás metiendo? — ladró.

—No hice nada—, le grité.

—¡Eso es lo que dicen todos los delincuentes!—

Tomé un respiro y lo solté. Rafy se quedó callado por unos

momentos.

—Marta—, dijo después de unos momentos. —¿Hiciste algo?—

Las lágrimas llenaron mis ojos por su repentino cambio de tono. Tragué y olfateé las lágrimas.

—¿Me necesitas allá? Estaré ahí mañana—.

No pude evitar dejar salir un sollozo.

—No, Rafy, yo no haría eso. Ya no—.

Perder a mi hijo y la única fuente de luz me había puesto en un lugar malo. Por un corto tiempo, no vi una razón para vivir. Si no hubiera sido por mi hermano y mi madre, no sé si habría salido de la oscuridad en la que se había convertido mi vida.

—Extraño mucho a Héctor, Marta; casi tanto como tú—, dijo con voz ronca. —Él no está aquí, pero nosotros sí. Puedes venir aquí, lo sabes. A Wanda le encantaría que vinieras. A los chicos les encantaría ver a su Titi Marta—.

Me reí ante la idea de volver a ver a mis sobrinos. —Saldré pronto. Lo juro. Y estoy bien—.

—¿Qué está pasando allá?—

—Estoy bastante segura de que soy testigo de extorsión, malversación de fondos, juegos de azar y prostitución infantil—.

Su estado de ánimo previamente empático y preocupado cambió bastante rápido.

—¡Te dije que esta mierda pasaría!— el grito. —¡Te lo dije! Te dije que dejaras las tareas domésticas para que pudieras evitar esta mierda, pero ¿me escuchaste? ¡No! A ti no se te puede decir nada. ¡Marta Morales lo sabe todo!—

Según Rafael Morales, nadie me podía decir nada, porque al parecer yo ya lo sabía todo. Si solo eso fuera cierto.

Dejé que continuara reprendiéndome por un tiempo, tanto en inglés como en español. Yo oraba que estuviera afuera y no en el recinto donde otros policías pudieran escucharlo. Pero, de nuevo, no importaba. Mi hermano dió a conocer sus sentimientos, sin importar cuáles fueran y quién estuviera allí para presenciarlo.

—¿Entonces qué hago?— Le pregunté una vez que se tomó un descanso.

—Desde arriba, cuéntame todo lo que pasó—.

Le conté todo.

Gimió audiblemente. —¿Por qué tuviste que encender ese teléfono?—

Me senti castigada y tonta por segunda vez en un día. —Porque pensé que me había topado con algo secreto y emocionante—.

—Bueno, te felicito—, se burló con voz cantarina.

—Vi algo horrible, Rafy. No sé si se supone que debo hacer algo al respecto. ¿Qué piensas?— Pregunté, ignorando su burla.

—No es tu trabajo de rescatar a la gente, Marta. Eres solo una persona—.

—Pero… esa chica. Era tan jovencita—.

—No lo sabes. Además, la policía esta en el caso. Su trabajo es manejar esa mierda. Y nuevamente, eres solo una persona. Tienes que pensar en mantener a esa gente alejada de ti—.

—¿Cómo puedo hacer eso?—

—No hables con nadie más al respecto. Con nadie del bufete de abogados, ni la gente de la empresa de limpieza. Demonios, también podrías considerar no hablar más con la policía—.

—¿Por qué?— Pregunté, llenándome de tristeza. Me hundí en mi sofá mientras consideraba los consejos de mi hermano. Podría soportar no volver a visitar el contenido de ese video. También podía soportar no hablar con abogados o con los chismosas con los que trabajaba. Pero, los policías eran intelectualmente estimulantes…y también de otras maneras.

—Esos abogados son de primer nivel. Son más inteligentes y más conspiradores que tú. Acepta eso ahora y evitaras problemas más tarde. No hables con ellos y tampoco firmes nada. ¿Tus compañeras de trabajo? Esas brujas harán cualquier cosa para conseguir un dólar. No les digas nada. ¿Y la policía?— dijo mientras reía. —No nos importa a quién pisoteamos para obtener la verdad—.

—Eso está mal—.

—Es un mundo desordenado, Marta. Tenemos que hacer cosas con los pequeños para poder atrapar a los grandes malos. No estoy diciendo que nos guste o que nos sienta bien. Hay gente mala ahí fuera. A veces tienes que jugar mal para conseguirlos—.

Suspiré y recosté la cabeza en mi sofá. —Entonces … ¿no hago nada?—

—Yo no dije eso—.

—¿Qué estás diciendo?— Pregunté con impaciencia.

—Considera la posibilidad de contratar a un abogado—.

Mi preocupación por la seriedad de contratar a un abogado hizo que mis preocupaciones se redujeran muy rápido.

—Oye. ¿Cuándo vuelves acá?— Preguntó.

Me alegré de cambiar de tema. Decidí ser honesta con mi hermano ruidoso y agresivo.

—No puedo ahorrar mucho dinero en estos días. Tengo que trabajar un poco más para ahorrar para viajar—.

—Puedo enviarte un pasaje—.

—No—, dije, gratitud llenando mi voz. —No prives a Wanda y a los chicos de ese dinero—.

—Ese es mi dinero. No te preocupes por eso —.

Gemí. Mi hermano podía ser malo cuando era malo y malo cuando

era amable también.

—Bueno, también está el asunto de mi orgullo—.

—No me importa cómo lo hagas realidad, pero haz que suceda pronto, Marta. Tu familia esta aquí. No te queda nadie ahí—.

La conversación con mi hermano me dejó aliviada y entristecida. Tenía una dirección, en lo que se refería al incidente. Sin embargo, la preocupación de Rafy sacó a la luz cosas que prefería dejar en la oscuridad, o al menos en las sombras.

Mis ojos se volvieron hacia mi centro de entretenimiento, donde estaba la foto de Héctor. Se veía tan guapo con su uniforme. Me pregunté, no por primera vez, si fue un error haberlo hecho mi única fuente de felicidad.

# Capítulo Nueve

A la mañana siguiente, mis pensamientos todavía estaban en mi hijo. Tal vez necesitaba pensar en cómo traer más felicidad a mi vida. Quizás era hora de dejar de caminar en la jaula acolchada que había hecho para mí. El video que había visto junto con el interrogatorio que recibí en el cuartel hizo algo para despertarme. Estaba lista para más. Descubrí que la idea me emocionaba, incluso mientras conducía por calles llenas de tráfico para limpiar para otras personas.

Mi mañana de calma fue interrumpida por una llamada telefónica. Había estado de rodillas, limpiando las marcas de desgaste de una bañera de fibra de vidrio. Podría ganar la batalla del bañera, pero no ganaría la guerra, no mientras la familia tuviera un hijo al que le gustaran los crayones de baño y un perro cuyas garras no se recortaran.

Cuando vi el número en el identificador de llamadas, dije una palabrota. Fue Francis Street Cleaners. Tenía una buena idea de quién llamaba y qué quería.

—Hola—, dije en respuesta.

—¡Marta! ¿Qué pasó antiel?— preguntó la voz emocionada de la señorita Cándida Castro, la secretaria de Francis Street Cleaners.

Tenía que estar alerta. Cándida era una chica inteligente; sabía que ella querría saber los eventos que habían ocurrido el día anterior. Cándida sabía cómo obtener información de fuentes reticentes.

—¿Qué quieres decir?— Pregunté a la ligera.

—¡Ya sabes! ¡Esa loca mierda que pasó en la oficina de abogados! ¿Por qué no nos llamaste al respecto?—

Mierda. ¿Cómo se enteró Francis Street de eso y tan rápido?

—No fue nada—, mentí. —No quería molestarlos con eso—.

—¿Nada? Eso no fue nada. ¡Tenías que ir a la policía con eso! — Dijo mientras se reía.

Cándida sabía mucho. Era hora de averiguar cuánto y de quién lo aprendió.

—Tienes buenas fuentes de información, Cándida. ¡Eso fue hace solo dos días! — Dije mientras fingía reír.

—Lo sé—, afirmó. —La secretaria de allí llamó para elogiarnos por tu trabajo y tu discreción. Yo estaba como, '¿Qué discreción?' ¿Sobre qué debe ser discreta una sirvienta?—

Ella río mientras decía lo último. Tuve que aguantar mi genio.

—Pero sé cómo extraer detalles, ya sabes—, continuó. —No soy estúpida. Entonces le dije: 'Nuestra Marta es una profesional. Ella nos contó lo que sucedió', pero yo le dije que nos juraste guardar el

secreto. No dijo mucho más que eso, ¡pero se disculpó por el video que viste y por el hecho de que tenías que ir al cuartel de Blue Island Avenue!—

¡Maldita sea! Cándida sabía mucho. Pareciendo sentir mi malestar, continuó.

—Ahora: dame los detalles. ¿Qué pasó?—

Tendría que hacerme la tonta.

—Sabes, el video fue tan rápido que ni siquiera sabía lo que estaba mirando. ¡Entonces me llamaron al cuartel! ¡Me asusté! Sin embargo, fui allí y dije un montón de tonterías para que dejaran de hacerme preguntas—, dije con una sonrisa.

Me levanté de mi posición en el piso del baño y abrí y cerré la puerta. —Los propietarios están aquí—, mentí. —Voy a dejarte ir ahora—.

—¿Qué? ¡No! ¡No nos dejes colgados así! ¿Qué viste?—

¿Nos? Cándida había puesta la llamada en altavoz.

—Nada—, mentí, mi voz se hizo aún más baja. —No recuerdo nada. Pero, de todos modos, tengo que irme. Hablaré contigo más tarde—.

Desconecté la llamada. Miré mi teléfono, preguntándome quién más me llamaría sobre el espantoso video.

Esa noche dejé que algunas llamadas fueran al buzón de voz. Suspiré al escuchar la voz del detective Connelly. El pidió que le devolviera la llamada. ¡Como quería hacerlo! Sin embargo, la advertencia de mi hermano se quedó conmigo, así que no volvería a hablar con el detective de ojos azules. El detective Kostas también llamó para pedir una aclaración sobre algunas de las interpretaciones que le había dado. También tuve ganas de llamarlo de vuelta, pero decidí ser cautelosa. Sería decepcionante poner fin a la fuente de mi emoción, pero tenía la edad suficiente para saber que era mejor estar aburrida que estar en problemas.

María, la supervisora, me dejó un mensaje pidiéndome que la llamara. La ignoré y continué con lo que había estado haciendo: leyendo un libro mientras veía un programa de misterio en serie en la televisión. María volvió a llamar, pero dejó una solicitud de mi presencia en la oficina a la mañana siguiente. Su tono me dio a entender que no tenía elección.

La mañana siguiente y en uniforme, conduje hacia la ciudad y fui a Francis Street. El edificio no era mucho para mirar. Era una pequeña suite de oficinas ubicada en un parque de oficinas a las afueras de la ciudad. Afortunadamente, lo que sí tenía eran muchos estacionamientos. María Alvarez, la inteligente mujer de negocios que era, se apoderó del espacio de oficina disponible y alquiló algunos de los lugares de estacionamiento a empresarios. Al interior de Francis

Street tampoco había mucho que ver. Alfombra de oficina adornaban los pisos y pintura beige las íparedes. En una sala de espera poco utilizada se encontraron sofás feos e incómodos. El escritorio de la recepcionista - el lugar de trabajo de Cándida Castro - tampoco tenía nada especial. Sin embargo, muchas plantas dieron a las oficinas una sensación de vida. Además, el área siempre estaba limpia. Nunca hubo olores o visiones ofensivas. María era fanática de la limpieza. Ella trabajaba duro para dar una impresión duradera a futuros clientes.

La oficina de María era otra cosa entera. Su alfombra era de felpa bereber gris y su escritorio estaba hecho de nogal. Imágenes del horizonte de Chicago adornaban paredes de color azul claro. En las pocas veces que estuve allí, escuché algún tipo de sonido de agua burbujeante, pero no pude determinar la fuente del sonido. Una fragancia aromática también circulaba continuamente por la oficina.

María tenía una mentalidad empresarial y yo lo respetaba. Ella siempre estaba pendiente de los resultados finales. La jefa siempre buscaba maneras de obtener más negocios y maneras de obtener más de sus limpiadores. María Álvarez siempre tenía hambre, y eso me dio pausa.

El trato que recibí tan pronto como entré a la pequeña oficina me dio más pausa.

—¡Marta!— Me saludo con un beso en el aire (típico de los hispanos – pero no de María) y un abrazo. Me puse un poco rígida, en parte en estado de shock y también por la potencia de su perfume.

Me liberó del abrazo, pero se aferró a mis antebrazos mientras me hablaba. —No vienes lo suficiente, Marta. Echo de menos verte—.

Ella tenía razón. Traté de evitar ir a la oficina por una gran cantidad de razones. Cada dos semanas, mi cheque de pago se depositaba directamente a mi cuenta bancaria. La oficina estaba fuera del camino de mis rutas de trabajo. Pero lo más importante es que no me gustaba la administración de Francis Street Cleaners. Especialmente María. Ella era un tiburón.

Conocí a María Álvarez mientras limpiaba en el hotel Holiday Inn. Ella había estado revisando el trabajo de algunos de sus empleados cuando tropezó con mi 'buen' trabajo. La empresaria independiente (y recién graduada de la escuela de negocios) habló sobre la importancia de las 'artes domésticas' como un negocio (su terminología). Me sonó como un infomercial nocturno, y la iba ignorar. Pero cuando me prometió mejores horas y un salario un poco más alto del que había estado recibiendo, me uní a su negocio.

María era cinco años más joven que yo, más o menos. Nació y se crio en Chicago y en Puerto Rico. Durante su infancia, los padres de María la trasladaron a ella y a sus hermanos de Chicago a Ponce, Puerto Rico, y de regreso a Chicago al menos tres veces. La escuché

decir que fue una pesadilla, pero que también la ayudó. Había aprendido a dominar el inglés y el español al vivir en ambos lugares. También había establecido muchos contactos personales y profesionales al pasar tanto tiempo en ambas áreas. Sin embargo, había terminado la escuela superior en Chicago. Su esposo nació y se crio en Puerto Rico. No estaba segura de cómo se conocieron. Ni siquiera sabía qué hacía su marido para ganarse la vida. Después de la escuela superior, fue a una universidad comunitaria en Chicago para obtener un asociado en negocios, pero renunció a la mitad debido al embarazo de su primer hijo. María, como muchas otras sirvientas, adoptó el servicio de limpieza como un puesto de acceso fácil que le permitía trabajar por la noche. No era muy buena limpiadora, pero tenía destreza en charlar con la gente. Algún tiempo después de que su segundo hijo comenzara la escuela, regresó a la universidad para terminar su asociado en negocios. Después de eso, decidió comenzar su propio negocio de limpieza, lo que era Francis Street Cleaners.

Aunque no lamenté haberme unido a su pequeña firma, tenía un pie fuera de la puerta. María Álvarez les quito propinas a las sirvientas, prometió cosas ridículas y amaba el nepotismo, pero solo para los miembros de su familia, y generalmente los lacayos. Otras sirvientas y asociadas que habían oído hablar de sus payasadas en la explotación laboral intentaron advertirme sobre ella, pero ya era demasiado tarde para mí, porque ya había aceptado el puesto.

Me obligué a estar presente y concentrarme en María. La bonita morena de treinta y algo años se veía bastante presentable. Su maquillaje estaba inmaculado; su elección de tonos cálidos halagó su tez aceitunada. Ni un solo cabello de su cabeza estaba fuera de lugar. Además, vestía con ropa muy elegante. Nada de Target, Marshall's, Ann Taylor Loft o incluso Ann Taylor. Reconocí su atuendo de una ventana de la tienda de ropa de J. Jill que había visto de camino a mi trabajo al de casa de empeño. La falda crema junto con la blusa de seda amarilla y la chaqueta negra eran elegantes.

Recordándome a mí misma que ella me había dicho que yo no la había —visitado— lo suficiente, intervine con una respuesta apropiada.

—Tú sabes cómo es. Estás ocupada corriendo aquí, y allá, y pierdes la noción del tiempo—.

—¡Si! Nadie sabe eso más que yo—, dijo, guiándome a su lujosa oficina privada. Me senté en una silla delante del escritorio y ella se sentó en su cómodo asiento de oficina. —Juan tuvo que ir a Puerto Rico para ver algunas oportunidades de negocios y olvidó que esta semana era su semana para llevar al nene a la práctica de softbol. Así que ahora, tengo que llevar a Alexandra a la parte alta de la ciudad a bailar ballet por la tarde mientras llevo a Jaime a Forest Park para su

práctica de softbol en este tráfico horrible, y más tarde, exhausta, pensaré: —¿Qué diablos pasó? ¿A dónde se fue mi día?—

No pude evitar reírme. María tenía razón.

—Juan sabía lo que estaba haciendo con este pequeño viaje—, dijo de su esposo mientras sus ojos y manos llegaban a su computadora portátil. —Se quedará en un hotel agradable, lo cobrará al negocio, irá a beber con sus amigos y luego tal vez hará tres horas de trabajo real. Ese cabrón. Yo sé cómo brega—.

El juego que jugaba el marido de María me recordó al hijo de puta de mi pasado: mi exmarido imbécil. Tenía talento para hacer que me concentrar en lo que él quería que viera mientras él bregaba en otra cosa a escondidas.

La risa de María me devolvió al presente. —Conozco esa mirada, el carril de la memoria. Hiciste bien al divorciarte de ese hijo e 'puta. Me divorciaría de mi hijo de puta, pero tengo demasiado dinero invertido en este negocio—, dijo mientras señalaba las paredes que nos rodeaban. —En él también. Si me divorcio de él ahora, alguna puta joven obtendrá un marido moderadamente bien educado con mucho dinero para gastar y una participación del 50% en un negocio en crecimiento. Y en cuanto a mí, bueno, me quedaría llevando a mis hijos por toda la creación durante los próximos diez años mientras pago la pensión alimenticia a un hijo de puta que no se lo merece—.

—Parece que lo has pensado mucho—.

Los ojos de tiburón de María volvieron a los míos. —Siempre tengo un plan—.

Ella pegó una sonrisa en su rostro y se reclinó en su silla. —Pero ya basta de mí. Hablemos de ti. Tienes esta asombrosa habilidad para hacer que las personas se quiten las máscaras y te cuenten todo tipo de cosas—. María río por un momento. —Me tienes hablando de Juan y mis frustraciones con él—.

Bueno, ese no era mi plan, pero disfruté la charla.

—Supongo que es fácil hablar conmigo—, dije encogiéndome de hombros.

—Es verdad. ¿Aprendiste eso pasando por el Departamento de Policía de Arecibo?—

El shock me llenó. Debió de mostrarse en mi cara, porque capté la sonrisa de María. No tenía idea de cómo se había enterado de mi tiempo con la policía. Nunca le conté eso. Con nadie compartí esa angustia personal y profesional. Me hizo sentir vulnerable.

Rápidamente, organicé mis ideas para averiguar de dónde María obtuvo esa información. Solo dos personas en Chicago sabían de mi efímera carrera policial: Doña Justa, mi casera, y Aníbal, mi ex-imbécil. Eso dejó a alguien en Puerto Rico contándole a María de mi tiempo con la policía. ¿Pero quién? Mi gente son de Arecibo, una gran

ciudad en la costa noroeste de la isla; la gente de María eran de Ponce, una ciudad grande en la costa sur. Pero eso ya no está demasiado lejos, no con la nueva Carretera 10, que comenzó en Arecibo y terminó en Ponce. Me acordé de otra persona: Julio, el primo de María. Ella me dijo que Julio había intendado unirse al Departamento de Policía de Arecibo, pero no pudo ingresar debido a algún tipo de antecedentes penales. (Ella quería que hablara con Rafy al respecto, lo cual hice, pero fue en vano. María no estaba contenta con eso). Me llegó un recuerdo de mi madre diciéndome que el primo de María, Julio, había aceptado un trabajo en el departamento de obras públicas de Arecibo, que principalmente mantenía la Carretera 10. Muchos autos corrieron ilegalmente, lo que significaba que la policía de Arecibo la patrullaba regularmente. Probablemente, su primo Julio le hablaba a la policía de Arecibo.

María aprovechó mi minuto de pensamiento deductivo para tomar un sorbo de lo que parecía limonada.

—¿Cómo está Julio?,— le pregunte. —¿Sigue disfrutando de su trabajo en obras públicas?—

Los ojos de mi jefa se agrandaron y tosió. Dejó la bebida y se llevó una servilleta a la cara enrojecida. Me pateé por no mantener la boca cerrada. No quería avergonzar a María o ponerme del lado equivocado; Ciertamente no quería estrangularla. Rápidamente, me levanté y coloqué unas servilletas cerca de su bebida, que había comenzado a derramarse y me dirigí directamente a su regazo.

—Lo siento—, dije. Y lo era. —No quieres mojar esa hermosa falda —.

María asintió y tomó aliento. —Siéntate, por favor—, dijo, su voz sonando un poco entrecortada.

Lo hice.

—Gracias—, dijo, mirando su falda. —Me encanta esta falda—. Los ojos penetrantes de María me devolvieron la mirada. —Tu es inteligente. No trates de ocultar eso—.

No supe qué decir a eso, así que no dije nada.

—Viste algo en el bufete de abogados, algo que se suponía que no debías ver. ¡Sé de secretos! — dijo emocionada. —La gente está dispuesta a pagar dinero para guardar secretos. Con mi ayuda, puedes sacar provecho de eso—.

Guardé silencio.

—Marta, no ganas mucho dinero aquí. No estás contenta con este trabajo y quieres algo más.—

No iba discutir lo que me importaba, pero podría defender otros puntos.

—No sabes nada sobre mi sistema de valores—, le contesté.

Eso la hizo parpadear un par de veces.

—Tal vez no. Pero sé de tu dolor. Perdiste a alguien que amabas. Sé que casi fuiste una policía. Limpiar la basura no reemplaza esas pérdidas—.

—Parece que te está yendo bastante bien—.

Eso la hizo sonreír. —Tienes razón. Pero soy una mujer de negocios. Y puedo ayudarte—, dijo, inclinándose hacia adelante.

—¿Por qué harías eso? Pareces menospreciar a las personas en mi oficio—.

—Empecé donde estás—, me contestó. —No lo he olvidado—.

—¿De verdad? ¿A quién le quitaste las propinas para pagar por ese atuendo? J. Jill no es barato—.

Los ojos de María brillaron. Aun así, respiró hondo y se sentó. —Me puse de tu mal lado. ¿Qué dije?—

—Intentaste usar la muerte de mi hijo para allanar el camino para el lucrativo trato que estás a punto de ofrecerme—.

Además, se mostró condescendiente conmigo. No había amor perdido entre nosotras, pero no iba a decir eso.

María asintió y me inclinó la cabeza. —Eres astuta—.

No tenía idea de lo que María tenía en mente. Estaba lista para terminar con nuestra charla.

—¿Qué quieres, María?—

—Dinero, Marta. Quiero dinero—, dijo con una sonrisa. —Quiero un día de pago de ese bufete de abogados. Viste … algo que vale dinero. Quiero algo de ese dinero, y quiero que tú tengas el resto … la mayor parte—, corrigió rápidamente.

Debo haber dejado escapar un suspiro. María lo tomó como un signo de debilidad y continuó con su propuesta.

—Sesenta/cuarenta. Tú obtienes el sesenta por ciento y yo el resto. Antes de discutir con ese corte, déjame explicarte por qué valgo tanto. Contrataré abogados caros. Pagaré sus trajes de negocios e incluso un entrenador de etiqueta para ayudarnos a solucionar su falta de acento y su voz educada. Si nos hacemos parecer tontas, podremos salir arriba—.

Me sorprendió y me impresionó un poco, pero no debí estarlo porque sabía que a María Álvarez le gustaba el dinero. Me pregunté cuánto dinero pensaba que podríamos conseguir. ¿Seis cifras? ¿Siete?

—Hay un par de problemas con esto—, le dije.

—¡Cuéntame sobre eso!— dijo emocionada. —Podemos hacer una lluvia de ideas y solucionar este problema—.

—El primer problema es el hecho de que no vi nada—. Al instante, su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido. —En segundo lugar, todavía no comprendes mi sistema de valores. Un día de pago no vale la pena que me traería este negocio tuyo—.

Sus fosas nasales se ensancharon y se recostó. —Voy a cambiar tu

opinión sobre esto—.

No, no lo haría.

María me pasó una hoja de papel. Fue el recibo del trabajo que hice en Smithers and Associates - el bufete de abogados. Señaló mi nombre con una uña roja.

—Te amaron allí y te quieren de vuelta. Voy a dejar que te quedes con el 80% de la tarifa contratada más las propinas—.

Mierda. El dinero era tentador. Incluso, el pago por el trabajo de limpieza fue más que justo.

—Eso es más que justo—, dijo, leyendo mis pensamientos. —Ve allí … mire a su alrededor y tenga en cuenta la transacción—.

Debería haber dicho que no a la limpieza continua en la oficina de abogados. Pero, el trabajo encajaba perfectamente en mi horario y pagaba muy bien. Lo suficientemente bueno para agregar a mis ahorros, tal vez lo suficientemente bueno como para comprar un boleto de ida y vuelta a Puerto Rico - después de unas semanas de salario.

Salí de Francis Street pensando que había ganado una batalla. Me recordé que María era una estratega. Además, la oficina de Francis Street Cleaners tenía oídos en todas partes. Hice quedar mal a mi jefa en su territorio. Tendría que velar mi espalda.

# Capítulo Diez

Los trabajos limpiando condominios, hoteles y casas de empeño pasaron como siempre. La Sra. Taormina se quejó de su bañera; los empleados de la casa de empeño me ignoraron; los colchones del hotel eran tan macizos como siempre. El dolor de espalda con el que salí del Holiday Inn casi me hizo reconsiderar mi posición sobre el plan de día de pago de seis cifras de María.

Pero entonces llegó el día de la limpieza de la oficina de abogados. La cantidad de dinero que podía ganar me emocionaba. Saludé al familiar guardia de seguridad con una sonrisa y un buen día.

—Has vuelto—, me dijo.

—Aquí estoy.—

—Locura allá arriba la semana pasada—, dijo.

Me pregunto qué habrá escuchado sobre la salida de Ronald Moore de Smithers and Associates. ¿Había sido el guardia de seguridad quien le había contado a Francis Street lo que había sucedido?

—Si. Me alegro de que todo haya terminado—.

Él río entre dientes. —Si tú lo dices—.

Me pregunté por qué sonaba incrédulo.

—Los ascensores de servicio están funcionando—.

Quería husmear un poco para aprender lo que el había oído, pero seguí adelante.

—Subiré, entonces—.

Con eso, me subí a un ascensor y luego entre a a la oficina. Desafortunadamente, Leonore, la recepcionista familiar, se había ido. Una bonita mujer asiática me miró a mí y a mi uniforme.

—¿Marta?—

—Si. Esa soy yo—.

La recepcionista me entregó una placa. Después de eso, me hizo firmar un formulario de identificación. Lo firmé y se lo devolví.

—Puede comenzar con las oficinas de los socios—.

—Está bien—, respondí. Caminé por el largo pasillo que conducía a las grandes habitaciones.

Toqué puertas antes de entrar en una oficina. Una vez allí, memorice la ubicación de los artículos personales y profesionales. Después de eso, me puse a trabajar limpiando cada superficie que pudiera tocar.

Los socios no estaban presentes en sus oficinas. Era para lo mejor, pensé. No estaba muy segura de cómo me comportaría con el compañero rotundo al que parecía agradarle las señoritas. También me pregunté qué bien podría ocultar mi curiosidad sobre las caras que había visto en la reunión en el restaurante. Limpié con satisfacción las

áreas comunes de la práctica, así como los baños. Después de eso, regresé al escritorio de la recepcionista. Le di mi tarjeta de presentación y el resumen de lo que hice. Incluso le dejé saber cómo comunicarse conmigo si mi trabajo no satisfacía la práctica.

—Gracias—, dijo rápidamente. —Tengo una forma más que necesito que firme ...—, dijo.

Eso fue extraño. A excepción de una forma de identificación, se suponía que no debía firmar ninguna forma en las oficinas y residencias en que limpiaba. Las transacciones comerciales fueron entre las propias empresas y la administración de Francis Street.

Pero lo más extraño fue el hecho de que la recepcionista no me miraba a los ojos.

—Es algo estándar—, dijo. —Si pudiera firmar la última página ... —

¿Cosa estándar? En mi mente, alarmas sonaron y banderas rojas ondearon. Miré la primera página y rápidamente entendí la jerga legal. No podía creer lo que estaba leyendo.

# Capítulo Once

—¿Quién te propuso esto?— Le pregunté a ella.

Los ojos grandes y oscuros de la secretaria miraron los míos. —No lo sé. Es solo una forma—.

Alguien pensó que yo sería lo suficientemente estúpida como para firmar una forma diciendo que no demandaría a la firma por lo que vi y que tampoco revelaría lo que había visto.

—¿Qué tan estúpida crees que soy?— Pregunté.

Para ser justo, eso era el tipo de pregunta abierta que no pedía una respuesta. En lugar de responder coherentemente a mi pregunta, la recepcionista se sonrojó y empezó a farfullar.

En ese momento, un hombre se me acercó y tomó la forma. Era Mark Simpson. Lo reconocí como el abogado que trató de entrar a la fuerza en la oficina de Ronald Moore.

—Hola, cariño—, me condescendió mientras sonreía.

Estaba tan enojada que no supe qué decir. Pero solo por un momento. Abrí la boca para soltar insultos, pero luego recordé las palabras de mi hermano. 'Estos abogados son más inteligentes y más conspiradores que tu', dijo. En lugar de arremeter, tomé un respiro y busqué algo en mi bolsillo.

—Aquí está mi tarjeta de presentación, que contiene mi información de contacto. Si tiene alguna pregunta CON RESPECTO AL MANTENIMIENTO QUE REALIZÉ AQUÍ HOY—, enuncié, —por favor, llámeme—.

Con eso, agarré mi equipo y salí de la oficina. Una vez en mi carro, lo deje salir todo. En inglés y español, maldije y reprendí a los empleados del bufete de abogados. ¿Cómo se atrevian a ser condescendientes conmigo? ¿Cómo se atreven a pensar que era una idiota? Golpeé mi volante con la palma de mi mano. Una vez que solté suficiente ira, me fui a casa.

Estaba en mi tercer bocado de tarta de queso cuando sonó mi teléfono.

—¿Por qué tengo que oír de parte de una amiga que me hija fue al cuartel de la policía, y no de mi hija propia?—

Ave María Purísima. No le había contado a mi mamá sobre mi visita al cuartel. Se había enterado de la aventura a través de una amiga suya, lo cual era super malo. Miré en el armario de mi cocina. No tenía suficiente ron para la conversación que estaba a punto de comenzar.

—Hola, mamá—, dije con un suspiro. —No te dije que fui al cuartel porque Rafy me dijo que no lo hiciera. Pensé que sería más seguro de esta manera—.

Sí, estaba culpando a mi hermano mayor por no contarle a mi mamá sobre el incidente y mi posterior entrevista con la policía. No era genial, pero podía manejarlo.

—Párate un momento—, me dijo.

Ay yay yay.

—Rafy: ¿Por qué le dijiste a tu hermana que no me contara lo que pasó con la policía?— La escuché decir.

Mierda. ¡Rafy estaba en casa de nuestros padres!

—No le dije que no te lo dijera; Le dije que no se lo contara a nadie. Esa mierda es demasiado grande para hablar por teléfono—.

—No hables así en mi casa—, dijo mi mamá enojada.

—Lo siento—, se disculpó mi hermano por sus blasfemias. —Eso es demasiado grande, Mami. Cualquiera podría estar escuchando las llamadas de Marta—.

—¿Quién te dijo eso sobre el cuartel?— Le pregunté a ella.

Uf. Estaba bien con mi hermano. Pero no mi mamá.

—¿Qué te dije sobre trabajar en ese trabajo? ¡Eres mejor que eso! ¡Te dije que esto no traería más que problemas!—

Solté el teléfono y dejé que mami le regañara la encimera mientras me comía el resto de mi tarta de queso. Después de los últimos bocados, volví a levantar el teléfono.

—Mamá: lo estoy manejando—.

—¿Sabes quién más lo está manejando? María. Se jactó con su recepcionista sobre un día de pago que recibiría, quien luego se jactó con su madre, quien luego se jactó con mi prima, quien luego me llamó—.

Mierda. Había olvidado que Cándida era de Hatillo, un pueblo vecino de Arecibo. Mi mamá tenía unos primos que vivían allí.

—Mami: lo único que hice fue ver un video corto. Ni siquiera sabía lo que estaba mirando—. (Mentira). —Pero ahora estoy recibiendo presión por tantas partes, y estoy harta de eso—.

Mami no dijo nada, así que continué.

—Y ahora María está tratando de manipular la situación para poder obtener un día de pago—.

—¡Te dije que esa mujer era una víbora!—

En realidad, no lo había hecho, pero yo no quería el drama adicional que vendría al corregir a mi madre.

—María quiere manipular la situación. Ella quiere que yo hable sobre lo que vi en el video y hacer que el bufete de abogados nos pague mucho dinero. A cambio, guardaríamos silencio. Sin embargo, todo esto es una mala idea con la que no quiero tener nada que ver—.

—¿Qué tiene de malo un día de pago?— Mamá argumentó suavemente. —Podrías comprar un condominio o mudarte aquí—.

No. De ninguna manera.

—O puedo hacer mi propio camino y no mirar por encima del hombro mientras me preocupo por abogados caros y matones, mamá —.

—Si. Yo también puedo apreciar eso—, reconoció mamá.

—Mami, solo quiero hacer mi trabajo. Quiero continuar como lo he estado—.

—Bueno; haz eso, y estaré atenta a lo que se está metiendo María —.

Sabía que mamá mantendría los oídos en el suelo con respecto a María Álvarez y sus compinches. Los chismes viajaron super rápido entre Chicago y Puerto Rico.

—Gracias mami—.

Mami ya no estaba enojada conmigo. Darle un poco de gratitud, justificada o no, fue suficiente para cambiar su estado de ánimo. Además, tenerla como recolectora de información en Puerto Rico era un respaldo con el que no podía contar en Chicago.

# Capítulo Doce

Estaba limpiando la casa de empeños cuando recibí la llamada de María. Habían pasado cuatro días desde que el bufete de abogados intentaron engañarme. Sospeché que era la razón por la que me llamaba.

—Hola María—.

—¡Marta Querida!—

Puse los ojos en blanco ante el saludo ridículamente efusivo. Pero, quizás yo también llamaría a alguien 'querida' si tuviera el potencial de traerme un día de pago de cinco cifras.

—¿Puedes venir hoy?—

—No—, mentí. —Tengo otras cosas en agenda—.

—Bueno. Oye. Quería decirte que hiciste un buen trabajo al no firmar la forma que te dieron en el bufete de abogados—.

Enfadada, apreté mi teléfono.

—¿Recibiste otra llamada de ellos?—

Ella se río a carcajadas. —¡Seguro que sí!— En un tono más serio, continuó diciendo: —Estamos ocupando la posición de poder. No queremos renunciarlo—.

—No tenemos nada. No estoy haciendo nada—.

María continuó hablando. —Bueno, no hiciste 'nada' tan bien que la semana pasada agregaron una propina de doscientos dólares por tu trabajo. Acabo de transferir eso a tu cuenta bancaria y la tarifa del trabajo que te prometí—.

—Oh—, dije, sonando sorprendido.

—¡Oh, es cierto!— dijo con una carcajada. —Volverás allí mañana. Continúa con lo que estás haciendo—.

Con eso, colgó. Me preguntaba cuánto tiempo tendría que seguir complaciendo las fantasías de María.

Más tarde esa noche, tomé mi computadora portátil para verificar mi cuenta bancaria. Quinientos dólares por cuatro horas de trabajo. Guau. Me recosté en la silla del comedor, preguntándome si el dolor de cabeza del bufete de abogados valía la pena.

A la mañana siguiente estaba un poco más cauteloso. Había elevado aún más mis escudos de mujer/sirvienta/residente hispana de Chicago. Sabía que la gente del bufete de abogados querían atraparme. Tenía que tener cuidado.

—Oye. No estás sonriendo esta mañana—, dijo el familiar guardia en el rascacielos que albergaba el bufete de abogados.

No pude evitar sonreírle. Miré su etiqueta con su nombre y memoricé su nombre: Devon.

—Buenos días, Devon—.

—¿Qué te tiene tan serio esta mañana?—

—Sabes—, dije mientras dejaba mis productos de limpieza junto con mi bolso. —Solo estoy tratando de ganarme la vida. Solo trato de cuidarme mi espalda—.

—Te escucho—, dijo, agitando su detector de metales contra mis cosas.

—El ascensor de servicio no está funcionando—, me dijo.

Suspiré. —Ave María—.

Él rio. —Que tengas un buen día, ¿de acuerdo?—

En el ascensor, me paré contra la pared. Además, mantuve mis ojos en los números iluminados para evitar mirar a la gente bien vestida que me miraran con sospecha. Con suerte, me ignorarían.

Sin embargo, no podría ser.

—¿Eres sirvienta?— preguntó una voz femenina refinada.

Oré en silencio por fuerza antes de mirar a la mujer que me hablaba. Era una rubia baja que vestía un traje gris de aspecto caro.

—Entre otras cosas—, le dije.

Ella puso los ojos en blanco y suspiró. —No te ofendas. La gente realizan que soy abogado todo el tiempo—.

—Qué bueno para ti—, le dije. Luego volví a mirar los números de piso porque no tenía ganas de fingir cortesía.

—No estoy aquí para atacarte por usar el ascensor del personal—.

—Gracias—. Respondí secamente.

—Estoy buscando una sirvienta para mi condominio—.

Eso llamó mi atención.

—¿Oh?—

—Sí—, dijo. —Pero no necesito una empresa que limpie mi casa porque no quiero una colección de extraños en mi casa. ¿Trabajas independientemente?—

Por alguna razón, la pregunta me emocionó. —Buen …me gustaría, pero no sé si puedo—.

—¿Firmó un contrato de no competir con su empleador?—

Recordé los formularios W9 y los de confidencialidad, pero nada con esas palabras.

—Creo que no.—

La rubia metió la mano en su bolso y sacó una tarjeta de presentación gruesa. —Llámame. Lo discutiremos más—.

Tomé la tarjeta y la miré de nuevo. Pero antes de que pudiera decirle algo más, las puertas del ascensor se abrieron y la abogada rubia se bajó. Miré la tarjeta que decía: —Jane Knight: Abogada—.

Trabajar sola. ¿Pude hacer eso? Era algo para reflexionar.

La oficina del bufete de abogados tenía la misma recepcionista que el día anterior. Todavia no había memorizado su nombre.

—Buenos días—, dijo cortésmente.

—Buenos días—, respondí secamente. —¿Por dónde te gustaría que comenzara?—

Lamentablemente, los socios estaban presentes. El hombre rechoncho y calvo escribía tranquilamente en su computadora portátil mientras yo aspiraba su oficina. Me pregunté si sabía que había visto el video de él con la joven prostituta. No lo demostró, pero tenía que saberlo. ¿Por qué me mantendrían como sirvienta? ¿Porque me daban una propina tan generosa? Las palabras de mi hermano de que los abogados eran más inteligentes que yo volvieron a resonar en mi mente y me puse nerviosa.

Otro socio rio mientras hablaba por teléfono. Lo reconocí como uno que había estado sentado a la mesa con la gente silenciosa. Le quité el polvo a la estantería mientras él actuaba como si no le importara nada en el mundo.

El comportamiento indiferente me sorprendió. Las cosas hechas por los abogados parecían ser criminales. ¿No los estaba investigando la policía? ¿Por qué los abogados no empacaron sus maletas y se fueron a … países sin leyes de extradición? ¿Por qué no estaban preocupados por mí y por lo que sabía?

Se portaron como que no me conocían, y yo hice mi mejor impresión de sirvienta, mezclándome con el fondo. Hice el menor ruido posible, pero todo el tiempo mirando.

Al salir, vi al abogado Mark Simpson en el vestíbulo junto a la salida - el que trató de hacerme firmar la forma indicando que no demandaría a nadie.

—Marta. Hola—, dijo con una sonrisa.

—No te conozco—, le dije. Aunque sabía su nombre, sabía que no necesitaba conocerlo mejor.

—Eso es cierto. Y sé que empezamos mal. Mi nombre es Mark Simpson. Es un placer conocerte—.

Mark Simpson no era guapo, pero tenía un aspecto interesante. Medía unos cinco pies y diez pulgadas. Tenía piel clara con ojos verde oscuro. Su cabello era de un castaño claro que parecía peinado por expertos. Lo identifiqué como en sus treintas. Y peligroso. Había una mirada aguda en sus ojos que me hizo saber que tenía que velarlo.

Añadiendo más preocupación estaba el hecho de que había colocado su cuerpo entre la salida y yo. Me sentí amenazada.

—Encantada de conocerte. De nuevo—, respondí. —Si me disculpas, tengo otro trabajo que hacer—.

Dio un paso más hacia mí. —Eres inteligente—, susurró. —Haces un buen trabajo escondiéndote en las sombras, pero ¿sabes qué? Te vi observándonos—.

Bueno. Eso fue escalofriante. Miré a mi derecha, que era donde estaba la recepcionista. Estaba mirando la pantalla de su computadora

como si su vida dependiera de ello.

Excelente. Parecía que tendría que manejar las cosas por mi cuenta.

—¿Mark?—

—Si—.

—No solo me estas acosando; también me estás deteniendo ilegalmente—.

Eso lo hizo sonrojarse y moverse a un lado. —Disculpame, por favor—.

No dije más, pero salí corriendo de allí. Mi pulso se aceleró mientras rápidamente caminé por el pasillo hacia los ascensores. Mi respiración fueron breves ráfagas. Estaba asustada. La gente del bufete de abogados me estaban velando. No solo eso, estaban conspirando. ¿Qué diablos estaba haciendo allí? Hubo TONELADAS de películas hechas para televisión, programas de televisión y novelas latinas que presentaban el silenciamiento permanente de personas como yo. Corrí aún más rápido.

El alivio me inundó cuando vi abrirse las puertas del ascensor. Una mano en mi hombro frenó mi escape, y mi corazón cayó al piso.

# Capítulo Trece

Me di la vuelta rápidamente, spray de pimienta en la mano y lista para rociar a la ... mujer bastante alta que nunca había visto antes. Junto con una expresión de preocupación, vestía una chaqueta marrón y una falda con una blusa gris. Su buen aspecto la hacía parecer modelo para una revista de moda. ¿Quién era ella?, me pregunté. No la había visto en la oficina de abogados.

—¡No dispares!— Ella exclamo. —Uh ...—, dijo, mirando hacia mi botella de spray. —No ... me rocíes con tu ... ¿Aerosol para mal aliento?—

Suspiré y bajé mi mano. —No es Binaca. Es rociador de pimienta —.

—Eso está bien disfrazado—, dijo, dejando caer las manos.

—Bueno ... sí—, dije, sintiéndome extrañamente segura con la mujer bonita. —¿Cómo es amenazante el rociador para el aliento?—

—No lo es—, dijo con los ojos muy abiertos.

Entonces me di cuenta de que su forma de hablar y sus gestos me eran bastante familiares.

—¿Eres hispana?—

Eso la hizo sonreír. —Si. Soy mitad blanca y mitad cubana—.

Sonreí.

—Nadie lo nota—, dijo mientras se encogía de hombros. —Mi mamá es cubana y mi papá es cuáquero de Pennsylvania. Especialmente con mi nombre: Melissa Bollinger—.

—Entiendo—.

—No es que esté tratando de ocultar el hecho de que soy hispana —, charló. —Me canso de defender mi naturaleza hispana ante hispanos de apariencia más… tradicional—, dijo la mujer rubia de ojos azules. Me reí, así que ella continuó. —Y no puedo decir que no haya aprovechado el hecho de que me veo así y mi nombre no es hispano—.

—Esto es Chicago. Uno hace lo que tiene que hacer para salir adelante. Y me llamo Marta Morales—.

—Mucho gusto—, dijo con una sonrisa.

Me estaba divirtiendo mucho con la mujer, pero todavía no entendía por qué me había detenido.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti, Melissa?—

Ella río. —Si—.

Melissa Bollinger metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó su tarjeta de presentación. —¿Antes, en el ascensor? Te escuché hablar con la aterradora abogada. Oi que eres una criada que trabaja de manera independiente—.

Bueno, eso no se dijo, pero podría correr con eso.

—Trabajo en Erickson Ventures, que está al final del pasillo—, dijo mientras señalaba detrás de ella. —Somos una empresa de capital de riesgo—.

—Está bien—, le dije.

—Le conté a mi jefe Niels cómo te enfrentaste cara a cara con la aterradora abogada, y quedó impresionado. Estamos buscando una sirvienta independiente, alguien que no esté vinculado a una empresa de limpieza. También trabajamos desde este piso, por lo que sería conveniente para usted. Vi que también haces limpieza en Smithers and Associates—.

Leí su tarjeta de presentación, que decía: "Erickson Ventures Chicago" y debajo, "Melissa Bollinger: Trader". Junto con el número de suite y su dirección, su número de teléfono también estaba notado.

—Ummm. Excelente. Si. Eso suena bien—, dije a modo de respuesta.

Un zumbido en su bolsillo la hizo mirar hacia abajo. —Tengo que irme ahora, Marta, pero llámame esta noche, ¿de acuerdo?—

—Claro—, le dije.

—¡Gracias!— dijo con una gran sonrisa. —¡Oh!— Ella exclamó con los ojos muy abiertos. —¿Dónde compraste el spray de pimienta?—

Recité el nombre de la tienda de seguridad en donde compré el spray. Ella río y luego se alejó.

Cuando subí al ascensor para salir del edificio, descubrí que estaba en un estado diferente al que tenía cuando llegué. Me había estado protegiendo de los ataques del bufete de abogados, pero luego me encontré enfrentado en otro frente: los de clientes potenciales que buscaban una criada independiente. Fue emocionante y estaba listo para la emoción. Y cambio. Quizás era hora de crecer y ascender.

# Capitulo Catorce

Esa noche, en casa, operé como si fuera yo quien tomara las decisiones de mi vida laboral. Llamé a Melissa Bollinger de Erickson Ventures y a Jane Knight, la abogada. Melissa, amable que era, me contrató sin hacerme una prueba. Ella dijo que tenía un presentimiento sobre mí, con el que no podía discutir. Empezaría a trabajar para ella en dos semanas.

Jane Knight, sin embargo, era una cliente exigente. Quería una entrevista cara a cara y una sesión gratuita para determinar mi 'viabilidad'. Acordamos realizar una prueba para ese fin de semana.

Internamente, sin embargo, todavía tenía que responder una pregunta importante. ¿Qué significó para mí aceptar estos trabajos? ¿Significaba que estaba dejando Francis Street y comenzando sola? Parecía así. No estaba muy segura de cómo me sentía al respecto.

Necesitando inspiración externa, encendí la radio. Sonó una canción y me pregunté qué estaba esperando. Me reí en voz alta en respuesta. Estaba esperando esto.

A la mañana siguiente, me encontré reflexionando sobre cómo proceder con mi situación laboral cambiante. Por mucho que odiara la casa de la familia Taormina, me pareció fundamental. Me dio tiempo para considerar mi próximo paso, que sería abandonar Francis Street. La parte complicada, sin embargo, fue el cómo y el cuándo. ¿Serían suficientes dos trabajos para mantenerme a flote? Dependía de cuánto pudiera ganar. Pude ver a Jane pagando un buen sueldo, ya que parecía ser del tipo perfeccionista. La oficina de Melissa podría pedirme que firme un documento de confidencialidad. Podría hacer eso, y tal vez por un poco más de dinero. Hice una nota mental para mencionarle eso a Melissa.

Sin embargo, no podía contar con solo dos trabajos. No me pagarían lo suficiente. Necesitaba otros dos. ¿A cuál de mis clientes actuales me gustaría conservar? Tendría que dejar el trabajo en Holiday Inn. Podría intentar robarme el trabajo de la casa de empeño, ya que no tuve problemas allí. ¿Y la casa de Taormina?

Veinte minutos después, la Sra. Taormina llegó a casa y se lanzó sobre mí sobre su jodida bañera.

—No sé cuántas veces tenemos que discutir esto, Marta. No creo que estés trabajando lo suficiente—.

Asentí. —Entiendo tu frustración. Sin embargo, la superficie de esta bañera está desgastada. No puedo hacer mucho con eso—.

—Bueno, necesitas hacerlo mejor. La criada de mi amiga Melba puede hacer que cualquier espacio sea blanco. Le insto que haga lo mismo—.

Asentí de nuevo. —Déjame volver para ver qué puedo hacer—.

Y sabía lo que haría. Dejaría que Francis Street se quedara con la cuenta de Taormina.

Por una semana, mantuve mi deserción un secreto. Continué limpiando el Holiday Inn y la casa de empeño, y un par de servicios únicos en residencias privadas. No tenía más asignaciones para limpiar el bufete de abogados, lo cual era bienvenido, pero extraño. Sin embargo, eso llegó a un punto crítico. Estaba limpiando la casa de empeños cuando recibí la llamada de Cándida - la secretaria de Francis Street Cleaners.

—Oye, chica—, ronroneó.

Ay. No era la chica de nadie. Yo era una mujer de treinta y nueve años.

—¿Qué pasa?—

—Parece que José va a tomar la iniciativa en la oficina de abogados—.

Ese nombre tenía el poder de irritarme con mucha rápidez. Ya no quería el trabajo en la oficina de abogados, pero escuchar la sugerencia de que José tenía que tomar la iniciativa en el trabajo me enfureció como ninguna otra cosa.

José era uno de los hombres más vagos que había conocido. Era el tipo de chico que entraba en un trabajo y les decía a todos los demás qué hacer mientras estaba sentado sobre su trasero. Le gustaba molestar a las sirvientas mientras las deleitaba con cuentos de su juventud. José cobraría la propina, que no compartiría con nadie.

Yo hervía de ira. —¿José me va a guiar? ¡Es un trabajo de una sola persona! No necesito que el primo lacayo de María me siga allí—.

Cándida suspiró. —Baja la voz, Marta. Las paredes escuchan—.

Algo pasó. María había estado tratando de ser super amable conmigo. ¿Por qué haría ella esto?

—¿Cándida? ¿Qué pasó?—

—Niña; Supongo que hiciste enojar a alguien en la oficina de abogados. A un abogado no le gustó la forma en que hablaste con él —.

—Mark. Ese hijo de puta". Y probablemente María también. Probablemente estaba cansada de que yo ignoraba sun plan de pago con respecto al bufete de abogados.

—Oye. Nuestros sentimientos no importan aquí. Eso no es profesional—.

—Bueno, tampoco lo es José—.

Cándida suspiró. —Sabes cómo tiene que pasar esto. Además, María quería que te dijera que va a ejercer la opción del gerente por su propina y que el trabajo ha vuelto al 30%—.

La ‘opción de gerente’ significaba que María decidiría qué hacer

con la propina, lo que significaba que ella o José se quedarían con la propina. Esa perra.

Sin embargo, sabía que no tenía por qué estar enojada.

—Cándida—, dije con mucho gusto en mi voz. —Dígale a María que puede quedarse con la propina y también con el 100% de la tarifa. Ella puede quedarse con todo el dinero de la cuenta de Taormina y también con el trabajo del Holiday Inn—.

—¿Por qué, harías eso?— preguntó nerviosamente.

—Porque renuncio a Francis Street—.

Escuché un ruido de fondo. En mi mente, imaginé a Cándida saltando de su silla y haciendo una señal a María en su oficina. Escuché voces ahogadas y me imaginé la mano de Cándida en el auricular.

—Marta, ¿qué está pasando?— preguntó María.

—Lo que está pasando es que renuncio—, dije mientras sonreía.

Ella se quedó callada por un momento. Después de eso, se rio. —No lo dices en serio. Te amamos aquí. Tú también nos amas. Tenemos algo bueno—.

—Renuncio—, repetí.

Entonces me di cuenta de que Jamie, el dueño de la casa de empeño, me estaba mirando desde detrás de una vitrina.

—Mira: ¿esto es por José y la propina? Olvídate de José. Él está fuera. Recibirás la propina y el 80%. No hay necesidad de estar enojada por eso—.

—Puede quedarse con el cambio ... y la propina, como siempre sueles hacer. Estoy fuera. Terminaré mi trabajo aquí en la Casa de Empeño con mis estándares habituales, pero eso es todo. Puedes enviarme el dinero que me debes—.

—¿Dónde dijiste que estabas? ¿La casa de empeño? Estaré allí en veinte minutos—.

—No te molestes. No estaré aquí. Adiós, María—.

Con eso, le colgué.

—Bueno, eso es todo—, murmuré para mí.

—Así que renuncias—, dijo Jamie.

Me sonrojé y me volví hacia el dueño de la casa de empeños. Jamie era un hombre de sesenta y ocho años de ascendencia griega. Tenía una presencia imponente.

—Lamento que hayas tenido que escuchar eso—, me disculpé. —No fue profesional. Quiero que sepas que terminaré aquí, limpiando tan bien como de costumbre—.

Sacudió la cabeza ante eso. —No estoy preocupado por eso. Fue divertido escuchar esa conversación—.

—Fue algo divertido de hacer—, dije con una sonrisa.

Su rostro se puso serio por un momento. —¿Francis Street guarda

las propinas que haces?—

Suspiré. —Si. María hace eso—.

—¿No ves nada de eso?—

Negué con la cabeza. —No. No Usualmente—.

—Por dos años, te he estado dando una propina de $150 al mes. ¿Me estás diciendo que no has visto ese dinero?—

—Lo siento. No sabía que me habías estado dando una propina. Eso fue muy generoso—.

—Mierda—, dijo, sacudiendo la cabeza. Después de unos momentos de silencio, habló. —¿Quieres conservar este trabajo?—

—Si—.

El asintió. —Es tuyo. Te pagaré lo que estaba pagando Francis Street, pero te quiero aquí tres veces a la semana en lugar de dos—.

Rápidamente hice los cálculos y encontré que los términos eran muy agradables, ya que Francis Street no recibiría un recorte.

—Tres veces por semana". Estuve de acuerdo.

El asintió. —Bueno. Ahora continúa con tu limpieza. Tengo una señora María a quien llamar—.

Mientras estaba emocionada, también me sentí un poco mal. Una vez escuché a Cándida decir que el dueño de la casa de empeño apreciaba a María y que a María también le gustaba. Sin embargo, eran gente de negocios. María había estropeado sus prácticas; según los carteles colgados en las paredes de la casa de empeños, Jamie se enorgullecía de su ética.

Pero ese ya no era mi problema. Podría preparar mi propia lista de ética, ya que ahora era una mujer de negocios. El pensamiento me vigorizó.

# Capítulo Quince

Llamé a mi madre para contarle la noticia. Pensé que estaría más emocionada por eso, pero estaba equivocada.

—¿Tendrás suficiente trabajo?—

—Sí, mamá—.

—Pero tienes beneficios en Francis. ¿Qué tienes ahora? Ahora no tienes seguro de desempleo, ni seguro médico, y tienes que pagar tus propios impuestos al Seguro Social y al Medicare—.

Desafortunadamente, Mami tenía razón. Ambas aprendimos un poco sobre la administración del dinero gracias a mi papá.

Obtuve mi inteligencia calculadora y mis habilidades de investigación de mi padre, Esteban Morales. Después de vender seguros en Boston, Massachusetts, se convirtió en investigador de reclamaciones de seguros para el Municipio de Arecibo en Puerto Rico. Eso significó que viajó por todo Arecibo, así como por los pueblos vecinos, mientras investigaba reclamos de seguros. Encontró un poco de corrupción, desafortunadamente. A algunos de sus sujetos les gustaban los atajos. Esa minoría de personas quería trabajar lo menos posible para poder hacer las cosas que amaban hacer, como socializar, comer, beber y pasear. Ese tipo de personas, aunque no estaban mal, mantenían la compañía de otras personas de ideas afines, lo que hacían aceptable la mentalidad de atajo para vivir.

Durante los días de verano y los días libre de escuela, papá me llevaba con él mientras hacía el trabajo de investigación. Entrevistó a personas, inspeccionó casas y automóviles e ideó historias reales compuestas por hechos. Muchas veces, sus hallazgos diferían de lo que declararon los demandantes.

—La gente no es quien dicen que son—, me decía. —Son lo que hacen—.

Eso se quedó conmigo, tanto que usé ese poco de sabiduría cuando me convertí en oficial de policía. Llegué lejos en esa búsqueda. Habría llegado más lejos si no hubiera sido por mi gilipollas exmarido.

Aprendí otras cosas de mi ex-imbécil. Aníbal era un contable que se convirtió en contador público después de que me divorcié de él. Estúpido. Aun así, en sus días de contabilidad, aprendí algunas cosas de él. Escuché los consejos que les dio a las personas que vinieron a nuestra casa para hacer sus impuestos anuales. El nunca 'miró para otro lado', pero aconsejó a la gente sobre formas de ocultar dinero que eran perfectamente legales. También era muy bueno cuantificando los impuestos adeudados a casi nada.

Aníbal anhelaba que nuestro hijo también se convirtiera en contador público. Las calificaciones de matemáticas de Héctor

indicaron que tenía la aptitud para ello. Sin embargo, nuestros sueños de que él fuera a la universidad se descarrilaron cuando su novia quedó embarazada. Quería casarse con Waleska tan pronto como pudiera, así que lo hizo. Héctor necesitaba un trabajo, así que se unió al ejército. Mi hijo duró dos años antes de que una explosiva lo atrapara. Héctor dejó una esposa, un hijo pequeño y una madre que lo extrañaría por siempre.

Eso fue dos años atrás. Desde entonces, había tenido más momentos bajos que altos. Comenzar mi propio negocio sería uno de los más importantes. Compartí eso con mi mamá.

—Lo sé—, dijo.

—¿Qué harás si te lastimas? Necesitas tu cuerpo para ganar dinero —.

—He pensado en eso, mamá. Todo el mundo empieza en alguna parte—.

—Pero no tienes un plan de respaldo—.

Me cansé de su negatividad y estallé.

—La vida no tiene un plan alternativo, mamá. La gente hace planes y trata de planificar contingencias, pero ¿sabes qué? A veces suceden cosas que no puedes controlar. Las cosas, y las personas, con las que cuentas se van. Y te quedas sola —, dije, secándome las lágrimas de las mejillas. —Entonces, ¿por qué no debería empezar de esa manera, sola? Lo estoy haciendo, mamá. Puede que falle, pero voy a intentarlo —.

Mi mamá se quedó callada un rato. —No quise molestarte. Solo me preocupo por ti—.

—Bueno… deja de preocuparte, entonces. Tus preocupaciones no impedirán que las cosas malas se presenten—.

Ella suspiró. —Yo te apoyaré, ¿de acuerdo?—

—Está bien—, dije con un suspiro. —Bueno—.

Mi hermano apoyó mi aventura empresarial, lo que me sorprendió.

—No sé por qué estás tan sorprendida—, dijo. —Ser dueña de tu propio negocio es genial. Tú eres la jefa. No tienes que preocuparte de que un jefe te respire por el cuello o de la amenaza de que te despidan. Tu sacas lo que hechas—.

Eso tenía sentido para mí, pero me hizo pensar en mi hermano. Siempre había asumido que estaba 100% enamorado de ser policía. Sin embargo, no me condescendí con él.

—¿Esta nueva hoja que estás pasando? Será algo bueno para ti. Es como si estuvieras dando a luz a algo nuevo. Necesitas eso—, me dijo.

—Lo sé—, dije mientras sonreía.

Durante los siguientes días, mi teléfono sonó, mucho. Los esfuerzos de María por recuperarme se reanudaron en serio. Llamó varias veces, pero la ignoré. Ella expresó su enfado con respecto a mi caza furtiva

del trabajo de Jamie's Pawn Shop. Ella tenía un punto ahí. Aun así, lo que se hizo, se hizo.

Después de regresar de mi audición en la casa de Jane (que pasé y limpiaría por ella tres veces a la semana), mi propietaria de mi apartamento me habló. Estaba subiendo las escaleras hacia mi casa cuando la viuda de ochenta años me detuvo.

—Mira, nena—, me llamó. Estuvo bien que me llamara 'niña', ya que ella era una dama muy respetable. Me dirigí a ella como 'Doña', que era un término español para una mujer de rango.

—¿Que pasó, Doña Justa?—

—Tu jefa vino aquí, queriendo hablar contigo. Me dijo que te dijera que ella se preocupa por tu dinero y cómo podrías pagar tus facturas—.

Esa perra. María fue deshonesta y astuta al molestar a mi casera por mi empleo.

—Ya no es mi jefa, Doña Justa. Renuncié y me voy a dedicar a mi propio negocio—.

—¿De verdad?— Preguntó la dueña anciana.

Asentí. —Si. Ya tengo algunos clientes en fila—.

—Entonces, ¿María no necesita preocuparse por cómo pagaras tus facturas?—

Afortunadamente, yo estaba bien versada en doble lenguaje.

—No es asunto de María Álvarez. Sin embargo, si a ella le importara lo que me pasó, no estaría preocupada—.

—Está bien—, dijo. ¿Y si vuelve, que le digo?—

—Si vuelve, no le abras la puerta. Ella ya no necesita hacer que pierdas tu tiempo—.

—Tienes razón. Tengo mis cosas que hacer—.

—Gracias Doña Justa—.

—De nada—.

Estaba furiosa cuando llegué a mi apartamento de arriba. Encendí la televisión y maldije a María en inglés, español y polaco también. Bueno, usando las dos malas palabras polacas que sabía.

—Esa perra—, gruñí.

Maldije un poco más, y luego me calmé. Tuve que pensar.

—María no ha terminado conmigo—, dije en voz alta. —Ella valora mis habilidades de limpieza, pero eso no es gran cosa—, murmuré mientras caminaba. María se enojaría porque la hice quedar mal en el trabajo. Ella estaría enojada porque le robé un cliente. Caminé un poco más y luego me detuve en seco. —Ella se enojará porque le quité un gran día de pago—, dije.

Mi entonces empleadora podría haberse sentido con derecho a saber lo que había visto. Sin embargo, María no tenía nada con qué negociar ya que no me tenía a mí ni a mi testimonio.

—¿Cómo puede atraparme?— Susurré mientras miraba por la ventana.

No lo pudo hacer. Yo no tenía asuntos en Chicago de cual María podría usar chantaje. Pero para estar segura, llamé a una agencia de monitoreo de crédito para proteger mis cuentas económicas. Mientras estaba en eso, llamé a mi banco y le pedí que transfirieran mi dinero a una nueva cuenta. María todavía tenía mi dirección, pero estaba bien. No pasaría a Doña Justa ni a su portón alta. Además, María no era de mi vecindario.

Probablemente estaba cediendo a la paranoia, pero no pude evitarlo. Estaba sola, y tenía que cuidarme lo mejor que podía.

Bajé a la tienda de la esquina y me compré un teléfono celular nuevo. Luego llamé a todos mis nuevos clientes y programé un mensaje profesional en él. Luego cerré mi antigua cuenta de teléfono celular.

—Ahí—, dije. Definitivamente me excedí. Aun así, era mejor prevenir que remediar.

# Capítulo Dieciséis

No era fácil trabajar para Jane Knight. Durante mi 'audición' anterior, ella me puso a prueba. Jane esperaba la perfección de mí y definió claramente lo que eso significaba (no bolas de pelo, no polvo, no queria anillos dejados por vasos en ninguna superficie, no tardanzas, sin chismes sobre ella a los demás y sin lloriqueos). Pero me pagó más de lo que le había pedido, lo cual fue agradable.

Regresé a casa para almorzar. Sabía que tenía el tiempo justo para comer y tomar una pequeña siesta antes de ir a la casa de empeños para mi trabajo vespertino. Saludándome en mi puerta había un rectángulo blanco, encajado entre la puerta y mi marco.

—Detective Kevin Connelly—, decía la tarjeta de presentación. Fruncí el ceño. ¿Cómo llegó hasta aquí? ¿Consiguió que Doña Justa lo dejara subir?

Además, ya tenía su tarjeta. Entonces recordé que el detective no tenía mi nuevo número de teléfono. ¿Necesitaba eso? Mientras entraba a mi apartamento, pensé un poco en eso. Si no tenía mi número de teléfono, no podría comunicarse conmigo. Realice que había algo de valor en eso. Luego pensé en todos los demás que no podían contactarme. Mi mamá. Mierda.

Rápidamente arrojé mi cartera sobre la mesa y saqué mi teléfono celular de mi bolsillo. Después de marcar rápidamente el número de mi madre, caminé por el piso de mi cocina.

—Hola—, dijo Mami con un tono cuidadosa.

Saboreé su saludo inocencte; probablemente era lo más amable que iba ser conmigo.

—Hola mamá. Soy yo. Cambié mi número—.

Desde Chicago, me imaginé los ojos oscuros de la mujer de cinco pies de altura abriéndose con ira. Mami me preguntó por qué tenía que cambiar mi número, por qué no le había avisado, por qué no había llamado a mi hermano (que estaba a punto de comprar un pasaje a Chicago) y culpándome por tener que hacerlo. Mami me dijo que había llamado a mi exmarido para que verifique mi bienestar.

Escupí el —shot— de Bacardí que acababa de poner en mi boca. El ron ardiente quemó mi garganta, boca y fosas nasales.

—¡¡¿¿Hiciste qué??!!—

—¡No me dejaste elección! Han pasado cuatro días desde que alguien supo de ti—.

—¡Cuatro días no es nada!— Argumenté de vuelta. —¡¿Cómo te atreves a llamar a Aníbal?!—

—Es mi yerno—, se defendió.

—¡ERA tu yerno!— Grité. —¡Me divorcié de ese mentiroso, infiel,

hijo de puta siete años atrás!—

—Y si no lo hubieras hecho, no estarías sola en este momento—.

Las cosas se deterioraron después de eso. No recuerdo lo que dije cuando colgué el teléfono, pero estaba bastante seguro de que podría haber sido más cordial. Me había servido otro trago de ron cuando escuché un golpe en la puerta.

—¡¿Quién diablos está ahí?!— grité.

Fui a la puerta y la abrí. Era Aníbal, mi ex-idiota.

# Capítulo Diecisiete

Mi ex esposo. En la carne. Había pasado un tiempo desde la última vez que lo vi. Aníbal Robles medía 5'10— de altura, lo que era alto para los hombres puertorriqueños. Todavía tenía todo su cabello, pero tenía un poco de canas en las sienes. Sus ojos eran verdes, que, junto con las pestañas largas y cejas oscuras, llamaban la atención. Llevaba un bonito traje de Brooks Brothers que hacía poco por ocultar la barriga. A pesar de todos sus defectos, seguía siendo un hombre guapo.

Supuse que me estaba examinando de la misma forma.

Me pregunté cómo me vería. Todavía vestía un uniforme beige. Mi cabello oscuro y rizado estaba recogido en un moño, pero estaba segura de que algunos rizos se habían escapado cerca del área de mi sien. Probablemente todavía tenía puesto un delineador de ojos. Quizás todavía tenía puesto mi lápiz labial. Me pregunte que si al escupir el ron, si el ron la lavó.

Sabía que mi cuerpo tenía el mismo aspecto que la última vez que me vio. Parecía de la misma manera que cuando lo dejé. Medía 5'6" y pesaba 135 libras, lo que significaba que todavía tenía mi figura. Mi forma ayudó con mi autoestima, ya que mi rostro estaba en el lado promedio de las cosas. Me pregunté si su puta se veía tan bien como yo. La rubia embotellada de cabello rizado probablemente ya tenía un trasero gordo, ya que había tenido tres hijos en siete años.

Entonces me pregunté por qué importaba. No me tomó mucho tiempo determinar la razon. El hombre que tenía delante era el único con el que me había acostado. Si ya no lo amaba, lo odiaba, lo que significaba algo. El odio era algo vivo; ocupaba espacio y quemaba energía en la que lo sentía. Al mirarlo, me enojé de nuevo.

—¿Por qué viniste?— Pregunté irritada.

—Tu madre me pidió que te chequeara. ¿Estás bien?— Preguntó amablemente.

Exhalé un suspiro por la nariz. —Cambié mi número de teléfono celular y olvidé decírselo a mi mamá y a mi hermano—.

—¿Por qué hiciste eso?— Cambió de ingles a su lengua materna, lo que indicaba preocupación. Su movimiento de pies lo confirmó también.

Quería decirle que no era asunto suyo. —Negocios—, respondí en su lugar. —Comencé mi propio negocio de limpieza y me deshice de mi antiguo número de teléfono—.

—¿Cómo lo tomó María?— preguntó con una media sonrisa.

—Mal—.

Él rio. Me quede seria. Después de un momento de silencio, metió

la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una tarjeta de presentación. ¿Qué carajo?

—Si estás comenzando tu propio negocio, necesitarás asesoramiento fiscal. Llámame para darte consejo gratis. Si no quieres mis consejos, le entregaré tu caso a uno de mis asociados. Sigue siendo gratis—.

Podría haberle preguntado por qué le importaba, pero no sería prudente. También podría haber rechazado la tarjeta, pero no lo hice. Por alguna razón, recordé un viejo intercambio con Héctor. Me había llamado desde Irak y me estaba preguntando por mi alternador. Sabía que había tenido problemas con eso.

—Mami; pídale ayuda a papá. Sé que lo odias, pero aún le importas a él. Él quiere que estés bien—.

—No te preocupes por mí y ese alternador. Hay aproximadamente cuatro garajes a poca distancia de mi apartamento, y lo sabes. Además, todavía odio a tu padre—, le dije.

—No. Dame tranquilidad, mamá. No estoy allí para ayudarte en este momento, pero él lo está—.

Sin embargo, no recordaba haber aceptado la ayuda del ex-imbécil.

—¿El nene?— Me preguntó Aníbal.

Asentí y tragué algo en mi garganta.

—A veces surge a mí mente de la nada. No es que no piense en él. Él simplemente ... aparece en mi cabeza. Me detiene en seco—, confió mi ex-imbécil.

Cerré los ojos y negué con la cabeza. Después de estar segura de que mis ojos estaban secos, los abrí de nuevo. —No voy a llorar contigo. Gracias por venir". Pensando en mi hijo, tomé la tarjeta de presentación del ex idiota.

El ex-imbécil asintió. —Está bien, Marta—, dijo en un tono de voz amistoso. —Sabes dónde encontrarme. No he cambiado mi número—.

—Adios—, le dije.

Con eso, cerré la puerta de mi casa y le puse las cerraduras. Me quedé allí, esperando oír los pasos de Aníbal que salían de mi descanso y bajaban las escaleras. Dos minutos después, lo escuché partir. Una vez que se fue, fui a la cocina y me serví la dosis extra que me había ganado.

# Capítulo Dieciocho

Me tomó dos semanas de emprendimiento privado para darme cuenta de que mi ocupación actual no sería sostenible a largo plazo. Me acercaba a los cuarenta. Si ya no estaba volteando colchones voluminosos en el Holiday Inn, todavía estaba de rodillas durante gran parte del día. Además, los productos químicos agresivos que usé diariamente estaban afectando mis sentidos.

Investigué productos de limpieza y encontré alternativas toda natural, así como alternativas a los limpiadores abrasivos. Se me ocurrió la idea de comercializar mi negocio como verde. Pensé que los productos de limpieza totalmente naturales tenían que ser mejores para mí que los productos químicos abrasivos que estaba usando. Además, el amor de la gente por cualquier cosa ecológica podría ser algo en lo que podría sacar provecho. Puse un anuncio de Craigslist anunciando mis servicios de limpieza ecológica. Con suerte, algo saldría de eso.

En mi día de limpieza programado para Jane Knight, le hablé de la descisión de mi negocio.

—¿Limpieza verde?— Preguntó en un tono de voz dudosa.

—Si. Es mejor para el medio ambiente, mejor para su salud y también significa menos desperdicio—.

—¿Me costará más?—

Todavía tenía que decidir eso.

—Si. Significa un poco más de esfuerzo de mi parte—.

Su bonita cara frunció el ceño. —Que se joda el medio ambiente—.

Me encogí de hombros y volví a limpiar. Le mencioné mi nueva empresa de limpieza a Melissa en la firma de capital de riesgo. A ella le gustó.

—¡Mi abuelita siempre limpiaba con cosas naturales!— dijo emocionada.

—¿Quieres que vaya por la ruta verde?—

—Vamos a probarlo. Si limpia tan bien como las sustancias químicas, lo haremos. Acabamos de comprar una empresa de productos de limpieza totalmente naturales; ¡También puedo hacer girar el hecho de que nuestra oficina es verde en nuestros materiales promocionales! —

Me gustaba Melissa. Si bien era una rubia burbujeante, era súper inteligente.

El dueño de la casa de empeños me sorprendió. —Mi hija está embarazada de nuevo. Siga adelante y use sus productos ecológicos—.

—Excelente—.

Añadí un 10% a las facturas de esos clientes. Además, ahorré

dinero en la parte posterior, ya que los productos de limpieza químicos abrasivos eran más caros. La única cosa inconveniente fue el hecho de que tenía que llevar más productos de limpieza en el maletero de mi carro. Lo hice funcionar comprando contenedores de almacenamiento que até a los ojales en los lados del maletero de mi auto. Tapas pesadas en los contenedores asegurarían que podría evitar que las botellas de vinagre y lejía estallen en mi baúl.

Poco después, me pusieron a prueba, o al menos lo fueron mis habilidades de limpieza y gestión de crisis. La semana siguiente la casa de Jane trajo consigo una pesadilla de limpieza. Al menos cuatro frascos de salsa de pasta Ragú estaban rotos y salpicados en los gabinetes de la cocina y el piso del comedor.

La inquietud se apoderó de mí. No dije nada, pero miré a Jane. La abogada bonita y terca hizo lo inesperado. Ella comenzó a entrar en pánico, justo en frente de mí.

—Mira este lío—, dijo con una extraña risa. —Ha estado aquí desde ayer por la tarde—.

—¿Tim?— Pregunté, pensando que el lío tuvo que haber sido causado por su esposo.

—¿Qué te hace pensar eso?— preguntó en un tono de voz aterrorizada.

—No compras salsa Ragú. Tus gustos son un poco más caros que eso". Dije. Y era la verdad. Ella solo compraba su compra de una tienda de delicatessen de lujo que estaba al final de la calle, lo que se evidenciaba en las bolsas de papel almacenadas en su despensa.

Vi como ella mordía su manicura.

—Simplemente haz que desaparezca—, dijo.

—Lo puedo hacer. Sin embargo, costará un poco más. Recuperación de cristales rotos y ... el gran lio—.

Ella asintió. —¿Sigues haciendo la limpieza ecológica?—

—Si. Eres mi única cliente que no se ha sumado a eso—.

—Use sus limpiadores verdes para limpiar este desastre—, dijo con la mano. —No quiero volver a casa con el olor a limpiacristales y tomates—.

—Haré que desaparezca—, prometí.

Recuperó su fuerza; se mostró cuando ella asintió y tomó aliento. —Bueno—.

Ser sirvienta significaba que podía ver la verdadera cara de mis clientes. Reconocí la situación desordenada por lo que era, una disputa doméstica que se hizo ruidosa y probablemente un poco peligrosa.

No habría dicho nada, pero sentí que tenía que hacerlo. Sabía que además del marido de Jane, Jane Knight no tenía amigos. Tenía un caparazón demasiado grueso para dejar entrar a nadie.

—¿Jane?—

—¿Qué?— Preguntó ella, con un tono lleno de hielo.

—Sé que solo soy la ayuda aquí—, dije con un suspiro.

Por un momento, dejó que su máscara se deslizara. Sus ojos se abrieron y su boca se abrió mientras respiraba profundamente.

—Este lio es algo que hacen compañeros cabrones. Lo sé porque tengo un ex-imbécil—.

Jane parpadeó un par de veces y volvió a asentir. —Lo es, ¿no?—

—Sí—, afirmé.

En lugar de seguir hablando, fui a la despensa de donde saqué las bolsas de papel de su deli favorito. Embolsé dos de ellos y luego me puse guantes de goma. Después de eso, cuidadosamente comencé a colocar el vidrio dentro de las bolsas. Por el rabillo del ojo, vi a Jane limpiarse la cara.

—Esto desaparecerá en poco tiempo—, dije sin mirarla.

Con eso, se fue Jane.

Dos horas después, la cocina estaba limpia. Tuve que abrir la ventana y la puerta de la cocina para sacar lo peor del olor a salsa. El aire estaba frio, pero fue un cambio bienvenido. Otra hora después termine el resto de la casa.

—¿Marta?— Escuché la voz de un hombre llamándome.

Ay. Fue Tim – el esposo de Jane. Bajé las escaleras, donde encontré al delincuente de la salsa de pasta en la cocina.

—Vine a limpiar el desastre—, dijo con una sonrisa en su rostro. —Pero parece que te encargaste de eso—.

—Lo hice—.

Se río y miró a su alrededor. —Hiciste un buen trabajo aquí—.

No dije nada.

Su sonrisa se desvaneció. Casi desesperado, buscó su billetera. De allí sacó un fajo de billetes. Luego lo puso en mis manos. Al instante, fue incómodo.

—Jane me paga, Tim. No necesito esto—, dije mientras trataba de devolverle el dinero.

Sacudió la cabeza. —Te lo has ganado—.

Con eso, se alejó de la cocina y entró a su oficina . Me quedé mirando el fajo de billetes y me pregunté qué hacer. Desde la comodidad de mi auto, conté el dinero: $240.00. Suspiré, llamé a Jane y le conté sobre Tim y la propina. No dijo nada sobre su marido ni sobre el dinero. Me pregunté si estaba en compañía de otra persona o si era su yo reservado habitual.

—Si quieres que acepte este dinero, puedo. Estos fondos cubrirán los próximos días de trabajo—.

—No. Quédate con eso—.

—Gracias, Jane—.

—Gracias—, le respondí a ella.

Miré el dinero por un momento y luego lo metí en mi cartera. Sonreí mientras conducía, pensando en lo que podía hacer con el efectivo. Podría pagar la mayor parte de un boleto a Puerto Rico. Podría comprarme algunos pares de zapatos. Podría financiar algunos uniformes de sirvienta. Podría comprar un juego de sábanas de alta densidad de hilos. Tal vez incluso tarta de queso y un par de botellas de Bacardí. En cambio, conduje hasta el cajero automático de mi banco y deposité el efectivo en mi cuenta de ahorros. A veces apestaba ser un adulto.

# Capítulo Diecinueve

Era una persona aburrida por naturaleza. Sin embargo, también fui cautelosa e inteligente, lo que significaba que llamé a mi ex-imbécil para aceptar su oferta de asesoramiento fiscal. Tomaría la ayuda de la asistente del ex-imbécil, Ada Barros. En la más breve de las breves conversaciones, le dije al ex-imbécil que pensaba que era mejor reunirme con su asistente y en un lugar neutral. Le dije que, aunque estaba agradecida, no quería causar problemas a nadie. Fue una forma diplomática de mantener intacto su orgullo mientras me valía de su generosa oferta. Aníbal suspiró y me dijo que haría que su asistente me llamara para informarme sobre los horarios de disponibilidad. Le di las gracias de nuevo y enganché.

Un día después, me encontré con Ada Barros. Fue en un restaurant Panera Bread cerca de mi apartamento. Había pasado por sus establecimientos antes, pero nunca había entrado en uno.

—Entonces, ¿esto es una panadería?— Le pregunté a la mujer de altura baja de cabello oscuro.

—Si. Con sopas, sándwiches, bebidas y Wifi". No había quitado los ojos de la pantalla de su portátil.

Mordí mi pan bagel y lo bajé con un poco de refresco. —He tenido mejor—.

La contadora enarcó las cejas, pero mantuvo la vista fija en su trabajo.

Sospeché que Ada esperaba que yo hablara con ella de cosas tontas. Tal vez ella esperaba que yo le preguntara sobre el ex-imbécil o su puta esposa. Quizás ella también esperaba que yo chismeara. Yo no haría tal cosa.

En cambio, le dije cuánto dinero esperaba ganar durante el próximo año, así como el crecimiento anticipado. Observé a Ada mientras machacaba algunos números.

—Te ganarás una vida, pero no ganarás una matanza—, me dijo.

—Bueno, es Chicago, así que no espero eso. A menos que mate a alguien—.

Sus grandes ojos rápidamente pasaron de su computadora portátil a mí para ver si estaba bromeando. No me reí.

—Estoy bromeando—, dije, pero unos momentos después.

Ada me otorgo una risa de cortesía y despues volvió a hacer números.

—Es amable de tu parte hacer esto por mí—, le dije.

—Es un negocio—, dijo encogiéndose de hombros. —Aníbal dijo que, si hago esto, puedo tener mañana por la tarde libre y pago—.

—Buen trato—, dije antes de tomar un sorbo de mi refresco.

—Marta: ¿hay algún lugar en el que puedas trabajar, incluso a tiempo parcial, para que puedas generar algunos beneficios?—

—Quizás—, dije con un gemido. —Pero no quiero—.

Ada arqueó las cejas. —Puedo entender querer tener tu propio negocio. Sin embargo, todo lo que está haciendo es aumentar su seguro social. No eres dueña de tu casa y tu auto es de una marca y modelo más antiguo—.

Suspiré. —Lo sé. Tengo que pensar en algo—.

—Me reuniré contigo una vez al mes. Estableceremos algunas metas realistas—.

—Gracias—, dije con seriedad.

—Dale las gracias a Aníbal—, respondió ella.

Yo no lo haría.

Llegué a casa y encontré una tarjeta profesional encajada en mi puerta. Detective Connelly. En el reverso, había escrito a mano las palabras: "Por favor, llámame" en tinta azul.

—No lo haré—, dije. Aun así, guardé la tarjeta de visita.

# Capítulo Veinte

No sé por qué pensé que el determinado oficial de policía dejaría de intentar hablarme. Encontré al detective bien vestido apoyado en una farola fuera de la casa de empeños de la que acababa de salir. Habían pasado dos días desde que dejó su tarjeta de visita en mi puerta.

—Detective Connelly—, dije, sintiéndome un poco sorprendida.

Por mucho que quisiera decir algo, apenas lo miré. Dejé mis artículos de limpieza en mi baúl y luego esperé a que hablara.

—Eres una mujer difícil de conseguir—.

Cerré mi baúl y finalmente miré su rostro. Maldita sea. Tenía unos ojos azules preciosos.

—Cambié mi número—, confesé.

—¿Por qué?—

—Entré en el negocio por mí misma. Tuve que cortar los lazos con mi exjefe psicótica —.

—Entonces, ¿no hablas con la dueña de Francis Street Cleaners?—

Me apoyé en mi carro y lo miré.

—Te hice una pregunta, Marta". Sonaba serio. Yo también podría ser severo.

—Esto se parece mucho a una interrogación—.

—¿Tengo que llevarte al cuartel?—

Le sonreí. —No tiene motivo, detective—.

Eso le hizo sonreír. —Bueno. Tal vez no. Vayamos a este café aquí. Tal vez pueda convencerte durante una comida—.

—No puedo—, respondí. Pero yo quería. Pensé que me gustaría comer en el pequeño café estilo americano con el detective. Además, me sorprendió descubrir que disfrutaba jugar al ratón con su gato.

—¿Por qué?—

Señalé el medidoe de estacionamiento cerca de mi auto. —Estoy a punto de superar mi tiempo de estacionamiento asignado—.

—Dame un momento—, me dijo.

Me dio la espalda y tomó su teléfono celular. Mientras hablaba, leyó mi número de placa junto con la marca y el modelo de mi automóvil. Momentos después, terminó su llamada.

—Hecho—, anunció mientras guardaba su teléfono celular en el bolsillo de su chaqueta.

—¿De verdad? ¿Conoces a alguien conectado?— Bromeé.

—Si—, dijo con una sonrisa. —Después de ti—, dijo galantemente, indicando que yo caminara hacia su derecha y lejos de la calle.

El gesto me agradó tanto que me reí a carcajadas.

—¿Qué es gracioso?— me preguntó.

—No es gracioso, pero sorprendente. Eres un caballero—.

—¿Porque te saqué de una multa? Eso no es nada; sólo un simple abuso de poder". Su sonrisa fue agradable. Disfruté viendo lo alegre que estaba.

—No—, respondí. —Estás caminando por el lado de la calle—.

Frunció el ceño por un momento. —¿Eso significa algo?—

Sonreí y le conté algunas de las normas de etiqueta que había aprendido mientras vivía en Puerto Rico.

—Estoy dispuesto a caminar por la acera de la calle. Ya abro puertas para las mujeres—, me dijo mientras señalaba la puerta del restaurante que aguanto por mi. —Y ya cedo mi asiento para mujeres o ancianos. Sin embargo, no creo que pueda llevar un pañuelo. Parece insalubre—.

—Bueno, siendo que soy empleada doméstica, sé un poco de saneamiento—, dije.

Él rio. —Vamos a oírlo—.

—Los pañuelos son más resistentes que los tejidos. Además, todo se limpia en el lavado—.

—¿Una dama favorece ese tipo de cosas? ¿Un tipo que le da un pañuelo cuando está llorando o algo así?—

—Sí—, dije.

Después de sentarnos, continuamos con nuestra conversación.

—Ojalá pudiera reclamar algún tipo de crédito de caballero—, dijo el detective. —Pero no puedo. Solo soy un chico rudo de Chicago, un producto de mi entorno—.

—Pero ahora sabes mejor. Puedes cortejar a las damas con lo que te acabo de mostrar, —susurré.

Él se río a carcajadas. —Quizás lo haga—.

Supe lo que sucedió cuando sucedió. El detective Connelly me había ganado con su encanto ofensivo. Tanto es así que el almuerzo de la "entrevista" se había convertido en un almuerzo normal, incluso divertido. Me preguntó por ser sirvienta y le dije.

—Entonces, ¿por qué la limpieza?— preguntó antes de tomar un sorbo de su refresco.

Suspiré. —Bueno, no empezó como una aspiración. Limpiar fue algo que hice, y todavía hago, bien. Hace unos años, descubrí que tenía tiempo extra en mis manos. Una amiga me preguntó si podía ayudarla a vaciar la casa de su tía, que acababa de fallecer, y lo hice. Una vez que despejé todo, me preguntó si podía regresar y ayudarla a limpiar. A ella le encantaba mi limpieza y le conto a sus amigas sobre mí. Después, tenía algo en marcha. Luego, comencé a trabajar en el Holiday Inn, que fue cuando Francis Street Cleaners me secuestró. Y aquí estoy ahora—.

Luego me preguntó por mi ex-imbécil. Le dije lo menos posible.

—¿Niños?— me preguntó.

Mi sonrisa se desvaneció. —Uno. Un hijo. Murió en Irak hace apenas dos años—.

Su sonrisa se redujo y hablo más suave. —Lo siento mucho, Marta —.

Suspiré. —Lo sé. Gracias—.

Con la intención de distraerlo a él, y a mí misma de mi tristeza, le pregunté sobre su vida personal. Se sonrojó por un momento antes de responder. —Hay alguien, pero es algo casual—.

Asentí. —No digas más—.

—Ella es buena; ella quiere más, pero yo- —

Lo detuve con una mano. —No digas más. A una mujer no le gusta oír hablar de la insignificancia de otra mujer —.

—¿De verdad?— preguntó.

—Sí—, insistí.

—Por favor, explícame—, dijo, apoyándose en la mesa.

—Está bien—, dije. —No soy la clase de mujer que persigue a los hombres de otras mujeres. No se siente bien. Aunque no me veo con un tipo como tú ... —

—¿Por qué no?— intervino.

—Porque ... estás con alguien—, dije sonrojándome, "y porque probablemente soy mayor que tú—.

—Tengo 35 años—, dijo. —Tienes 39 años—.

Cuatro años no parecían ser una gran diferencia. Pareciendo leer mis pensamientos, el detective Connelly comentó sobre eso.

—¿Qué dominaste a la edad de cuatro años? ¿Hurgando tu nariz? ¿Tu ABC? ¿El horario de televisión de Barrio Sésamo y Míster Rogers? —

Me eché a reír. —De todos modos, iba a algún lado con esto". Después de beber mi refresco, continué. —No me gustaría ser una mujer de la que se hablara de una manera tan baja. Si un hombre me considerara un compañera tan trivial, no querría estar con ese hombre. Las mujeres quieren importar—, dije. —Me gusta comportarme como quiero que me traten. No creo que siempre funcione de esa manera, pero quiero intentarlo—.

El detective Connelly asintió. —Eso es justo. Y muy femenino, debo añadir—.

Me reí en voz alta. —¡Bien hecho, señor!—

Él también rió.

Me sorprendió nuestro buen momento compartido. Mi alegría se debía al hecho de que estaba lista para perderme en un momento. Creí que el detective Kevin Connelly también se mostró receptivo a eso.

Unos minutos después de terminar nuestra comida improvisada (por la que el pagó), me acompañó hasta mi coche. —Nunca llegamos

a esa entrevista—, dijo.

Asentí. —Cierto. ¿Le gustaría sentarse en mi auto mientras me haces unas preguntas?—

—Por favor—, dijo.

Un momento después (y con la calefacción encendida), asumió su comportamiento profesional y comenzó a hacerme preguntas.

—¿Alguien de Smithers and Associates se ha acercado a usted?—

Negué con la cabeza. —No—.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con alguien de Smithers and Associates?—

Me tomé unos segundos para considerarlo. —¿Hace dos meses? Durante mi último trabajo de limpieza para ellos". Entonces me acordé de la forma. —Intentaron engañarme para que firmara una forma—.

—¿Qué tipo de forma?— preguntó.

—Algo que decía que no los demandaría y que no revelaría el contenido del video que había visto—.

—¿Se mencionó un intercambio de dinero en esa carta?—

—No—, dije con cuidado.

En su libreta, escribió esa información palabra por palabra.

Tuve la sensación de que algo estaba pasando; que algo detrás de escena (y desconocido para mí) había ocurrido.

—¿Y la última vez que hablaste con María?— preguntó sin mirarme.

—Preguntado y respondido—, respondí.

El detective Connelly dejó su libreta y me miró. —Sé que fuiste policía—.

Eso me sorprendió, ya que no había surgido durante nuestra conversación durante la cena.

—¿Cómo aprendiste eso?— Susurré.

—No fue difícil—.

—Eso fue hace mucho tiempo—, le dije.

—¿Que paso ahí?—

—Sabes—, dije mientras golpeaba el volante. —No estoy de humor para entrar en eso. Ya siento como si algo más estuviera sucediendo detrás de escena, algo que no me estás confiando—.

Él suspiró. —No puedo—.

—¿Por qué?—

Me miró durante unos momentos. —Me lo pasé muy bien cenando contigo esta noche—, dijo en su lugar.

Bueno, fue bueno escuchar eso. Aun así, necesitaba respuestas.

—¿Que está pasando?—

—No puedo decirte eso—.

—¿Por qué?—

—Porque te estoy investigando, Marta—.

# Capítulo Veintiuno

No recordaba lo que le había dicho al detective Connelly. Fue breve, probablemente en español, y probablemente incluyó algunas palabrotas. Después de botarlo de mi carro, me alejé de nuestra cita no programada y me dirigí directamente a Humboldt Park.

Jane no se veía exactamente feliz de verme. Llevaba unos bonitos pantalones, una chaqueta y una blusa.

—Bueno, tu uniforme está bien, pero el día y la hora están mal—.

—Lamento mucho molestarte, pero no podía pensar en dónde más ir—.

Su frente se arrugó un poco. —¿Qué está pasando?—

—Creo que necesito un abogado—.

Dos horas después me retuvo conduciendo a casa. Después de discutir mis problemas legales inminentes con Jane Knight, decidió aceptarme como cliente. No podía pagarla, monetariamente hablando. Sin embargo, ella estaba intrigada por mi caso, lo que llevó al permutar mis servicios de limpieza a cambio de su representación.

Jane me asignó algunos deberes. No debía involucrar al detective Connelly de ninguna manera (lo cual fue triste, ya que nos habíamos divertido durante la comida más temprano en el día). Aun así, tenía las instrucciones para que la llamara, en caso de que el detective volviera a comunicarse conmigo (usando una de las tarjetas de presentación que me había dado). Además, debía estar al tanto de cualquier cosa que pudiera alertarme la razón por qué el detective Connelly me estaba investigando.

Una semana después trajo respuestas. Primero, comenzó como un hilo de agua que se filtró en mi conciencia; después de eso, fue como si una represa se hubiera roto, trayendo consigo una inundación de información.

El tono estridente y chirriante asignado al número de teléfono de mi madre interrumpió mi paz. Había estado limpiando mi cocina, pero me detuve a levantar el teléfono.

—Permítame decirte cuánto odio escuchar de Doña Silva que su sobrina Cándida la está visitando en Hatillo y está considerando construir una casa en su propiedad. Cándida Castro vivirá en ambos lugares, ya sabes: Chicago y Puerto Rico. Pero tuviste que dejar un trabajo bien remunerado para abrir tu propio negocio y estar en quiebra. ¿Cuándo te veremos yo, tu padre, tu hermano y tus sobrinos? Nunca, porque no tienes dinero. Porque tenías que tener tu orgullo y comenzar tu propio negocio—.

—Vaya, mamá—, dije mientras me inclinaba para poner la botella de limpiacristales debajo del armario del fregadero. —Ese saludo tuyo

me dio tiempo suficiente para rociar mis encimeras y enjuagar mi fregadero—.

—¡No me burles!— ella ladró.

Tomé una respiración profunda y relajante. —Mamá, no me estoy burlando de ti. Tú eres quien me llamó y me gritó—.

—¿Por qué quieres ser pobre?— Ella gimió.

Eso tampoco ayudaba.

—Mamá, puedes llamarme más tarde. No pareces estar lo suficientemente calmada en este momento—.

—¡Soy tu madre y te hablaré como quiera!— exclamó frenéticamente.

No lo pudo. Colgué la llamada y volví a limpiar. Escuché el tono de marcado de mi mamá chirriar de nuevo, pero lo ignoré. Unos minutos más tarde, volvió a sonar, pero tenía un tono de llamada diferente.

—Predecible—, dije. Cogí el teléfono y lo contesté. —¿Mami te tiene haciendo su trabajo sucio?—

—Amiga: le colgaste—, dijo Rafy.

—Amigo: ella perdió la cabeza—, respondí.

—Eres más valiente que yo—, dijo mi hermano. —¿Qué está pasando?—

—Mamá me llamó, echando espuma por la boca. Me dijo que cuando trabajaba para Francis Street era rica, y me reprendió por querer mi propio negocio y ser pobre—.

—Oh—, dijo mi hermano.

Luego le hablé de que la secretaria de Francis Street estaba construyendo una casa en Puerto Rico.

—Eso no es barato—, dijo mi hermano. —Quiero decir, es más barato que Chicago, pero no es barato aquí. ¿De dónde sacó ese dinero?—

Sentí un hoyo abierto en mi estómago. —Uh, oh,— dije.

Mi hermano, que era un investigador astuto, pareció darse cuenta de lo que estaba pensando.

—Oh. ¿Crees que la gente de Francis Street hicieron algo?— Dijo lentamente.

—Si—, gemí mientras me apoyaba en la pared de mi cocina.

—¿Sabes qué? Déjame hacer unas llamadas. Te llamaré tan pronto como sepa más—.

—Está bien—, le dije.

—Llama a mamá y discúlpate por colgarle—. El avisó.

—No—.

—Será tu funeral—.

Con eso, colgó.

El estrés me puso nerviosa. En lugar de tomar un shot Bacardí, me preparé una bebida mezclada. Luego miré por la ventana delantera y

apreciéé lo que vi allí. No fueron los ladrillos rojizos o la noche tranquila lo que me conmovió, sino la lluvia en las ventanas. Fue tranquilizador.

—¿Qué está pasando en Francis Street?— Pregunté en voz alta.

Una semana después, me reuní con mi asesora financiera. La visita hizo poco para levantarme el ánimo.

—Es bueno que estés depositando tus propinas—, dijo Ada mientras se subía un par de elegantes gafas por el puente de la nariz. —Aun así, tendrás que pensar en un flujo alternativo de ingresos—.

Gemí al morder mi pan bagel dura. —Acabo de comenzar este negocio, Ada,— dije después de tomar un sorbo de café. —¿No lleva un tiempo ser rentable?—

—Tienes lucros ahora—, me dijo. —Pero también te estás acercando a la jubilación. Tu trabajo depende en gran medida de tu trabajo físico. Si te lesionas, perderás clientes. Además, en este punto, solo puedes contar con el Seguro Social para los ingresos de retiro. Y yo no haría eso—.

Maldita sea. Entonces, me propuse tratar de encontrar nuevos clientes. Hacía una lluvia de ideas mientras trabajaba en mis trabajos regulares.

Melissa conversó conmigo mientras limpiaba el baño de mujeres en Erickson Ventures Chicago.

—No es que me importe tu empresa, pero ¿no tienes trabajo que hacer?—

—No—, dijo la bonita rubia, balanceando sus piernas en el banco del lujoso baño de mujeres que estaba limpiando. —Niels todavía está en Dinamarca, y terminé mi trabajo hace aproximadamente una hora. Solo estoy esperando llamadas—.

—¿Eres buena con asuntos financieros?—

—Será mejor que lo sea—, dijo riendo. —O Niels me botaría—. Ella me miró por un momento. —¿Necesitas asesoramiento financiero? —

Me sonrojé y negué con la cabeza. —Tengo una asesora financiera con la que hablo. Además, eres mi jefa. No quisiera hacer las cosas incómodas—.

Ella me miró como si estuviera loca. —¿Qué es incómodo? Estoy sentada en el baño, charlando contigo mientras limpias. ¿Qué tienes en mente?—

Expliqué mis preocupaciones y lo que me había dicho mi asesora financiera.

—Ella te está dando buenos consejos—.

—Eso era lo que me asustaba—.

—¿Eres feliz siendo una sirvienta?—

—Estoy feliz de tener mi propio negocio. Me gusta hacer algo bien;

limpiar es algo que hago bien—.

—Aquí está el discurso que le damos a todos nuestros posibles inversores—, dijo, doblando las piernas debajo de su cuerpo. —¿Qué quieres hacer con tu tiempo libre? Si pudieras imaginarte con una vida social feliz, ¿cómo sería eso?—

Esa fue una pregunta feliz, así que la respondí. —Un condominio o casa adosada. Algo con un garaje para un auto y un pequeño patio. Algo soleado—, dije con una sonrisa.

—Eso suena muy bien. Pero eso es un poco exagerado para ti en este momento. Tal vez, si haces las cosas bien en el próximo año o dos, podría pasar—.

Dos años no sonaron tan mal. —¿Cómo puedo llegar allí?—

Ella me aconsejó que trabajara en todos los trabajos que pudiera y que buscara conseguir un alquiler más barato para poder ahorrar dinero para el pago inicial de una casa. Melissa dijo que probablemente podría calificar para una hipoteca del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano.

—¿Cuánto pagas de renta?—

Le dije.

—Alquile un estudio en alguna parte. Perderás el espacio, lo sé, pero será temporero—.

Fue algo para pensar. Queriendo ser generosa con mi tiempo como Melissa fue con el suyo, le pregunté más sobre su propia vida.

—¿Así que, que de ti? ¿Cómo es para ti una vida perfecta después del trabajo?—

Ella sonrió maravillosamente. —Eso es fácil. Un buen hombre. Alguien que quiera conocer a mi familia y ponerse serio. Alguien a quien le parezca bien que me ausente del trabajo para tener bebés. Un hogar en las montañas. Viajes. Mucho sexo caliente —.

Me reí a carcajadas, al igual que ella. Después de recuperarse, le pregunté si tenía a alguien en su vida en ese momento.

—No. Tener citas románticas en Chicago es difícil—.

Negué con incredulidad. Me costaba creer que alguien con la belleza, la bondad y la inteligencia de Melissa tuviera dificultades para atraer a un hombre.

—Oye. Sé que me veo bien. Es solo que muchos tipos de mi edad quieren trabajar hasta la muerte. No quieren ponerse serios—.

—Encontrarás a alguien—, le dije. Y sabía que lo haría. Era demasiado bonita, inteligente y dulce para que un chico no se fijara en ella.

—¿Me lo prometes?— ella desafió. Me reí de nuevo. Su rostro se puso pensativo y añadió una pregunta propia. —¿Qué hay de ti? Eres joven, bonita, súper inteligente y divertida. ¿Por qué no estás ahí fuera?—

Hace un par de meses, lo habría desafiado. Las interacciones recientes con detectives guapos e intérpretes coquetos habían cambiado las cosas.

—No he llegado todavía, pero creo que lo estaré pronto—.

—Me gusta esa respuesta—, dijo Melissa.

—A mí también—.

# Capítulo Veintidós

Los pensamientos sobre el tráfico y el empleo a tiempo parcial fueron interrumpidos por el timbre de mi celular. Fue mi hermano. Agradecido de tener unos minutos para matar antes de ir a limpiar la casa de empeño, me estacioné y atendí la llamada.

—Hey—, dije a modo de saludo.

—Yo—, dijo Rafy en respuesta. —Entonces ... obtuve información de algunas personas que conozco—.

—¿Sí?— Estaba hablando de Francis Street, lo sabía.

—Tu exjefa está en medio de comprarse un condominio en San Juan y comprar un negocio de limpieza en Puerto Rico—.

Estaba tan en shock que no supe qué decir. —¿Qué?—

—Parece que ella tuvo una ganancia financiera inesperada—.

—Cándida también lo hizo—, dije, apoyando la cabeza en mi reposacabezas.

—Sí, Mami también me lo dijo—.

—Ave María. Ella hizo algo—.

—Diablos, sí, lo hizo. Tienes que mantenerte alejado de Francis Street y María Álvarez—.

—¿Necesito ... hacer algo?—

—Mierda. No lo sé. Tal vez necesites mantener la cabeza baja y no decirle nada a nadie. ¿Conseguiste un abogado como te dije?—

—Sí—, dije mientras suspiraba. Tenía planes de pasar por el enorme garaje de tres carros de Jane Knight ese fin de semana. Tenía que coordinar una subasta para los muebles que el garaje contenía. Eso había sido la permuta que había intercambiado por su representación.

—Bueno. Deje que el abogado hable con ... todos. No le digas nada a nadie más—, advirtió.

Después de colgar el teléfono con Rafy, tuve un par de minutos para matar. Me senté allí, preguntándome cómo diablos María había conseguido la cantidad de dinero que tenía. Tenía que haber sido una cantidad sustancial; el pago inicial de un condominio en San Juan tenía que ser caro, al igual que la garantía de un préstamo comercial para la empresa de limpieza en Puerto Rico. ¿Podría haber obtenido ese dinero de alguna manera inocente? No pude ver cómo. Ella había perdido a un cliente por mí. Su esposo, que era su "socio comercial—, no hizo nada para ganar dinero. Eso dejaba solo una posibilidad.

—Smithers and Associates—, dije en voz alta.

Pero, ¿cómo lo hizo? ¿Qué podría haberle dado María Álvarez a Smithers and Associates para que le proporcionaran una gran cantidad de dinero en efectivo? María Álvarez no sabía nada sobre el contenido

del video.

Tenía muchas ganas de saber cómo consiguió el dinero porque algo me dijo que me utilizó para hacerlo. Era lo único que encajaba en la ecuación financiera. Pero, no tenía las respuestas. Tendría que esperar hasta que los tuviera.

Mi anuncio de limpieza de Craigslist arrojó resultados sorprendentes. Recibí cinco llamadas de posibles clientes que investigaba mi negocio de limpieza ecológica. Dos de las cinco solicitudes fueron basura. Uno de ellos se resistió a mis precios. Los otros dos querían que les diera una muestra gratis de mi trabajo. Limité mis áreas libres a una cocina y un baño para cada cliente potencial y lo programé a mi conveniencia. Después de hacer un recuento mental, pensé que podría ganar alrededor de $800 adicionales al mes trabajando en esos trabajos.

—No está mal—.

Sin embargo, esto no sería sostenible a largo plazo, ya que mi cuerpo solo podía trabajar hasta cierto punto. Rápidamente, calculé la cantidad de horas semanales que estaría haciendo trabajo manual. Treinta y ocho fue una respuesta aproximada.

—Maldita sea—.

Decidí postponer la idea de una solución mixta de trabajo, vida y descanso hasta el sábado, ya que estaría deshaciendo del garaje de Jane los muebles que ella había heredado. Sería mucho trabajo, pero su representación legal valió la pena.

# Capítulo Veintitrés

Conduciendo a casa desde la venta de garaje de Jane, pensé como podría ganar dinero extra. Podría cocinar comida tradicional puertorriqueña y vendérsela a otros, como hacían mis vecinos. Los pasteles eran un plato tradicional puertorriqueño que se vendía bien. Los materiales involucrados no fueron difíciles de conseguir; plátanos, carne de cerdo, pimientos, especias variadas, hojas de palma, papel encerado y cordeles. Hacer pasteles significaba mucho tiempo de preparación y demasiado espacio en el congelador. Después de sentarme a la mesa y hacer algunos cálculos, me di cuenta de que no podía superar los precios de los pasteles que vendían mis vecinos. Me frustre por la energía desperdiciada en el ejercicio inútil.

Sin embargo, podría mejorar mi calidad de vida. Pensando en eso, revisé mi bolso y la gran cantidad de tarjetas profesionales que tenía allí. Encontré al que estaba buscando, el que pertenece a James Loza, el intérprete del distrito de Blue Island Avenue. Sintiéndome un poco elegante esa noche, me serví una copa de cabernet Sauvignon de precio medio. Luego me senté en mi sofá y miré la tarjeta.

Pensando en mi intercambio pasado con James Loza, sonreí. Había habido un coqueteo serio, de su parte y de la mía. También mostró interés en el futuro. Tragué el líquido en mi copa y le envié un mensaje de texto al joven.

—¿Sigue en pie su oferta de ayudarme a entender mi DVR? Habla Marta Morales; sirvienta extraordinaria—.

Pasó un minuto y luego dos. Después de las cinco, dejé mi teléfono y tomé el control remoto. Mi teléfono vibró antes de que mi pulgar alcanzara el botón de menú del control remoto. Con los ojos muy abiertos, presioné el botón de silencio y miré mi teléfono.

—No sé ... ¿ha dominado su grabadora digital durante el los últimos meses?— Dijo un mensaje de texto en la pantalla de mi teléfono celular.

Guau. ¿Había pasado tanto tiempo?

Riendo, respondí. —He estado ocupado con el trabajo y otras cosas. El DVR todavía me desconcierta—.

—¿Qué programas estás intentando grabar?—

—¿No te refieres a cuántos?—

—Oye. Soy el experto en la materia aquí. ¿Qué programas estás intentando grabar?—

Entonces, proporcioné los nombres de mis programas favoritos: misterios en PBS y los principales canales, los de la policía y un par de comedias. James Loza proporcionó sus favoritos: comedias y cosas de los canales de historia del cable. Cuatro horas y dos copas de vino

después, todavía no sabía cómo dominar mi DVR, pero de todos modos tuve una conversación divertida.

No había sido una cita, lo sabía, pero seguía siendo un tipo de compañía masculina. La 'no cita' me llevó a la cama con una sonrisa en mi rostro y optimismo en mi corazón. La conversación me hizo sonreír a la mañana siguiente.

Melissa comentó sobre mi feliz estado de ánimo.

—¿Por qué sonríes?— me preguntó. Había estado rociando espejos en el baño de mujeres mientras ella se sentaba en el banco.

Le dije.

Ella dio un fuerte suspiro en respuesta. —Muy afortunada. Cómo quisiera tener a alguien con quien coquetear—.

—Eres una chica hermosa e inteligente. ¿Por qué no estás saliendo? " Le pregunté a su reflejo.

Ella suspiró de nuevo. —Porque, todas las noches, estoy al teléfono hasta tarde con Dinamarca—.

—¿El jefe?—

—Sí—.

—¿Cuándo volverá?—

—Dos semanas—.

—¿Está trabajando allí?—

Los grandes ojos azules de Melissa se abrieron como platos. —Algo así—, susurró. —Está...tratando de que su esposa e hijos estadounidenses se unan a la idea para mudarse a Dinamarca por completo—.

Mierda. Eso significaba que me quedaría sin un contrato lucrativo. Aun así, me obligué a pensar en Melissa y no en mis ingresos.

—¿Qué significa eso para ti?— Pregunté, dejando mi paño de microfibra y mirándola.

—Bueno, Niels—, dijo con un sonrojo, "me ha dicho que podría seguirlos a Dinamarca—.

—¿Quieres hacer eso? ¿Irte de los estados unidos?—

Melissa se encogió de hombros y suspiró. —No lo sé. Esos países fríos norteños son atractivos y también lo son los hombres altos y nórdicos. Me amarían—, dijo con un sonrojo y una risita.

—¡Por supuesto que si!— Dije.

—Pero ... probablemente no importa. La esposa de Niels es una socialité de Chicago. Ella no quiere irse del EE. UU.—

Melissa pareció perderse en sus pensamientos allí, y eso me hizo sentir aún más curiosidad por su jefe. ¿Cómo supo tanta información privada sobre su jefe? Quizás no se pueda evitar. Dijo que había estado trabajando para él durante el último año y medio. Quizás trabajar tan cerca de alguien no te dejó otra opción que conocer mejor a esa persona.

—Sin embargo, tengo otras preocupaciones—, dijo.

—¿Cuáles son?— Le pregunté a ella.

—Necesito contratar a un investigador privado—, susurró.

El cambio de tema me estremeció.

—¿Para qué?—

—Alguien me está acechando, creo—, confesó con voz temblorosa.

Después de unos momentos de silencio, dije lo que tenía en mente. —Mierda—.

La confesión de Melissa me pesó tanto que apenas podía concentrarme en lo que estaba limpiando. Después de repasar mis últimas tareas de limpieza, le pedí que se sentara conmigo en la sala de espera frente a su escritorio. Me levanté para coger una libreta y un bolígrafo de su escritorio y me senté de nuevo.

—¿Masculino o femenino?— Yo pregunté.

—Masculino. Un hombre—, agregó.

—Ahora, desde arriba, cuéntame todo lo que sabes sobre este acosador. La primera vez que sospechó que te seguía, la primera vez que lo viste, la última vez que lo viste, *todas* las veces que lo viste. Dime dónde lo has visto. Dime cómo es. Dime la cantidad de tiempo que dedica a ... observarte—.

—Guau...suenas un poco como un policía haciendo eso—, dijo Melissa mientras nerviosamente doblaba las piernas detrás de ella en el sofá en que estaba sentada.

Las observaciones, las entrevistas y la toma de notas fueron cosas en las que sobresalí mientras pasaba por la academia y durante mi corto tiempo con la policía. Incluso después de entregar mi placa y devolver mi uniforme, no colgué esas habilidades. Me propuse memorizar los espacios que limpiaba, así como las personas para las que trabajaba. Si las personas para las que trabajé conocieran mi intenso enfoque, probablemente las habría asustado. Sin embargo, esta vez usaría esas habilidades en beneficio de alguien.

—Una vez, yo era policía—.

Después de dejar a Melissa en silencio por un momento, comenzó a hablar, quizás incluso con más confianza. —No sé el nombre del cretino, por supuesto. Es mejor que no lo haga. Quiero decir, sé que es una persona real, tan real como yo—.

Melissa se perdió en un recuerdo. Iba a pedirle que continuara con su historia cuando se levantó y fue a su escritorio.

—Voy a poner mi teléfono en silencio mientras hablamos de esto —.

Después de jugar con su teléfono de escritorio y su teléfono celular, fue a la entrada de la oficina, que cerró con llave. Luego atenuó las luces y se unió a mí en el sofá nuevamente.

—Ahí. Eso es mejor—, dijo Melissa con un suspiro.

Esperé a que volviera a hablar. No tomó mucho tiempo.

—Soy admirada; Yo sé eso. Sé cómo me veo. Recibo atención de hombres y mujeres. Niños y bebés también—, dijo con una sonrisa. —Pero no me defino por mi apariencia. Mi mamá me enseñó eso. Estoy acostumbrada a ser observada y admirada. Sin embargo, lo filtro. Me gusta presentarme a través de mi personalidad, mi cerebro y mi amabilidad. Sin embargo, creo que eso es lo que me mete en problemas. Es mi amabilidad. Las conversaciones amables con extraños pueden volverse complicadas y de mal gusto en poco tiempo —.

Tiró de su labio inferior por un momento. Mantuve mi silencio, salvo por la toma de notas que estaba haciendo.

—Creo que un acosador es peor que un canalla—, afirmó.

—¿Me lo puedes explicar?— Le pregunté a ella.

—¿Los tipos que se acercan y te dicen cosas groseras para tratar de causar una fuerta impresión? - se cómo tratar a esas personas. No llegan a ninguna parte conmigo, por supuesto, pero al menos esos tipos se te acercan. Sin embargo, los acosadores son diferentes. No es que haya tenido muchos. Que yo sepa—, matizó. —Sin embargo, me di cuenta de este tipo—.

—¿Cuánto tiempo crees que te estaba velando antes de que lo notaras?—

—No tengo forma de saber eso—, dijo.

Me acordé del gran cerebro de Melissa.

—Cuando no estoy ocupado aquí en la oficina, o en casa hablando con Niels por teléfono sobre negocios o en viajes de negocios, tengo algunas cosas que me gustan hacer. Consigo mi café en mi cafetería favorita, voy a la librería y leo sobre decoración y voy de compras. Por lo general, como comida de entrega, ya que este trabajo consume mucho tiempo. Creo que cuando estoy haciendo cosas que no son del trabajo, me distraigo maravillosamente. Es como si me rindiera a lo que sucede a mi alrededor. Es divertido—, dijo con una sonrisa.

—¿Cuándo cambió eso?—

—Hace unas semanas—, dijo mientras suspiraba. —Mmmm… recuerdo el libro que compré el día que lo vi por primera vez. Puedo buscar mi cuenta bancaria por internet para darte una fecha precisa—.

—Puedes hacer eso en un momento. Pero ¿qué pasa con el acosador? ¿Qué se destacó de él?—

—Estaba en una librería, sentado en una silla y mirándome. No estaba leyendo un maldito libro o una revista—, dijo Melissa enojada.

No tomé su enfado como algo personal. Solo asentí y tomé notas.

—¿Quién hace eso?— ella argumentó. —Sé que todo tipo de personas van a las librerías a leer libros por los que no tienen intención de pagar. Sé que van allí y compran café mientras leen

revistas y usan el internet gratuito. Entiendo a esa gente. Este desgraciado no estaba haciendo nada más que mirarme—.

Respiró hondo y continuó.

—La primera sensación que tienes cuando te miran es ... malestar. Te vuelves cohibida porque no sabes qué hacer contigo mismo. Por unos segundos, incluso olvidas lo que estás haciendo—.

Su método de describir el acecho me sorprendió. Me sentí perseguida y asustada, junto con ella.

—¿Qué hiciste?—

—Pagué por un libro que no tenía intención de comprar. Eso fue lo que hice. Arruinó mi noche—, agregó. —Me fui a casa, mientras me preguntaba si me estaban siguiendo. Me pregunte si solo estaba en mi mente—.

—¿Cuándo lo volviste a ver?—

—Dos días después, en mi cafetería. Quería enfrentarme al repugnante, y casi lo hice. Pero luego recordé que el café estaba a media cuadra de la librería. Recordé que era de noche y que tal vez solo estaba tomando un café como yo, lo cual estaba haciendo. Estaba poniendo excusas por lo que estaba viendo. Estaba tratando de encontrar explicaciones que cambiaran mi opinión sobre lo que estaba pasando—.

—¿Entonces que?—

—¡Me fui a casa para alejarme de ese cabrón!— maldijo. —Pero, aun así, no estaba segura—.

—¿Cuándo te diste cuenta que te estaba siguiendo?—

—Una semana después, cuando lo volví a ver en la librería. Luego, al día siguiente, cuando él estaba en la cafetería cuando yo estuve allí, de nuevo—.

Yo le creía. Melissa Bollinger tenía un acosador.

—¿Qué aspecto tiene?—

—Promedio. No está mal. ¿Probablemente un poco más bajo que yo por algunas pulgadas? Eso lo haría alrededor de cinco pies y cinco pulgadas. Piel blanca a oliva. Ojos verdes, cabello oscuro. Físicamente apto. Supongo que tiene veintitantos años—.

—¿Cómo se viste?—

—Informal, pero informal de negocios. Khakis, una chaqueta y una camisa. Y una bolsa de mensajero grande y estúpida—.

—¿Crees que sabe dónde vives?—

Melissa se encogió de hombros. —No lo sé. Dios quiera que no.—

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?—

—La semana pasada. Desde entonces, dejé de ir a mis lugares favoritos. Ahora conduzco cuarenta minutos para conseguir un café de mala calidad y acceder a una variedad de libros más pequeña—.

—¿Has ido a la policía con esto?—

—No—.

—¿Por qué no?—

—Yo ... no estoy segura de que esto esté pasando, ¿sabes?—

—No quieres ignorar tus instintos, Melissa—.

—¡Pero podría estar equivocada! Una parte de mí todavía piensa que tal vez sean coincidencias. Los lugares donde lo veo están bastante ocupados—.

Suspiré. —¿Quieres saber cuántas mujeres desaparecen cada año aquí en los Estados Unidos?—

—¿Cuántos?— preguntó mientras su tez palidecía, y se retorcía las manos.

—Miles, Melissa—.

Melissa asintió y comenzó a dar golpecitos con el pie. Ella parecía nerviosa.

—¿Tu familia lo sabe?—

—¿En Miami?— Ella sacudió su cabeza. —No. No quiero que se preocupen—.

Pensé que era estúpido, pero no dije tanto. Hice que Melissa repitiera todos los detalles que me había contado sobre el acosador. Dónde había visto al chico, cómo era, cuántas veces, la primera vez que lo había visto y la última vez que lo había visto. Después de anotar la información, describí mi plan.

—Dame tus llaves—, le dije.

—Ummm ... ¿por qué?—

En lugar de responder, arranqué una hoja de papel de la libreta de notas y se la entregué junto con el bolígrafo.

—Anota aqui todo lo que quieres que recupere de su condominio. Te registrarás en un hotel cercano durante un par de días. Después de eso, vigilaré tus lugares habituales para encontrar a este tipo. Le tomaré fotos y alertaré a la policía sobre él. Lo tomaremos desde allí —.

En respuesta, Melissa comenzó a llorar. Cuando terminó de sollozar, tomó mi mano y la apretó. —Gracias—, me agradeció. —Gracias Mil—.

Tragué y asentí. —Estará bien—.

Le dije que saliera temprano de la oficina y que la cerraría con llave. —Tienes que variar tu horario—.

—Pero ... ¿has hecho esto antes?— me preguntó.

Asentí. —En un grado u otro, lo he hecho—.

—¿No te preocupa tu seguridad?—

—¿Te olvidaste de mi rociador de menta?—

Eso la hizo reír a carcajadas.

—Hablando en serio. Soy una sirvienta hispana. Usaré un uniforme. Seré anónima y no me tendrán en cuenta—.

Eso la hizo fruncir el ceño, pero lo detuve con un movimiento de cabeza. —No, esta vez, mi anonimato se adaptará a mis necesidades —.

Después de que ella dejó la oficina, me propuse cerrar todas las persianas. También saqué algo de su escritorio y lo guardé en mi bolsillo. Esperaba no necesitarlo.

Tres horas después me encontré en un hotel que estaba cerca de la oficina de Melissa. Me reí mientras metía su maleta en la habitación. Melissa estaba vestida en sudaderas mientras veía una novela. Emocionada, aplaudió y me abrazó.

—No puedo agradecerle lo suficiente por esto—.

Me reí en voz alta. —No te preocupes por eso; Estoy teniendo el tiempo de mi vida—.

Aun así, parecía preocupada. —Pero, ¿y si te pasa algo?—

Negué con la cabeza. —No lo hará, pero si lo hace, conozco a algunos policías y tengo un abogado demasiado caro. Estaré bien—.

Casi olvidándome, busqué en mi bolso y saqué un teléfono celular desechable. Eso hizo que Melissa frunciera el ceño.

—¿Por qué me das otro teléfono?—

—Por si acaso. El teléfono es barato. ¿Por qué arriesgarse cuando podría estar en peligro?—

—¿Crees que ... el tipo podría ser tan avanzado?—

Me encogí de hombros. —No lo sé. Pero es bueno tener otro teléfono. Por si acaso—.

Ella asintió. —Bueno. ¿Así que, cuál es el plan?—

Le dije mi plan. Era fácil, así que lo siguió. Después de un abrazo y una promesa extraída de ella (que cerraría la puerta de su habitación de hotel), me fui.

Después de salir de su hotel, fui a casa y revisé mi armario, buscando algo parecido a una sirvienta, pero también anónimo. Me puse un par de pantalones marrones y una camisa marrón con las palabras Francis Street bordadas. En un esfuerzo por disfrazarme más, le eché un cárdigan negro encima para ocultar el nombre del negocio. Mirándome al espejo, me quité el delineador de ojos, el lápiz labial y el polvo. Saqué mi cabello de mi lindo moño y lo recogí de nuevo, solo que más bajo, más suelto y un poco más desordenado.

—No hablo inglés—, le dije a mi reflejo en el espejo. Lo practiqué unas cuantas veces, solo para hacerlo bien.

—Noh... speakeh...Eeeenglisshh—, enuncié demasiado. Era difícil fingir un acento español mientras hablaba inglés sin acento. Pero mi esfuerzo tenia que ser suficiente.

Pasando el rato en el cafe cerca del condominio de Melissa, debería haber estado cansada. Pero no lo estaba. Estaba extrañamente vigorizada. Anteriormente había programado el trabajo nocturno en la

casa de empeños, pero llamé y lo pospuse para el día siguiente. Afortunadamente, Jamie estaba feliz de complacerme.

Compré un café caro y le di una generosa propina al barista; No quería que el personal estuviera descontento por mi visita potencialmente prolongada. Me senté en un pequeño asiento cerca de los baños donde nadie más quería sentarse. En cuanto al material de lectura, traje una copia de la revista Vanidades, una publicación en español que presenta estrellas y artículos de moda. Se lo había pedido prestado a Doña Justa. Desde mi posición ventajosa, podía ver el asiento que Melissa me había dicho que siempre se sentaba el hombre que le perseguía; También podía ver la entrada y ver a cualquiera que pudiera ir a los baños.

Me cogí el tiempo tomando mi café, ya que sabía que no quería llenar mi vejiga. Sin embargo, mi diversión no fue mucha, ya que la revista no pudo captar mi interés. Aun así, estaba decidida a poner en práctica mis antiguas habilidades, para ayudar a mi amiga.

Una hora después de mi vigilancia, lo vi. La descripción física que me dio Melissa no fue lo que me alertó de su presencia. El individuo en cuestión tenía algo en él que me hizo pensar. Buscaba algo. Respiré profundamente y abrí con cuidado mi libreta para leer la descripción física que Melissa me había dado. Aproximadamente 5'6" de altura; cabello castaño corto, ojos verdes, piel clara y ropa indescriptible. El factor decisivo fue la bolsa de mensajero verde, que Melissa había descrito con precisión. Lo seguí con la mirada mientras se sentaba en una mesa cerca del supuesto lugar habitual de Melissa.

Se sentó allí durante 24 minutos. No pidió una bebida. No miró su teléfono celular. Todo lo que hizo fue mirar fijamente a la puerta.

Por encima de mi revista, lo miré. Traté de averiguar quién era y qué hacía. No pude. Podría haber sido cualquier persona de ascendencia caucásica. Diablos, podría haber sido un puertorriqueño de piel clara. Pudo haber sido francés o europeo. Eché otro vistazo a su ropa para ver si podía distinguir alguna marca, pero no pude. Nada de su apariencia o vestimenta se destacó. Por lo general, tenía talento para poner a la gente en cajas. Mi oficio me enseñó cómo agregar una historia a las posesiones materiales. Este tipo estaba operando a un nivel diferente al mío. Fue espantoso.

Saqué mi teléfono celular y discretamente tomé quince fotografías de él. Cuando se fue, solté un suspiro que no sabía que había estado conteniendo. Cuando estuve seguro de que se había ido, recogí mis cosas, dejé una propina en la mesa y me fui.

Mi próximo destino fue una librería en la esquina. Melissa dijo que lo frecuentaba de vez en cuando, y generalmente después de pasar un tiempo en el cafe. Caminé por los pasillos, mirando ciegamente títulos de libros. Vi al acosador sentado en un banco cerca de las revistas de

decoración del hogar que Melissa dijo que le gustaba. Discretamente, también tomé algunas fotos de él allí.

Después de eso, me subí a mi auto y estacioné afuera del condominio de Melissa. Ella no había dicho que el acosador la había seguido hasta allí. Sin embargo, quería ser minuciosa, así que continué mi vigilancia.

Tuve tiempo para pensar, así que lo hice. Me pregunte por qué el acosador no se había acercado a Melissa. Claro, ella era hermosa y segura, pero irradiaba bondad. ¿No quería conocerla? ¿Había construido en su mente una relación con ella? O tal vez no estaba tan loco. Quizás la estaba cazando, y esto era parte de su diversión. Me dejó helado. Aun así, me alegré de saber que estaba ayudando a terminar con el horrible juego.

Una hora después, apareció el acosador, caminando fuera del edificio que albergaba el condominio de Melissa. Enojado, lo acechó, caminando de un lado a otro. Luego miró a izquierda y derecha. Después de eso, sacó algo de su bolsa de mensajero. Mi corazón dio un vuelco mientras apuntó los binoculares apuntar unos pisos hacia la lámpara que yo había dejado encendida, que estaba en una silla apoyada contra la ventana de Melissa. Me temblaban las manos mientras tomaba fotografías.

Habiendo tenido suficiente evidencia, me fui a casa.

Desde la comodidad de mi sofá, miré la tarjeta profesional. Podría hacerle un favor a Melissa al usarlo. Aun así, era lo correcto, ya que quería que ella estuviera bien. Llamé al número internacional y escuché el tono de llamada extraño.

—¿Hola?— Interrogó una voz cansada y de sonido europeo.

—Hola. ¿Es este el Señor Niels Erickson?—

—Si. ¿Quién me habla?—

—Hola, señor Erickson. Mi nombre es Marta Morales. ¿Melissa Bollinger te ha hablado de mí?—

Respiró hondo y lo soltó. —¿La nueva sirvienta de mi oficina? Si. Lo ha hecho. ¿De qué se trata esto?—

—Esto es sobre Melissa, Sr. Erickson,— dije mientras me sonrojaba. —Estoy preocupada por ella—.

—¿Por qué? ¿Está bien?— preguntó. Sonaba mucho más alerta que cuando respondió a la llamada por primera vez.

—Está bien - por el momento. Sin embargo, tiene un acosador—.

—¿Un acosador? ¿Alguien la está siguiendo?— La sorpresa llenó su tono.

—Si. Alguien está acechando a Melissa—.

—Estaré en el próximo avión. Adiós". Colgó el teléfono, cortándome antes de que pudiera terminar de expresar mis preocupaciones por Melissa.

Bien. Fue útil que Niels Erickson saliera de Dinamarca para estar al lado de su compañera de trabajo. Sorprendente, pero útil.

Con apoyo adicional asegurado para Melissa, pasé al aspecto de la aplicación de la ley. Saqué otra tarjeta profesional y la miré un rato. Era tarde. Como casi medianoche tarde. ¿Estaba despierto o estaba con alguien? ¿Querría ayudarme? Respiré hondo y marqué el número.

—Detective Connelly—, respondió la voz después del tercer timbre.

—Umm...hola—, dije débilmente. Incluso me sonrojé. —Es Marta? ¿Marta Morales?—.

—Señorita Morales—, dijo la voz con una sonrisa. —Tengo tu número ahora. Espera un poco de marcaciónes borrachas—.

Me reí en voz alta.

—¿Te desperté?—

—No. Acabo de terminar mi turno y me estoy relajando en casa. ¿Le gustaría saber como estoy vestido?—

Me hizo reír a carcajadas. —No—.

—¿Qué llevas puesto?—

Me sonrojé de nuevo. —Todavía estoy vestida en uniforme de sirvienta—.

—¿De qué color es?—

Me reí de nuevo. —Te llamo por un asunto que no tiene nada que ver con ... lo que estás esperando—.

—¿Te refieres a una invitación a cenar?— Preguntó con una sonrisa en su voz.

—Basta de coquetear. Lo digo en serio—.

—Hablo en serio—, respondió.

Suspiré de frustración. El coqueteo fue bienvenido, pero el momento no era bueno, ya que el detective me estaba investigando.

—¿Detective Connelly? Tengo una amiga y un hombre la acecha. Aquí no tiene amigos ni familiares reales. Quiero ayudarla—.

—Te daré toda mi atención—, dijo, finalmente sonando como un profesional.

—Se llama Melissa Bollinger y es una inversora en Erickson Ventures Chicago ...—

Escuchó mi historia sin interrumpirme, lo que agradecí.

—¿Qué debería hacer mi amiga ahora?—

—Ahora… Melissa Bollinger tiene que entrar a un cuartel y presentar un informe. Miles de mujeres desaparecen cada año...—

Temprano a la mañana siguiente y antes de que Melissa comenzara a trabajar, fui a su hotel.

—¡Hola! ¿Empezaste a investigar?— Preguntó ella con una sonrisa.

La hice sentarse en la pequeña mesa cerca de la cocina. Hablaba en serio mientras la miraba.

—Melissa—, le dije. —Tienes un acosador, y es espeluznante—.

Sus ojos se abrieron y asintió. —¿Lo viste?—

—Lo vi. Y tomé fotos de tu acosador. Muchas fotos—.

Saqué mi computadora portátil de mi bolso grande y le mostré las fotos que tomé.

—Oh—, dijo, tapándose la boca con la mano.

—Tenías razón. Ese hombre es un acosador. Te estaba buscando. Probablemente es uno de los tipos más espeluznantes que he visto en mi vida—, repetí.

Empezó a llorar; Ke di unas palmaditas en la mano con el intento de consolarla.

—Estas fotografías nos pueden de servir como prueba para la policía—.

—Está bien—, susurró.

—Pero sirven como prueba para ti y para mí. Él estaba en todos los lugares que dijiste que estaría—, dije mientras cambie las imágenes en mi computadora portátil. —El cafe, la librería Genesee y…incluso fuera de tu condominio. Dejé una lámpara encendida cuando me fui para poder revisarla más tarde. El acosador sabía cuál era el tuyo. Él ... tenía binoculares. Los usó para mirar tu ventana—.

Ella comenzó a sollozar en serio. Cogí un pañuelo de papel de su mesita de noche y se lo di. Segundos después, sonó un golpe en su puerta.

—¿Quién es ese?— Melissa se puso de pie y preguntó presa del pánico.

La senté de nuevo. —Está bien. Lo averiguaré—.

Fui a la mirilla de la puerta y vi a un hombre que decididamente no era su acosador. Teniendo una sospecha de quién era, abrí la puerta.

Querido señor. Él era guapo. Como, portada de novela romántica guapo. Era alto. Tenía el pelo castaño oscuro que estaba empezando a ponerse gris en las sienes. Tenía ojos verdes / grises que estaban casi oscurecidos por enormes pómulos. Sus hombros y torso eran anchos y su cintura era esbelta. El hombre fue un festín visual.

—¿Es esta la habitación de Melissa Bollinger?— Preguntó su voz con acento. —¿Eres Marta?—

Curiosamente, dijo ‘Marta’ sin acento estadounidense, pero con la r correcta.

—¿Niels?— Dijo Melissa, caminando hacia la puerta.

Melissa llevaba pantalones deportivos y una sudadera y no tenía maquillaje. Parecía años más joven y mucho más vulnerable. Además, ella todavía estaba llorando.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?— le preguntó ella.

—Se lo dije—, confesé.

Desconcertada, miró de mí a Niels. Luego negó con la cabeza y le permitió entrar. —Entra—.

Niels entró y se detuvo poco antes de su empleado. —Melissa: ¿por qué no me lo dijiste?— le preguntó gentilmente.

Ella comenzó a llorar de nuevo. —Porque ... eres mi jefe ... y porque no estaba segura; no estoy completamente segura. No hasta que Marta volvió con las fotos esta mañana—.

—Tienes que ir a un cuartel para presentar un informe sobre esto —, interrumpí. —No sabes lo rápido que pueden ir mal las cosas. No pospongas esto". Insistí.

—Presentará un informe—, insistió Niels, quien tomó asiento en la mesa que Melissa había dejado vacante recientemente. Sus ojos fueron de ella a mi computadora portátil, que todavía estaba sobre la mesa.

—Llamaré a la policía—, me dijo.

Momentos después, le envié a Melissa las fotos por correo electrónico y guardé mi computadora portátil. Me sorprendió que Niels no se hubiera levantado para irse, sino que permanecia en la mesa, mirando a Melissa todo el tiempo.

—Te acompañaré hasta la puerta—, me dijo.

Me eché hacia atrás y miré a Niels. —Fue un placer conocerle—.

—Igual, Marta; gracias—, dijo mientras se levantaba.

—Ven acá—, me dijo Melissa en español.

Estaba en problemas.

—¿Porque llamaste a mi jefe en Dinamarca?— susurró en el escenario.

—Porque estas en peligro—, enuncié.

—¡No quiero perjudicar mi empleo!—

Incluso con la confirmación de que tenía un acosador, Melissa estaba preocupada por su trabajo y enojada porque había llamado a su jefe en Dinamarca.

—¿Cuál prefieres? ¿Estar sin trabajo, o violada y/o asesinada?—

Ella no tenía respuesta para eso, por supuesto, ya que ser empleada era preferible a ser violada y asesinada.

—Él quiere estar aquí—, le dije. Y era verdad. Su jefe estaba esperando en silencio a que me fuera para poder hablar con Melissa en privado.

—Por favor, ve al cuartel y haz un reporte—, le rogué.

—Ella hará eso, señorita Morales—, dijo Niels. —La conduciré yo mismo—.

Volví a mirar a Melissa, que parecía desgarrada. —Sé que eres mi jefe, pero me importa lo que te suceda—.

En respuesta, suspiró y me abrazó. —No solo eres mi empleada; eres mi amiga—.

Con eso, me fui. Al conducir hasta la casa de empeños para

recuperar el trabajo de anoche, me sentí segura de que Melissa estaba en buenas manos. Ciertamente se veía cómoda con Niels presente.

Como una bombilla que se encendió en mi mente, de repente supe por qué Melissa seguía soltera.

Niels dejó lo que estaba haciendo en Dinamarca para volver a su lado. Su jefe era increíblemente guapo, inteligente y rico. También se aseguró de quedarse atrás cuando me fui.

—Ay, Melissa—, me quejé con tristeza.

Su jefe era un hombre casado y con hijos. Sacudí la cabeza y encendí la radio de mi auto. Una canción cantaba sobre caballos salvajes, de siendo testigos del sufrimiento y de vivir la vida mientras estaba allí.

—Entiendo—, dije mientras asentía.

# Capítulo Veinticuatro

Mi conversación anterior con el detective Connelly fue buena. Mientras me ayudaba con las preocupaciones sobre Melissa, todavía tenía la sensación de que estaba tratando de encantarme. O, al menos, coquetear conmigo. Aun así, me estaba investigando y por razones que aún tenía que determinar. Además, el detective tenía una pseudo novia. Decidí que esas razones eran suficientemente buenas para darle algo de distancia y hacer lo mío.

Estaba lista para volver a entrar a la escena de las citas, por más aterrador que fuera.

James, el intérprete y yo comenzamos una ávida relación de mensajería. Durante unas semanas, le envié un mensaje de texto por la mañana y también por la noche. Me habló de su vida en la universidad y yo le hablé de mis clientes de limpieza. Le hablé de mi divorcio y me compartió información sobre una ex novia de mucho tiempo.

Un día, mientras limpiaba la oficina de Melissa, le hice una pregunta.

—¿Qué crees que tenemos?— Le pregunté al reflejo de Melissa. Estaba sentada en el banco del baño de mujeres mientras yo echaba agua por el fregadero.

Melissa me sonrió mientras se miraba las uñas. —Bueno, amiga; ¿quieres que sea honesta?—

—Por supuesto—, respondí. Sin embargo, no sabía si lo decía en serio.

—Me temo que no tienes mucho. James está recibiendo todas estas ... cosas personales sobre ti de forma gratuita. Los chicos deberían trabajar para eso—.

La miré por un rato, mientras me sorprendían sus palabras. Sonaban verdaderos, pero aun así fueron decepcionantes de escuchar. Además, sonaba más madura de lo que solía ser.

—Oye. ¿Has visto al acosador?— Pregunté.

Ella sonrió y sacudió su cabeza. —No lo he visto. Informarlo ayudó. Supongo que quien lo interrogó lo asustó para siempre—.

—Me alegro—, le dije a su reflejo.

Melissa volvió a mirar sus uñas. Algo más estaba en su mente, lo sabía. Sin embargo, no me atreví a husmear más.

Durante el resto del día, consideré las palabras de Melissa. James Loza estaba ganando confidencias personales que deberían haber merecido un tiempo público. James me envió un mensaje de texto varias veces esa noche, pero no respondí a ninguno de ellos. Necesitaba tiempo para pensar en lo que quería de él.

Un día se convirtió en tres. Tres días se convirtieron en una semana. Una semana y un día después, llamó a mi teléfono real.

—¿Hola?— Respondí sin mirar mi identificador de llamadas.

—¿Marta? Este es James. ¿James Loza?— Escuché su voz decir.

Oh mierda. ¿James siempre sonó tan joven?

—James—, dije. —Hola—.

Se rió por teléfono. —Había olvidado lo profunda que era tu voz. ¿Cómo estás?—

Miré alrededor de mi apartamento por un momento. —Bien. ¿Qué hay de ti?—

—¿Por qué no me has enviado un mensaje de texto? Estaba preocupado por ti—.

Me senté y luego me levanté de nuevo, ya que estaba nerviosa. Caminé por mi apartamento porque no sabia cómo ponerme cómoda,.

—Dejé de enviarte mensajes de texto—.

—Me di cuenta—.

Corrí a mi sofá y me senté. —No sé qué más decirte, así que seré honesta—.

—Eso es ... justo—, dijo.

—¿Por qué me has estado enviando mensajes de texto?— Mi corazón latía con, porque quería saber su respuesta, y no quería saberlo también.

—Para conocerte—.

—¿Por qué?—

—¿Por que *qué*?—

—¿Por qué quieres conocerme?—

Rió nerviosamente. —Guau. Eso es franco—.

—Bueno, James ... tengo cuarenta años. Eso es siete años mayor que tú. Yo ... no sé acerca de las normas de citas de esta generación, pero sí sé una cosa; No tengo mucho tiempo—.

—¿Por qué? ¿Estás enferma o algo así?— preguntó mientras se reía.

—No—, dije con furia. —No tengo tiempo que perder. ¿Quieres salir conmigo, James, de verdad y no a través de mensajes de texto?—

—Yo ... no sé—, dijo débilmente.

Sentí una desagradable sensación de ira, decepción y rechazo. —Déjame ponértelo fácil. No me llames ni me envíes un mensaje de texto hasta que tengas una respuesta—.

Colgué la llamada.

Quizás debería haber estado orgullosa de mi momento feminista. Sin embargo, no lo hice, ya que estaba decepcionada. Quería ser querida.

Sin embargo, rápidamente superé a James Loza. La vida matrimonial dramática de Jane Knight me recordó que a veces era

mejor estar solo que en una compañía cuestionable. Melissa me dijo que pensaba que James Loza podría ser un jugador. Con la ayuda de ron, tarta de queso y chismes familiares de mi madre, superé al intérprete. Pero luego llamó.

—Hola, Marta—.

Sorprendida, me quedé mirando mi identificador de llamadas. —¿James?—

—Si. Han pasado unas tres semanas desde la última vez que hablamos. Yo sé eso. Aun así, quería hablar contigo—.

—¿Qué pasa?— Pregunté con impaciencia.

—Quiero saber de tu vida. ¿Cómo va la limpieza? ¿Cómo van las reuniones con su asesora financiera? ¿Como esta tu familia?—

Agradecí su interés. Aun así, negué con la cabeza. —No. Ya no puedes tener esas confidencias—.

Su respuesta fue rápida.

—¿Me lo puedes decir en persona? ¿Durante una cena? Yo invito —.

Me quedé mirando mi reflejo en la pantalla oscura de mi televisor. Miré mi cara mientras acordaba encontrarnos en cuatro noches.

Llegó la noche de la cita y estaba encantada. Me vestí con pantalones negros y botas negras. Lo combiné con una blusa de seda verde y una chaqueta de cuero marrón claro que había comprado por el internet. Dejé mi cabello suelto e incluso lo alisé. Hice bien mi maquillaje. Sonreí a mi reflejo en el espejo porque me veía bien.

Estaba emocionada, golpeando mis manos en el volante mientras conducía. Sin embargo, traté de convencerme de que no lo hiciera, ya que no quería decepcionarme. ¿Y si la anticipación fuera más emocionante que la cita? ¿Estaba emocionada por la idea de la reunión o porque pasaría tiempo cara a cara con James? De una forma u otra, estaba a punto de averiguarlo.

Llegué a la ubicación acordada del restaurante de bistec y esperé en el bar, tal como le dije que haría. Sonreí mientras veía a los Cubs jugar un juego de béisbol.

—Están apestando este año—, dijo el cantinero.

Lo miré y sonreí. —Apestan todos los años—.

—Ooh—, dijo el guapo hombre negro mientras cubría su corazón. —Me quemas—.

Entonces me reí. —No es mi intención. No soy una fanática del béisbol—.

—Entonces, ¿por qué estás sonriendo?—

—Por otras cosas—, bromeé.

—¿Compartirás conmigo?— pidió cortésmente.

Lo consideré por un momento. —Estoy sonriendo ... porque la vida a veces puede ser emocionante. A veces, sigues con tus cosas normales

y te preguntas si eso es todo. Entonces sucede algo que maravillosamente descarrila todo eso—.

El cantinero asintió. —¿Sabes qué? Brindaré por eso. A las emociones sorprendentes —.

Sonreí y bebí un sorbo de cerveza.

El encantador cantinero se fue para atender a un grupo grande y bullicioso de muchachos que entretenían la charla del equipo de beisbol. Me aburrí un poco. Mirando mi reloj, noté que James Loza ahora andaba veinte minutos tarde. No fue halagador.

Antes de abandonar el restaurant y la cita, apareció el intérprete. Le sonreí, recordando lo lindo que era.

—Hola, James—, le dije.

—Hola Marta—, dijo con una sonrisa.

Sus lindos ojos marrones se veían aún mejor detrás de sus anteojos. Lo perdoné por su retraso.

—Lo siento, llege tarde. Tráfico malo—.

Me encogí de hombros. —Es Chicago. Eso pasa—.

—¿Lista para comer?— me preguntó.

—Lo estoy—.

Después de sentarme en una mesa con él, pedí una copa de vino y un bistec medio cocido.

—¿Filete medio cocido?— preguntó con una sonrisa.

Me reí. —Sí. Me encanta. Puede parecer asqueroso para algunos, pero no para mí. Sabe agradable y tierno—.

Asintió y pidió un bistec bien hecho para él.

—¿Cómo te van los estudios? ¿Estás disfrutando tus clases?—

—Van bien—, dijo encogiéndose de hombros. —La universidad es la universidad—.

Entonces no quería hablar de la universidad. Decidí que hablaría con él sobre un viaje que me dijo que había hecho.

—¿Cómo estuvo Florida? Nunca ido—.

Él gimió. —Mosquitos y humedad. No es divertido—.

James no agregó nada a eso; aun así, seguí hablando.

—Bueno, mi operación laboral va bien. Sin embargo, es algo solitario, lo que lo hace divertido y aterrador. Pero es una aventura. Todos necesitamos un poco de aventura—.

—Por supuesto,— dijo asintiendo.

Fue difícil conversar con el. Recordé que hablábamos con tanta facilidad en la estación. Durante los mensajes de texto, James había sido divertido y yo también.

Debería haber sabido que la noche había terminado cuando lo vi jugando con su teléfono. Decidí ser franca con él.

—¿Sabes quién es encantador?—

—¿Quién?— preguntó, mirándome.

—El camarero—, dije. Miré al camarero, quien sonrió y me saludó.

—¿De Verdad?— James cuestionó, sentándose más derecho y luciendo más interesado. Incluso miró en dirección a la barra.

—Si. En ... como tal vez un minuto de tiempo, encontró una manera de involucrarme en un tema que no puedo soportar. Eso es carisma—, enuncié.

—Bueno… él es cantinero. Le pagan por hacer eso. Tal vez quería que le dieras una buena propina—.

Negué con la cabeza. —Me dio la cerveza de gratis—, dije mientras señalaba una jarra de cerveza vacía.

Eso hizo que James se riera a carcajadas y asintiera. —Tú misma eres una encantadora, ¿no es así?—

—No para ti, James—, dije sin sonreír y en tono severa. —Estoy trabajando demasiado aquí para mantenerte interesado. No es muy apropiado—, le susurré.

James tragó. —Lo siento—.

—Yo también. Dejemos de perder el tiempo el uno al otro. Llame a la mesera, pida el cheque y podemos ir por caminos separados—.

Eso no obtuvo la reacción que esperaba.

—Me gusta este lado tuyo—, me dijo.

—¿Qué te gusta? ¿Mi hostilidad? ¿Mi impaciencia?—

¿Lo divertí? Mi sangre empezó a hervir.

Él sonrió. —Llámame idiota, pero lo hago—.

—Idiota—, susurré.

Eso le hizo reír a carcajadas, lo que, por alguna razón, me hizo sonreír. Luego reí. Justo cuando pensaba que estábamos recuperando algo, una mujer se detuvo junto a nuestra mesa. Era una chica muy joven con cabello largo y oscuro y bonitos ojos marrones.

—¡James!— dijo emocionada. —¿Eres tú?—

Observé como se borró la sonrisa de James. —Ummm… Alicia. ¿Qué estás haciendo aquí?—

—Vi tu carro en el estacionamiento y pensé en pasar a saludarte—.

James me dijo que conducía un Honda negro. Me incliné hacia la derecha y miré a través de las ventanas de vidrio y hacia el estacionamiento. Conté al menos ocho sedanes oscuros de fabricación asiática.

—Alicia, esta es Marta—, dijo mientras me señalaba.

—Marta. ¡Es un placer conocerte!— dijo emocionada.

Vi cómo la muchacha se sentó al lado de James. Mi cita parecía disgustado por eso, pero tampoco le pidió que se fuera.

Si nadie iba a ser encantador, yo tampoco lo sería.

—Alicia, es un placer conocerte. Sin embargo, James y yo estamos aquí en una cita. No es necesario que te quedes—.

Vi como James escondió una sonrisa y miró su menú. La sonrisa de

Alicia cayó. Luego miró a James. Cuando vi su expresión de confusión, entendí lo que estaba pasando.

Tragando mi orgullo, asentí, quité la servilleta de mi regazo y la coloqué en mi plato.

—Marta; no te vayas—, imploró James.

Sospeché que él quería que yo hiciera una escena. James Loza quería un juguete. Quería que yo fuera una latina fogosa, enojada y perra para él. No iba hacer. No era una actriz y no era un estereotipo. Contuve mis palabras, me levanté y dejé la mesa.

La humillación me abrasó. Me habían engañado y sentí como si todos los clientes presentes lo supieran. Aun así, me mantuve firme y me dirigí a mi carro. Una vez allí, lo encendí y me fui, ya que no quería ser perseguida por James Loza, el idiota.

—¡Dios!—, grité. —¡Otro hijo de puta!—

Conduje hasta otro restaurante, donde aparqué y sentí lástima por mí misma. Las lágrimas estaban allí, detrás de mis párpados, pero las contuve.

—Fue sólo la primera cita—, dije débilmente. —James no obtuvo nada de mí—.

James y su 'amiga de rescate' Alicia me habían humillado. Sospeche que James le había enviado un mensaje de texto tan pronto como nos sentamos a cenar. Suspiré. ¿Pero porque estaba tan triste? Ya había superado a James antes de que me llamara. Luego miré mi atuendo y recordé que me había arreglado para la cita. Incluso me alisé el cabello. Supongo que me había hecho ilusiones.

—Hijo de puta—, maldije.

Suspiré y miré hacia la ventana del restaurante donde había estacionado. Era un Cheesecake Factory. Tal vez, después de todo, la noche pudiera salvarse.

# Capítulo Veinticinco

—¿Cómo te fue tu cita con el intérprete?— preguntó Melissa.

Había estado quitando el polvo de los estantes abiertos que colgaban de las paredes de la sala de espera.

—Déjame ponértelo de esta manera; el coqueto camarero y una rebanada de tarta de queso fueron lo más destacado de mi cita". Luego le conté el resto.

—¡Hijo de la gran puta!— ella maldijo.

—Eso es lo que dije—, respondí, sin dejar de desempolvar los estantes que estaban cerca de su escritorio.

Ella suspiró. —Es una pena. Te estaba apoyando—.

Me encogí de hombros. —Gracias. Por favor, continua apoyándome. Este tipo, sin embargo, no merece tus aplausos—.

En ese momento, se abrieron las puertas principales de Erickson Ventures Chicago. Entró una rubia alta, fría y delgado, vestido con pantalones de seda rojos y un abrigo de cachemira beige. Vi mientras miraba a Melissa. La mujer extraña pareció preocupada.

—Melissa: estoy aquí para ver a mi marido—.

Miré a Melissa y vi que parecía nerviosa. Interiormente, suspiré. Mi amiga probablemente se estaba metiendo en algo que no debería haber estado.

Luego me volví hacia la Sra. Erickson, la esposa de Niels. En ese momento, dos adolescentes entraron detrás de ella. Eran altos, pero de cabello oscuro, como Niels. La hija se dejó caer sin gracia en el sillón de cuero junto a la mesa; el varón puso los ojos en blanco y se apoyó en una pared junto a la puerta.

—Belinda—, dijo la madre. —Hay polvo en ese asiento. Te lo pondrás en los pantalones—.

—Oh—, dijo la niña, mirando a izquierda y derecha en busca de polvo que no encontraría.

—Quizás la ayuda no sea de mucha ayuda—, dijo la Sra. Erickson.

Dejé de quitar el polvo por un momento y miré el jarrón frente a mí.

—Mamá, ella está parada ahí. Ella puede oírte". Dijo la hija. Mi opinión de Belinda subió un par de puntos.

—No habla inglés—, defendió la madre.

Mi opinión sobre la Sra. Ericsson bajó un poco más.

Vi como Melissa se enojaba y negué con la cabeza. Antes de que pudiera decir una palabra, Niels abrió sus puertas y miró a su familia.

—Mónica: no vengas a mi oficina e insultes a mi personal—, le dijo con severidad a su esposa. —Yon: sta lige—, le dijo a su hijo. —Belinda; Sid dig som en dame—.

¡Vaya! Las incomprensibles palabras de Niels tenían poder. Su hijo cambió su postura, pasando de estar encorvado a erguido en muy poco tiempo. También había reprendido a su hija. La miré, preguntándome si ella también hablaba danés como parecía hacerlo su hermano. Debe haberlo hecho, mientras se sonrojaba y corregía su postura en su silla.

—Jeg Er ked af det, far—, dijo la hija de Niels, y con remordimiento.

—Está bien; algunos de ustedes pueden ser corregidos. Para otros, es demasiado tarde—, dijo Niels.

Vi como Mónica tomaba aire y lo contenía. Mierda. Tal vez las cosas no iban bien en la casa Erickson.

—Entren—, dijo mientras entraba a su oficina.

Observé como su familia lo seguía. Belinda, la hija, se sonrojó al cerrar las puertas dobles detrás de ellos.

—Estúpida rubia de farmacia—, dijo Melissa.

Me reí un poco. —No todo el mundo está tan naturalmente dotada como tú, Melissa—.

Ella todavía estaba ofendida. —¿Cómo puedes tomar eso a la ligera? Ella te insultó—.

Me encogí de hombros. —Sra. Erickson insultó mi limpieza y mis habilidades lingüísticas percibidas. He oído cosas peores—.

Después de un momento de silencio, me volví hacia Melissa. —Así que esa es la señora, ¿eh?—

El cambio de tema hizo que sus ojos se agrandaran. Melissa se sonrojó, palideció y luego asintió. —Sí—.

Habían pasado dos semanas y media desde que investigué el asunto del acosador. Me preguntaba qué tan cercanos se habían vuelto Melissa y Niels. Aun así, no era asunto mío. Yo me mantendría al margen. Le sonreí a medias y volví a trabajar.

Llamé a mi hermano esa noche, queriendo hablar con alguien que estuviera en una relación razonablemente adulta.

—¿Cómo está Wanda?— Le pregunté. La esposa de Rafy, Wanda, fue súper amable. Ella y Rafy se conocieron en la escuela superior. Desde que nos conocimos, Wanda me trató como a una hermana, lo que nos hizo amigas de por vida.

—Bien. Wanda llevó a los niños a su juego de softbol. Estoy en casa trabajando en el carro—.

—¿Por qué no llevaste a los chicos al juego?—

—Porque estoy trabajando en el carro—, dijo irritado. —Además, ella sabe lo que está pasando con los juegos más que yo—.

—Hmmm. Ya veo que te has vuelto nativo con el rol de papá—.

Muchos hombres que conocía estaban felices de dejar que sus esposas hicieran todo el trabajo de la casa, cuidando a los niños y

también haciendo su trabajo fuera de la casa.

—Soy puertorriqueño—, argumentó. —¡He vivido aquí los últimos veinticinco años!— me ladró. Sonaba como si estuviera recitando algo que decía mucho. Me preguntaba si todavía tenía que defender que era puertorriqueño, ya que había nacido en Boston y se había criado allí hasta los 14 años.

—Pero no debes convertirte en un padre vago que deja que su esposa haga todo por él, incluyendo la crianza—.

Quizás fui demasiado lejos. Enfogone a Rafy y me lo dejó saber.

—¿Cómo te atreves a llamarme y decirme cómo ser esposo y papá?— Él escupió. —He estado haciendo esta mierda, esta gran mierda, durante los últimos veinticinco años. ¿Qué tienes tu? Un matrimonio fallado con un hombre que besaba el suelo sobre la que caminabas. Me quedé aquí con mi esposa mientras ella tenía problemas de fertilidad. No me moví. No vacilé. Cuando los chicos llegaron, yo estaba en el juego. Estaba tan feliz de que aparecieran que me despertaba todas las noches con ella. Ahora, ¿me pillas en casa cansado después de un largo día de trabajo y tomándome un descanso, y me rompes las bolas por eso? ¡A la mierda!— gritó.

—No te estoy llamando para enojarte—, entré, una vez que él se tomó un descanso de regañarme. —No conozco una relación adulta que no esta roto o que no esté a punto de romper. Tienes algo genial con Wanda. No la dé por sentada ni a ella ni a esa relación. La gente se equivoca cuando se da por sentado—.

—Si. Tú lo sabrías,— respondió.

—Sí—, le respondí, pero carecía de la actitud o la ira que me transmitió. —No lamento haberme divorciado de Aníbal, pero podría haber hecho algunas cosas mejor. Hacia el final, podría haberlo tratado con un poco más de respeto, pero había estado demasiado enojada durante demasiado tiempo—.

Se quedó callado durante unos segundos. —¿Qué debo hacer de manera diferente? ¿Debería comprarle ese auto nuevo que sigue admirando?

Me reí. —No. Guárdalo para cuando metas la pata en grande. Quizás preséntate en el juego esta noche. Llevalos a comer pizza en lugar de que ella cocine la cena. Solo un par de pequeñas sorpresas que le demuestran que te preocupas, pero nada grande que la haga preguntarse qué está pasando—.

—Wanda iba a cocinar arroz con gandules esta noche, pero creo que eso puede esperar. La recogeré a ella y a los chicos, y compraremos pizza. De todos modos, he querido comer pizza de Tony por un rato—.

Tony's Pizza era una gran pizzería en la ruta estatal 2 de Arecibo. El establecimiento tenía unas vistas impresionantes del océano

Atlántico. Nuestros padres solían llevarnos allí cuando éramos más jóvenes. Mi hermano continuó con la tradición llevando a su esposa e hijos allí.

Suspiré. —Como quisiera pudiera unirme a ustedes—.

—Puedes hacerlo. Súbete a un avión y ven—.

Tragué y asentí. —¿Sabes qué? La vida es corta. Saldré pronto—.

Llamé a mi mamá después. Me contó todo lo que estaba pasando con sus hermanos y hermanas, luego de mis primos, luego de mi papá, sobre las actividades de mis sobrinos, seguido de las cosas de mi hermano.

—Es bueno saber que todo va bien ahí—.

—¿Qué está pasando allá? ¿Qué te molesta? ¿Es María?— preguntó mi perceptiva madre.

Suspiré y le conté sobre la cita fallada con James Loza.

—Ay, hija,— se lamentó. —Los hombres más jóvenes son un problema. Necesitas encontrar uno que sea de tu edad o mayor—.

—Bueno, mamá; No tengo una lista de hombres interesados separados por grupos de edad—.

—Lo sé. Pero hiciste bien. Ese hombre no merece tu tiempo—.

—Lo sé—.

—La mayoría de ellos no lo son. Incluso tu papá—.

Me reí por dentro. Mi madre quejándose de mi padre era una vieja conversación. Zoraida Mercado, mi mamá, era un hacha de guerra, y mi papá, Esteban Morales, era una presa fácil. Papi estaba bastante acostumbrado a desconectarla, lo que volvía loca a mami. Me preguntaba cómo hicieron funcionar su matrimonio durante tanto tiempo. Sintiéndome valiente, le pregunté eso.

—No sé cómo—, dijo, sonando desconcertada. —Probablemente la iglesia, los valores familiares y para no tener que ir a la cárcel—.

Me reí. —¿Sigues pensando que algún día matarás a papá?—

—Si—, dijo apasionadamente. —¡Especialmente si sigue poniendo sus manos aceitosas sobre mis malditos sofás limpios!— ella gritó. Sospeché que el grito no era para mi beneficio.

Sola en el sofá de mi tranquilo apartamento, me tomé el tiempo para reflexionar la razón detrás del silencio.

Me divorcié de mi ex imbécil, Aníbal Robles, porque me cansé de las consecuencias de sus engaños. No era tonta, per sabía lo que podía manejar y lo que no. Mucho tiempo atrás, en Puerto Rico cuando era mi prometido y no mi ex-imbécil, Aníbal dijo que no quería que me convirtiera en policía. Me suplicó que no lo hiciera. Le dije que podíamos dejarnos si él no podía manejarlo, y por dos semanas rompimos. Mientras que yo estaba de descanso durante un fin de semana en la academia, Aníbal suplicó que lo perdonara. Dijo que estaría feliz de estar casado con un oficial de policía. Lo perdoné y

conseguimos una habitación de hotel en el Viejo San Juan. Antes de eso, aún no habíamos tenido intimidad, pero nos habíamos acercado varias veces. Ese fin de semana cambió todo. Fue agradable. Muy agradable. Sin embargo, un mes después, descubrí que me había quedado embarazada. Llorando y gritando, había ido a su casa, ya que tenía fuertes sospechas de que mi embarazo accidental no había sido accidental. Le dije que sabía que había algo extraño en la caja de condones que Aníbal había traído. Después de amenazar con abortar a mi bebé, confesó y dijo que lo quería. Le exigí que me dijera cómo lo hizo. Me dijo que había saboteado algunos de los condones y que me había dado más alcohol a propósito.

Todavía recordé haber caído de rodillas en el césped fuera de la casa de sus padres. Llorando, se unió a mí en el suelo y se disculpó una y otra vez. Mi amor por él me hizo pasar por alto su grave transgresión. Incluso decidí que me quedaría con mi bebé. Hice las paces con el embarazo y me casé con Aníbal Robles. Pensé que podría darme prisa y tener un bebé al principio de mi carrera policiaca para poder dedicarme a mi trabajo más tarde. Mi mamá accedió a velar mi bebé a lo que yo trabajaba. Mi plan estaba listo. Hasta que el ex-imbécil me dijo que solo podía encontrar un trabajo de contabilidad en Chicago. Creí que era mentira y casi me divorcié de él. Sin embargo, nuestro hijo pequeño, Héctor Adán, se llevó a su padre y a su padre con él. Entonces, solo unos meses después de mi carrera, dejé de ser policía y seguí a mi ex imbécil a Chicago.

Los años no trajeron gracia. Me enfurecí más. Mi ex-imbécil no entendía por qué yo no podía perdonar ni olvidar. Tres años antes de divorciarnos, dejé de acostarme con él. Aníbal comenzó a tener relaciones con otras mujeres, lo cual pude entender. Pero comenzó a exhibir su puta, una recepcionista en su trabajo, por la ciudad. No podía soportar ese tipo de humillación, así que solicité el divorcio. Aníbal trató de luchar contra eso, diciendo que ella estaba en su vida solo para darme celos. La verdad era que habíamos clavado el último clavo en nuestro ataúd mucho antes de llegar a Chicago. Solo quería enterrar el matrimonio que se había muerto tantos años atrás.

Me mudé desde nuestra casa grande en Lincoln Park al apartamento del tercer piso donde todavía residía. Nuestro hijo Héctor se quedaba conmigo durante los días de semana y vivía con su padre y su puta, (quien quedó embarazada cuando Aníbal y yo estábamos casados), durante los fines de semana.

Perder a Héctor mato algo en mi corazón. Mato al espíritu de Aníbal, y un poco de su mente, también. Una semana después de enterrar a nuestro ángel, el ex-imbécil vino a visitarme. Por tres meses, vino todos los días. Aníbal dijo que lamentaba cómo se había comportado y que honraría a su hijo al ser un mejor esposo para mí.

Le dije que se perdiera. Aun así, se quedó en mi sala de estar, mirando la televisión en silencio mientras hacía trabajo de contabilidad en su computadora portátil. Le dije que estaba loco y que tenía que irse. Me ignoró.

Al final del tercer mes, llamé a su esposa y a sus hijos y les dije que vinieran. Lo hicieron. Su puta esposa estaba llorando, al igual que sus hijos. Ella le rogó que se fuera a casa. Aníbal ignoró a su nueva familia y se quedó en el sofá. Sin saber qué más hacer, hice una maleta y tomé un taxi hasta al aeropuerto. Me fui a Puerto Rico y me quedé por dos semanas. Mis padres y mi hermano me recibieron con los brazos abiertos. En algún momento durante mi ausencia, mi ex-imbécil volvió con su esposa.

Aníbal todavía intenta acercarse a mí, pero no lo permito. Ignoro sus llamadas, pero lo entiendo. No éramos "nada" el uno para el otro. Había un título asignado a nuestra relación, y siempre lo habría. Compartíamos una cama, una casa y un hijo. Una vez, pensamos que nuestras ofensas eran suficientemente pequeñas como para superarlas y que estaríamos juntos para siempre. Pero nunca dejé de estar enojada con él y él se cansó de mi incapacidad para perdonarlo.

Pensé en el matrimonio de mi hijo Héctor con su esposa, Waleska. Se que se amaban, pero también sabía que su matrimonio había sido difícil. Waleska solía llamarme mientras Héctor estaba desplegado con el Army. Ella se quejó del dinero que Héctor gastó en videojuegos y otras cosas mientras ella tenía que pagar las facturas del apartamento y mantener al bebé. Yo llamaba a Héctor y lo regañaba. También le pasé a Waleska todo el dinero que pudiera. Mi hijo y su esposa se dirigían a un camino difícil. Como su padre y yo, se habían casado muy joven, y probablemente no por las mejores razones. Pero Héctor murió. No tuvo la oportunidad de cumplir con ser buen padre o buen esposo. Sin embargo, Héctor siempre había sido mi buen hijo. Sin mi conocimiento, me había contratado una pequeña póliza de seguro: diez mil dólares. Me rompió el corazón de nuevo. Usé la mayor parte para pagar mi automóvil y saldar mis tarjetas de crédito. Usé los tres mil restantes para comprarle una lápida para su tumba en Puerto Rico, que era donde quería ser enterrado.

Me levanté del sofá y cogí unos pañuelos de papel de mi dormitorio. Después, miré mi reflejo en el espejo y vi que estaba hecho un desastre. Me tomé el tiempo para conseguir un desmaquillador y limpiarme la cara.

Pensé en mi nuera y mi nieto. Los extrañaba mucho. Waleska dejó de llamarme después del velorio de mi hijo. Intenté llamarla, pero había cambiado su número. Llamé a sus padres y me enteré de que estaba muy conmocionada y necesitaba algo de tiempo para adaptarse a su nueva vida. Le di a mi nuera el espacio que necesitaba. Me

rompió el corazón no poder ver lo único que quedaba de mi hijo, que era mi nieto Adán. Aun así, entendía las dificultades que conllevaba la construcción de una nueva vida, así que había respetado su decisión.

Había pasado un año y medio desde la última vez que supe de Waleska. Pronto volvería a acercarme a ella. Quizás lo haría en persona.

En el silencio de mi dormitorio, suspiré en voz alta y le hablé a mi reflejo. —Tienes que limpiar más que tu cara, Marta. Es hora de limpiar tu vida—.

Fue verdad. Y sabía exactamente por dónde empezar.

# Capítulo Veintiséis

Avanzar con mi vida significaba que ya no podía tener preguntas sin respuestas. Obtener respuestas significaba obtener información. Eso significaba comenzar con María y cualquier lío legal al que me había metido.

Necesitaba comenzar mi expedición con un viaje de pesca. Después de limpiar la empresa de Melissa y Niels, hice mi siguiente parada. Todavía vestida en mi uniforme de sirvienta, entré por la puerta principal y me presenté a la recepcionista. Fue la dama asiática quien intentó hacerme firmar una forma falsa unos meses atrás.

—¿Dónde está Leonore?— Le pregunté a la recepcionista. Leonore - la estudiante de ley/psicóloga/aficionado al Jiu-Jitsu brasileño - me había impresionado.

—Ella ya no está con nosotros—.

—¿Falleció?—

—No—, dijo con los ojos bien grandes. —Ella se fue a otra práctica —.

—La felicito. Este lugar es malo—.

—¿Por qué estás aquí?— preguntó ella con cuidado.

—Mi nombre es Marta Morales. ¿Te acuerdas de mí?—

—Quizás…— dijo nerviosamente.

—Bueno. Quiero que usted y sus asociados sepan que sé lo que hicieron en mi nombre. No voy a quedarme de brazos cruzadas mientras hagan eso—.

—¿De qué estás hablando? ¿Necesitas que consiga uno de los asociados? " Preguntó, rápidamente alcanzando su teléfono de escritorio.

—Ya he dicho suficiente—.

Con eso, me fui. Con calma me dirigí a la casa familiar para la que hice la limpieza verde. Después de eso, fui a la casa de empeños a limpiarlo. El resto del día fue típico.

Sin embargo, la mañana siguiente fue una historia diferente. Mi celular sonó, justo cuando me estaba preparando para salir por el día. El número del identificador de llamadas me sorprendió.

—Oye chica—, escuché decir a Cándida Castro.

—¿Cándida?— Pregunté.

—Si, soy yo". Ella reprendió. —Solo han pasado cuatro meses desde la última vez que hablamos. No me digas que te has olvidado de nosotros—.

—¿Cómo conseguiste este número?— Le pregunté.

—Muy dolorosamente, y apenas—, dijo con un suspiro. —Eres una mujer difícil de conseguir—.

—¿Porque me estas llamando?—

—Sabes, aquí en Francis Street Cleaners sentimos que no te dimos la despedida que deberíamos haber hecho—.

Sí claro. Mi despedida ideal por parte de María habría sido tirarme por un precipicio.

—No quería una fiesta o un almuerzo de despedida—, le dije.

Cándida soltó un suspiro. Sabía que no le estaba facilitando las cosas. —¿Sabes qué? Trabajaste para nosotros durante cinco años. Queremos darte un bono de despedida—.

—¿Un bono?— Me burlé. —¿Por qué?—

—Oye. Caballo regalado no se le miran los dientes. Solo ven, danos un firma en una forma y le daremos un cheque—.

Mi boca se abrió por un momento. Me recuperé a tiempo para presionar el botón de grabación en un viejo teléfono celular que había sacado de mi mesa de noche. Puse la llamada en el altavoz y coloqué los teléfonos uno al lado del otro en mi tocador.

—¿Forma? ¿Qué tipo de forma?— Pregunté mientras miraba mi reflejo en el espejo.

—Es solo una forma estándar...algo que dice que te dimos un bono y que no intentarás que nosotros o nuestros asociados le paguemos más—.

Bailé un poco para celebrar mi descubrimiento.

—Sé lo que hicieron, Cándida—, le dije.

Cándida se quedó callada por un momento. Desde su lado de la llamada, escuché las ruedas de sillas rodar contra la alfombra de pelo corto de la oficina. También escuché pasos. Ella también me tenía en el altavoz, al parecer.

—¿Qué quieres decir, Marta?— preguntó Cándida con cuidado.

Tuvieron que haber falsificado mi nombre o mi firma. Tenía que ser eso. Recordé las palabras que usé en el bufete de abogados el día anterior. Probablemente los abogados habían visitado a Francis Street con algunas preguntas serias; Francis Street ahora estaba tratando de ponerse a mi derecha y rápidamente.

—Sé cómo falsificaron mi identidad—.

—¡Marta!— Dijo la alegre voz de mi exjefe. —Soy yo, María—.

—¿Y qué?— Dije, dejando cualquier pretensión falsa y amigable.

—Ayúdanos aquí—, dijo María, siempre empresaria.

—Dime lo que hiciste—, le respondí. —Palabra por palabra—.

—Bueno. Te lo diré y tú me ayudas—.

—Entiendo—, dije.

—Encontré a alguien en Puerto Rico que se parece a ti. Halle a alguien local aquí en Chicago que podía falsificar una licencia de conducir. Puse su rostro, su nombre y su dirección en una licencia de conducir. Luego le pedí que me firmara un cheque del bufete de

abogados—.

—¿Por cuánto dinero?— Pregunté cuidadosamente.

—Cuatrocientos mil dólares. Obtuve cien mil dólares extra por facilitar el acuerdo. Pagué el pasaje aéreo de la mujer y su estadía en el hotel más $5,000 por sentarse para usted. Me quedé con el resto—.

Mi boca se abrió en estado de shock. ¡¡El nervio!! Aun así, rápidamente hice los cálculos en mi cabeza. Cuatrocientos noventa y cinco mil dólares era lo que María se había embolsado a mi nombre (menos lo que le dio a Cándida). Había sido un plan bastante inteligente, pensé. Si lo hubiera intentando ese plan con una persona que no era yo, María probablemente se habría salido con la suya.

—Ahora. Ven aquí a la oficina. Firma una forma que dice que no harás nada que me perjudique a mi o al bufete de abogados. Después, te daré un cheque de quince mil dólares. Las dos ganamos, ¿eh?—

No lo haría.

—No—, yo dije.

—¡Mira, maldita pendeja!— gritó en el teléfono. —¡Teníamos un trato!— ella chilló.

Sonreí en el espejo, imaginando que además de escucharme, María podía ver mi rostro. —Si. Dije que te ayudaría. Y aquí está esa ayuda: el Departamento de Policía de Chicago te están investigando. El detective Kevin Connelly esta a cargo de ese caso. Tú, María, estás en un lio—.

Con eso, le colgué y detuve la grabación en mi otro teléfono.

—¿Ahora qué?— Le dije a mi reflejo. Mordí mi labio por un momento mientras caminaba por la habitación. —¿Limpio mi nombre?— Dije mientras miraba una pared.

Llamé a Jane Knight y le conté lo que acababa de suceder. Encantada, me pidió que le remitiera la conversación grabada. Lo envié por correo electrónico. Después de escucharlo, me llamó. Jane se tomó el resto de la mañana libre de sus casos regulares y me dijo que la encontrara en el cuartel de Blue Island Avenue. Una vez allí, nos llevaron al escritorio del detective Kevin Connelly.

—Marta—, me saludó con una sonrisa. Le devolví la expresión.

—Me dirigirá todas sus preguntas—, dijo Jane.

Fuimos a una sala de conferencias privada junto con el detective Connelly y otro detective que no conocía. Jane sacó mi viejo teléfono celular de su bolso y lo colocó sobre la mesa.

—Esto no es admisible en un tribunal de justicia, ya que no teníamos el consentimiento de dos partes. Sin embargo, lo puedes escuchar. Le aconsejo que no siga ninguna pista que pueda obtener de esta grabación—.

Jane presionó el botón en el teléfono celular. Mi voz sonó fuerte cuando rebotó en las paredes de la pequeña habitación. La voz de

María parecía más fuerte. Una vez que terminó la conversación, Jane la apagó.

Entonces la detective Connelly se volvió hacia mí. —¿Tienes la intención de buscar un pago de Francis Street?—

—Me dirigen sus preguntas—, repitió Jane. —Mi cliente no tiene la intención de buscar un pago de nadie. Ella no firmará ningún documento y no hará promesas a nadie con respecto a lo que vio en las oficinas legales de Smithers and Associates. Ella está trayendo este incidente—, dijo Jane mientras señalaba el teléfono celular ahora silencioso, "a su atención, ya que su nombre está implicado en un crimen que no cometió—.

—¿Su cliente quiere perseguir a Francis Street Cleaners por robo de identidad?—

Había discutido eso por teléfono con Jane y había tomado una decisión.

—Si. Sin embargo, ella no quiere que le paguen por daños. Lo único que quiere es una carta de disculpa y una garantía perpetua de no contacto de los propietarios de Francis Street—.

El detective Connelly asintió y tomó algunas notas. Una vez que terminó, volvió a mirar a Jane. —Por favor, avísele a su cliente que me pondré en contacto con ella muy pronto—.

—¿Se trata de este caso?—

El detective Connelly me sonrió y luego se reclinó en su asiento. —No lo es—.

Me sonrojé y negué con la cabeza.

Después de la entrevista y afuera del precinto, Jane me detuvo antes de que yo entrara en mi carro.

—¿Crees que eso es todo?—

Jane asintió. —Si. María está en un mundo de mierda. Tendrá las manos ocupadas durante el próximo año—.

—¿Y el bufete de abogados? ¿Crees que me molestarán de nuevo? —

Eso hizo que Jane suspirara y mirara a su alrededor. —Mi esposo Tim investigó eso por mí. Los desgraciados de esa firma se saldrán con la suya—.

—Pero ... cometieron delitos mayores—, dije. —¡Fueron captados en video!—

—Los que capturaron en video fueron abogados de alto nivel con conexiones políticas, no a gente común. Probablemente lo único que tendrán que hacer es pagar algunas multas, un poco de libertad condicional y algo de servicio comunitario—.

Suspiré. —Eso es tan injusto—.

—Es cierto ... pero ¿quién se queja del video? Los criminales no, ni las víctimas. Tú tampoco te has quejado—.

Abrí la boca para protestar, para explicarme, pero ella me detuvo con una mano. —No. Entiendo lo que hiciste. Yo hubiera hecho lo mismo—.

Mi silencio aseguró que algunas personas se saldrían con la suya en actividades delictivas. ¿Por qué elegí quedarme callada? Entonces recordé el consejo de mi hermano. Quería que tuviera cuidado.

—¿Qué crees que hubiera pasado si hubiera hablado de lo que vi? —

—Los abogados habrían puesto su dinero, millones de dólares, en un fondo para desacreditarte. Los criminales habrían venido por ti. Quizás tu familia también—.

—¿Hice lo correcto?—

Jane suspiró. —El bien y el mal es un concepto fácil. Sin embargo, hacer lo 'correcto' a veces —, citó al aire—, no garantiza que las cosas malas no te vayan a visitar—.

Entendí sus palabras, pero fue difícil.

—Sé que es difícil de tragar. Sin embargo, no lo pienses demasiado. Tienes que pensar en tu situación. La única víctima que viste fue una adolescente. Todos los demás involucrados eran adultos que daban su consentimiento. Esos adultos son personas peligrosas—.

Entonces, ¿en qué me convirtió eso? ¿Un cobarde? ¿Una persona peligrosa? Tendría que reflexionar sobre mi culpa.

—¿Estoy a salvo?—

—Tienes que estar en guardia—.

—¿Por qué?—

—El bufete de abogados ... y las personas desagradables que les suplieron sus vicios probablemente te vigilarán—.

Mis ojos se agrandaron. —¿Mi vida está en peligro?—

Jane se rio. —Miras demasiada televisión". Jane se encogió. —Sin embargo, no lo descartaría. Déjamelo a mí, ¿de acuerdo?—

Se me humedecieron los ojos y parpadeé un par de veces. —Gracias—.

—Oye—, dijo con una sonrisa. —Esto no fue caridad. Teníamos un arreglo. Además, este ha sido el trabajo más divertido que he tenido en meses. Tienes talento para la investigación, ¿sabes?—

Eso me hizo reír.

—Vete a casa—, dijo con una sonrisa. —Puedes limpiar mi condominio mañana—.

Aprecie la oferta, pero tenía que hacer otros trabajos de limpieza ese día.

# Capítulo Veintisiete

Terminar con la situación con María Álvarez fue muy satisfactorio, pero tenía más cabos sueltos que atar. Saqué la tarjeta profesional de James Loza de mi cartera y la miré. Desde nuestra cita fallida, James me había estado enviando mensajes de texto. Intentó llamarme también. Ignoré cada intento de contacto. Sin embargo, ahora era el momento de aclararlo, asi que lo llamé.

—Este es James—, dijo.

Respiré hondo y luego comencé a hablar.

—Y esta es Marta. Escucha bien, James. Dejé nuestra cita—, esperé, —la otra noche sin palabras. Quieres una mujer hispana que te dé drama, fuego y emoción al estilo de una novela. ¿Adivina qué, chico? Esa no soy yo. Llevo una vida tranquila. Me gusta ver películas, cenar bien y pasar tiempo en casa. ¿Quieres saber de qué me gusta hablar? Noticias de negocios. Viaje. Y me gusta mirar a la gente. No soy una joven reina del drama que va a trabajar duro para mantenerte entretenido—.

Respiré de nuevo y me senté.

—¿Pero sabes qué? No puedo darte un mal rato. Yo sabía que habíamos terminado antes de que comenzamos. Salí contigo porque quería pasar una buena noche. Incluso si eso fracasara, habría podido perder bien. Sin embargo, antes de que la cita comenzara ,tuviste que llamar a tu amiga Alicia para que viniera a rescatarte de nuestra cita. Eso es lo que está mal, James. Si no estabas seguro, debiste haber cancelado la cita. Carajo; en lugar de llegar tarde, debiste haberme dejado plantada—.

Enfadada de nuevo, mi voz se enfureció.

—Entonces, te dejo con esto: no me vuelvas a llamar, idiota. Además, madura. Aprende entender cuando puedes manejar algo y acepta cuando no puedes. El tiempo que ahorrará no solo será el suyo —.

—¿Terminaste de hablar?— preguntó una voz profunda.

Una sensación de miedo me atravesó el pecho. La voz que acababa de hablar no era la de James Loza.

—¿Quién es este?— Chillé.

—Esta es la señorita Marta Morales, ¿no?—

Ay mierda.

—Sí—, me atraganté cuando comencé a hiperventilar y temblar.

—Cariño, te diré lo que hiciste mal. Para empezar, llamaste al James equivocado—, dijo mientras su voz ronca se reía por teléfono.

—Oh, Dios mío—, dije nerviosamente. —¿Es este ... el detective James Kostas?—

—Sí lo es—.

# Capítulo Veintiocho

En el fondo de mi corazón, era un cobarde. Yo podría admitir eso. La única relación romántica en la que había estado era aquella en la que mi marido dirigía. Hablando personalmente, la edad madura de cuarenta años no había traído madurez en las relaciones.

Claro, le había dado a James una parte de mi mente. Sin embargo, se lo había entregado al James equivocado. El James que recibió mi mensaje fue el detective súper macho al que nunca me atrevería a perseguir. El detective Kostas era simplemente demasiado atractivo, grande, inteligente y demasiado dominante para que yo lo manejara.

En mi prisa por ocultar mi vergüenza, colgué el teléfono con el detective Kostas después de darle una rápida pero sincera disculpa, junto con la promesa de no molestarlo de nuevo. No le dejé decir una palabra. Para colmo, apagué mi teléfono celular.

Me temblaron las manos mientras sostenía la tarjeta de visita del detective Kostas. Al darle la vuelta, vi algo que no había notado antes. Una palabra en tinta azul decía: "Llámame". Como una niña asustada, grité y dejé caer la tarjeta.

¿Cómo no había notado el mensaje antes? Últimamente, las tarjetas profesionales me habían inundado. Por eso los confundí. ¿Verdad?

Suspiré y me senté de nuevo. No haría nada con el detective James Kostas. Era una forma razonable de llevar a cabo un negocio tan estresante.

Pasaron las semanas. Seguí con mi vida. Limpié para Jane Knight. No escuché de Smithers and Associates, lo cual fue bueno. También limpié para Melissa y Niels. Lamentablemente, Melissa había decidido dejar algo de espacio entre nosotras. Ya no me hizo compañía mientras limpiaba. Seguía siendo tan cortés como siempre, sin embargo, decidí no presionarla. Dejaría que se abriera a mí de nuevo cuando estuviera lista.

La limpieza de la casa de empeños también era prácticamente la misma. Jamie se me acercó un día y me sorprendió con una noticia.

—Cerró el negocio Francis Street Cleaners—, me dijo.

Dejé de fregar y lo miré con los ojos muy abiertos. —¿De verdad? — pregunté.

El asintió. —Sí. Francis Street limpia la mercería de mi amigo Barney. Lo llamaron la semana pasada para informarle que ya no podrían limpiar para él, pero que le darían algunas referencias para otras sirvientas—.

Miré por la ventana y suspiré. Mierda. Al derribar a María Álvarez, ¿por qué no había considerado que me desharía del empleo de otras

buenas personas? ¿Cuántos cheques de pago había hecho desaparecer? La culpa fue abrumadora.

—¿Podría estar interesado en limpiar para él?—

Negué con la cabeza y lo miré de nuevo. —No creo que pueda. No ahora, cuando soy solo yo. Me voy a quedar con mis clientes actuales —.

—Entiendo. No puedes estirarte demasiado—.

Me reí. —Si. No a esta edad y no en este tráfico—.

Jamie se rio a carcajadas. —Amen a eso. Además, sus clientes actuales están muy contentos. Eso es importante—.

Asentí. —Gracias—.

Pesado de corazón y de pensamientos, volví a fregar.

# Capítulo Veintinueve

Las distracciones causan problemas. Lo sabía. Pensé que era más inteligente que permitir que un extraño se me acercara en la oscuridad de la calle.

—Eres una caminante rápida, ¿lo sabías?— dijo una voz de hombre.

Acababa de salir de la casa de empeños. Era de noche. Miré a mi alrededor para ver si veía a alguien. No había nadie. Pero reconocí al hombre que tenía delante. Era Mark Simpson, el abogado que había intentado estafarme en Smithers and Associates.

Cogí mi bolso para sacar mi rociador de pimienta. Sin embargo, mis manos temblorosas seguían resbalando. Cogí un lápiz labial, una botella de loción para manos y algo más antes de alcanzar el rociador de pimienta.

Mark Simpson dio un paso atrás y levantó las manos. —No te pondré la mano encima—.

—¿Por qué estás aquí?— Dije en voz alta y temblorosa. —¿Qué deseas?—

—Sólo quiero hablar contigo". Dijo con cuidado.

—No. No. No tengo nada que decirte,— dije mientras daba un paso atrás, todavía sosteniendo el spray de pimienta.

—Sólo párate—, dijo con impaciencia. —Si quisiera hacerte daño, ya lo habría hecho—.

Retrocedí más pasos.

—¡No huyas!— el exclamó. —¿No quieres oír lo que tengo que decir?—

—¡No!— Exclamé. —Usted gana dinero trabajando en un nido de víboras. Ya has intentado aprovecharte de mí. No. Me voy—, dije mientras comenzaba a darme la vuelta.

—Te subestimé, y también lo hizo la empresa—.

Eso me detuvo. Me di la vuelta para enfrentar a Mark.

Se rió un poco, pero no fue gracioso. —No estaba presente cuando María Álvarez consiguió una impostora que se sentó en tu lugar—.

—¡No tuve nada que ver con eso!— Exclamé.

—Lo sé—, dijo enojado. —Dios. Solo escúchame—.

—Me metí en un lío—, explicó Mark. —Tuve que hacer un trabajo pro-bono en Peoria durante un par de semanas, que fue cuando ocurrió el lío de cheques con Francis Street. Si hubiera estado aquí—, dijo mientras se burlaba, "podría haber evitado la pérdida del prestigio de la empresa—.

—¿Te importa eso? ¿Te preocupas por tus socios asquerosos?— pregunté.

—Me preocupo por salir adelante. Me preocupo por la experiencia y las conexiones. Tuve que trabajar muy duro para llegar donde estoy. No tienes idea—.

Me burlé. —¿Y qué? Todo el mundo tiene una historia triste—.

Mark inclinó su cabeza. —Tal vez—.

—¿Qué quieres?— Le pregunté.

—Estoy aquí para darte algunos consejos gratuitos—.

Me reí. —Oh, eso es rico. Tengo un abogado que puede asesorarme mejor que tú—.

—Si. La poderosa Jane Knight. Pero esto no tiene nada que ver con ella. Además, si alguien te está dando un consejo gratis, es inteligente escucharlo antes de descartarlo—, dijo con firmeza.

Comprendiendo que no estaba en peligro, asentí. —Bueno. ¿Qué? —

—¿Quieres saber cómo los gatos gordos con los que trabajo se escaparon sin problemas?—

—Si—.

—Bueno—, dijo mientras se burlaba. —Ayudaste a las cosas manteniendo tu boca cerrada—.

Negué con la cabeza y me di la vuelta para irme. No necesitaba un idiota para darme una conciencia culpable sobre lo que había hecho o no había hecho.

—No es como los programas de televisión—, gritó.

Me detuve y me di la vuelta. Él sonrió.

—Si. Ser abogado no se imbuye de un conocimiento mágico sobre la ley. Los socios probablemente se han olvidado más de la ley de lo que yo sé ". Me miró un poco. —Te diré por qué tienes que preocuparte—.

Tragué saliva audiblemente.

—Los gatos gordos permanecen en el poder gracias a su experiencia y sus conexiones. Saben a quién llevarse los bolsillos. Saben a quién pueden empujar. Y saben a quién vigilar ". Se mordió el labio inferior por un momento y luego asintió. —Pero hicieron algo mal con Ronnie. ¿Ronald Moore?—

Asentí, porque estaba curiosa con lo que había pasado con el dueño de la oficina que había limpiado.

—Por supuesto que lo recuerdas. Una gata inteligente como tú no olvida las cosas. Lo que no siempre es bueno, debo agregar —, dijo Mark. —Intentaron reclutar a Ronnie en algunos de sus planes. El no aceptó. No les gustó eso y trataron de ensuciarlo un poco. Eso encabronó = cabreó a Ronnie y fue tras ellos—.

—¿Él está bien?—

—¿Ronnie? No lo sé. Sin embargo, no querría ser él—.

Miré a mi alrededor y me froté los brazos. —¿Por qué me estás

diciendo esto?—

—Porque soy inteligente. Y te estoy haciendo un favor. Aquí está mi favor: cuida tu espalda—.

Empecé a temblar.

—Podrías pensar que estás a salvo porque mantuviste la boca cerrada. Sin embargo, no apostaría por eso—.

Incluso asustada, negué con la cabeza. —Bueno. Excelente. ¡Buen consejo, Mark Simpson! Me dice que tenga miedo de los abogados malos y espeluznantes y de los criminales para los que trabajan. ¡No es un flash de noticias!— Ladré.

Él suspiró. —Tal vez no. ¿Pero quieres saber un secreto?—

Me froté la cara. —No. Ya no quiero saber más secretos—.

—Confía en mí; te gustará este—.

—¡No! No me acostaré con alguien que comparte su cama con alimañas, —me burlé.

Eso le hizo parpadear un par de veces. —Bueno ... el sexo no estaba sobre la mesa, pero aceptaré un favor tuyo a cambio del secreto —.

—¡No, no y NO!— Exclamé. —¡No puedes comprarme!—

—Demasiado tarde, porque estoy a punto de decírtelo, y me ayudarás en el futuro. No infringirás ninguna ley, e incluso podría hacer que tu tiempo valga la pena—.

Me di la vuelta y caminé hacia la casa de empeño.

—Si sigue este consejo, lo sabré. Lo sabré y me deberás un favor". Gritó.

Seguí caminando, pero aminoré el paso.

—Han pirateado sus teléfonos móviles. Ambos. Ellos conocen todos tus mensajes de texto y llamadas a Rafy, a Ada Barros e incluso los mensajes de texto que bloqueas de James Loza—.

Me detuve y me volví para mirarlo. Él sonrió.

—Me debes—, dijo. Luego guiñó un ojo y se fue.

Desde la comodidad de casa, miré los dos teléfonos celulares en mi mesa de café. ¿Que se suponía que debía hacer? Si cancelara ambos teléfonos, los abogados lo sabrían. Buscarían otro número y lo encontrarían.

Me levanté y caminé por mi sala. Tuve que quedarme con los teléfonos, pero tuve que encontrar otra manera de comunicarme con las personas en mi vida. Luego vi mi vieja libreta de direcciones junto a mi DVR. Suspiré. —Es el correo postal—, me dije.

Tendría que escribirle cartas a Rafy. Tendría que encontrar una forma secreta para que me respondiera. Pero podríamos hacerlo.

Sin saber qué más hacer, me senté a la mesa, cogí mi cuaderno y mi bolígrafo y comencé a escribir.

—Querido hermano. Quería emoción y la conseguí ... —

# Capítulo Treinta

Me estaba extendiendo demasiado, y con más que mis preocupaciones, emociones y culpa. Claro, estaba ganando más dinero que nunca, pero también estaba más exhausta que nunca. Me dolían las rodillas, me dolía la espalda y me iba a la cama cansada todas las noches.

Además, no tenía seguro ni un plan de retiro. Caminaba hacia mi carro tarde un martes por la noche. Entré en mi Focus, me recosté y cerré los ojos. Mierda. Necesitaba hacer algo más. Algo que no implicaba que me rompiera la espalda y me preocupara con respecto a mi sustento y mi vida. ¿Quién podría venir a mí para ajustar cuentas? ¿Un matón? ¿Un abogado? ¿Un exjefe?

Me había quedado dormida porque me desperté con la sensación de que mi carro se movía. Pero no me había movido. Asustada, abrí los ojos. Miré por el espejo retrovisor y vi moverse una sombra, ¡en mi carro! Ojos oscuros y crueles en un rostro enojado me miraron. Grité.

—Baja la voz, perra. Tengo un arma—, dijo la voz enojada.

María.

Mis ojos se abrieron y tragué. Estaba petrificada.

—¿Qué deseas?— Chillé.

—¿Qué quiero? Te diré lo que quiero—, siseó. —Quiero recuperar mi negocio. Quiero mi dinero de vuelta. Quiero recuperar mi reputación. Quiero a mi esposo de vuelta. ¿Quieres saber lo que tengo ahora?—

—¿Qué?—

—Nada. Mi ex cabrón se llevó a mis hijos a Puerto Rico. Los registró en una escuela por allá para que no queden atrapados en la tormenta de mierda en la que estoy—.

—¿No está él también en problemas?— Pregunté, cualquier cosa para que la loca siguiera hablando.

—No. Mi esposo estaba en PR cuando firmé esos documentos para el bufete de abogados. Yo no quería que él supiera sobre el dinero, porque me preocupaba que estuviera pensando en dejarme. Y lo hizo —.

Ave María. María estaba metida en cosas malas. Si bien sonaba loca, también sonaba cuerda.

—Mi seguro no cubrió todos los problemas en los que me metí con el bufete de abogados. Tuve que perder mi casa y mis autos también —, dijo, su voz se hizo más fuerte. —Algunas personas malas están preocupadas de que yo también les delate. Además, no puedo dejar Chicago porque la policía me está investigando. ¿Sabes dónde me deja eso?—

Negué con la cabeza. —No—.

—Por supuesto que no, pendeja egoísta—, enfureció. —Me deja limpiando de nuevo. ¡Yo! ¡Una mujer de negocios! He vuelto a limpiar casas como la ayuda común que contraté—.

Las lágrimas cayeron de mi rostro; ella rió.

—Ahora lloras. No pensaste en mí cuando me delataste, ¿verdad? No. Tampoco pensaste en las otras quince sirvientas que tenía trabajando para mí, ¿verdad?— ella ladró.

Ella tenía razón; Solo había estado pensando en limpiar mi nombre y meterla a ella en problemas para usarme para hacerse rica.

—¿Podría haber sido de otra manera?—

—¿De qué estás hablando?—

—¿Habría devuelto el dinero al bufete de abogados?—

—No—, se burló. —Ya había firmado los documentos. Asi que tomé el día de pago. Me lo gané—.

—No, no lo hiciste—, le dije.

—¡Cállate!— ella ladró. —Tengo un arma aquí, perra. Puedes pensar que tienes una mente rápida, pero yo tengo un arma. ¿Y quieres saber algo? Al igual que tú, no tengo nada que perder. Puedo dispararte aquí mismo, por el respaldo de tu asiento, y a nadie le importará—.

—Eso no es cierto—, me quejé.

—Sí, lo es. Te he estado observando. Todo lo que tienes son clientes. Sin amigos ni amantes. No hay nadie que te extrañe—.

Eso fue lo más triste y aterrador que me había dicho.

—Eso no es cierto—, dije mientras sollozaba.

—Sí lo es. Míralo de esta manera. Puede unirse a su hijo nuevamente. Probablemente sea el único al que le importa lo que te suceda—.

Yo lloraba tan fuerte que no podía decir palabras.

—Te voy a hacer un favor, Marta. No siempre te odié. Te admiré y te compadecí. Todavía me siento mal porque perdiste a tu hijo. Por eso, te dispararé en la nuca. No sentirás nada—.

Luego sentí un círculo helado tocar el costado de mi cuero cabelludo, justo detrás de mi oreja derecha. Entonces escuché dos palabras dentro de mi conciencia. —¡Lucha, Mami!—, Gritó.

No era mi momento de irme.

—Yo ... yo tengo novio—, dije entre sollozos. —Crees que a nadie le importa, pero estás equivocada. Tengo novio. Es el detective Kevin Connelly. Hemos estado saliendo durante tres meses—.

—Mentirosa—, dijo mientras se reía. —Lo he visto. No iría por una bruja acabada como tú—.

Negué con la cabeza. —No. Cree que soy inteligente, divertida y sexy. Él también me hace reír. No sé a dónde va la relación, o si

terminará en alguna parte, pero sé una cosa: mi novio, el detective Kevin Connelly, está esperando mi llamada—.

Por alguna razón, la mención del nombre del detective me dio fuerzas.

—Cuando no recibe mi llamada, vendrá a buscarme. No solo eso, él sabe que estaba preocupada por lo que harías para tomar represalias contra mí. Si me pasa algo, vendrá por ti, María—, enuncié.

Podía sentirla vacilar; el círculo que era el cañón de la pistola bajó de mi cuero cabelludo.

—Paquetera—, me dijo, pero ya no sonaba tan segura.

—No estoy mintiendo—, dije. —¿Crees que tienes problemas con tus matones? Tendrá problemas con el Departamento de Policía de Chicago. Ellos te encontrarán. Tampoco cuentes con esconderte en Puerto Rico. Esa isla es el patio de mi hermano mayor. Y él sabe todo lo que hay que saber sobre ti—.

Ella se quedó callada por un momento.

—Mierda. Esta vez pensaste mejor que yo, perra, pero esto no ha terminado—.

Una de las puertas traseras se abrió. Luego, el carro se movió y una puerta se cerró de golpe. Y luego se hizo el silencio. Sollozando fuerte, encendí mi auto y me fui.

No me detuve hasta que llegué a la precinto de Blue Island Avenue. Sin importarme, estacioné mi auto en doble fila. Sollocé a través del detector de metales, subí por el ascensor y llegué a la habitación en la que estaban los policías. Allí lo vi: el detective Connelly. Sus ojos azules brillaron mientras se reía de algo que decía una policía rubia guapa.

Pero luego, me vio; se puso serio cuando vio mi rostro lloroso. Luego miré a la izquierda hacia donde estaba el escritorio del detective Kostas. Se puso de pie y me miró. Parecía tan disponible. Caminé hácia el y lloré con más fuerza.

—¿Marta?— preguntó, poniendo suavemente su mano en mi brazo.

Con cuidado, me guio hasta el asiento en el frente de su escritorio.

—¿Estás bien?— Preguntó suavemente.

Lo miré y luego a todo nuestro alrededor. No vi a María allí, pero podría haberse estado escondiendo. Me volví hacia el detective Kostas.

—¿Estoy a salvo aquí?— Pregunté entre sollozos.

Tragó y asintió. —Sí—, dijo con vehemencia. —Nada ni nadie te hará daño aquí. Lo juro—.

Sintiéndome segura, finalmente, apoyé mi rostro en mi mano y sollocé. El detective Kostas se sentó en la silla junto a la mía y me entregó un pañuelo. Vi dos zapatos detenerse cerca del escritorio de

James.

—Lárgate, Connelly, —dijo el detective Kostas.

Los zapatos desaparecieron.

Después de un vaso de agua y algunas respiraciones profundas, pude recomponerme. Le conté todo al detective Kostas, comenzando con el video que vi, la apertura de mi propio negocio de limpieza, el robo de identidad, la conversación con Mark Simpson y culminando con mi experiencia cercana a la muerte esa noche.

—Ella me va a matar y no quiero morir—, dije mientras sollozaba. —Pensé que después de perder a mi hijo no tenía nada por lo que vivir. Pero quiero vivir. Mi rincón del mundo es pequeño, pero es mío. Y lo quiero—.

El detective Kostas resopló y asintió. Luego cubrió mis manos temblorosas con las suyas y habló. —Ella no te atrapará, Marta. Lo juro. Esa pendeja cree que es inteligente; para un gamberro, podría serlo. ¿Pero sabes qué? Soy más inteligente, más fuerte y la atraparé —.

Sus ojos color avellana eran tan intensos, pero tan cálidos. Nunca me había sentido tan segura.

—¿Qué debo hacer?—

—Te lo diré. Te llevaré a tu a casa ahora mismo. Uno de mis muchachos traerá tu caro allí. Echaré un vistazo a tu casa. ¿Sabes lo que haces después de eso?—

—¿Qué?—

—Vive tu vida como si no te importara nada en el mundo porque yo estoy aquí. Cuido a la gente. Eso es lo que hago—.

No sabía qué más hacer. Lloré de nuevo. Afortunadamente, el detective Kostas tenía otro pañuelo en la mano.

—¿Llevas dos pañuelos?— Yo pregunté.

El asintió. —Por supuesto que sí. Soy un caballero—.

# Capítulo Treintaiuno

Mi vida continuó, a pesar de que tenía que mirar por encima del hombro por el futuro previsible. Escribir cartas se convirtió en un nuevo pasatiempo y lo disfruté. Rafy encontró una manera de enviarme cartas escondidas en los correos de la revista Vanidades. Desarrollamos un código secreto para nuestras llamadas telefónicas. Casi fue divertido.

Yo también estaba siendo vigilado localmente. El detective Kostas se convirtió en una presencia constante en mi vida. Me llamó una vez cada dos días para ver cómo estaba. Hablando del diablo, me llamó. Lo puse en altavoz porque estaba manejando.

—¿Hola?—

—Oye. ¿Cómo te va, señora de la limpieza?—

Me reí, —Está bien. Ocupada. Juro que todas las personas para las que estoy limpiando habían decidido organizar las comidas tempranas de Acción de Gracias más grandes de la historia—.

Él se rio de eso. —¿Cuáles son tus planes?—

—Voy a pasar el rato con Doña Justa, la dueña de mi apartamento. Nos gusta cocinar comida puertorriqueña para los días festivos—.

Escuché un crujido de radio desde su lado de la llamada.

—¿Te han estado siguiendo o molestando últimamente?— preguntó.

Mi sonrisa se desvaneció. —No. ¿Debería estar preocupada?—

—No—, dijo con firmeza. —No he escuchado nada en los píos que estoy vigilando—.

—Eso es bueno—, dije con un suspiro.

—Yo también lo creo. Muy bien, señora. Tengo que volver a trabajar aquí. Llámame si necesitas algo—.

Con eso, desconectó la llamada.

Desafortunadamente , La naturaleza coqueta de James Kostas había desaparecido, pero en su lugar había un profesional dedicado. Agradecí el profesionalismo ya que estaba en un lugar de mi vida que requería que estuviera alerta. No podía bajar la guardia, al menos no ahora mismo.

Unas semanas después de la amenaza de muerte de María contra mí, el detective Kostas me invitó a almorzar con él. El lugar estaba cerca de su cuartel, pero no había notado el restaurant antes. Sonreí y saludé cuando lo vi en una mesa. Su rostro serio también sonrió.

Suspiré por los aromas en el aire. —Cebollas asadas. ¿Cómo puede la gente odiar las cebollas?— Pregunté mientras me sentaba frente a él en la mesa.

—Porque están locos—, confió.

—¿Cómo va tu trabajo?—

Gimió y se rascó la cara. —Ocupado. Estoy trabajando en mis casos regulares, además de tratar de encontrar a la Señora María Álvarez. Ser odiado por los medios de comunicación y el público en general también es una carga—, confió.

Un par de policías habían tomado malas decisiones y ahora todos los policías estaban pagando el precio.

Todavía tenía curiosidad por el caso que había ayudado a interpretar, así que le pregunté al respecto. —¿Y el señor Eusebio y su sobrino nieto Enrique? ¿Como va eso?—

James rodó su cuello. —Dolorosamente. Encontramos las cosas a las que se refería el señor Eusebio Horta, justo donde él y usted dijeron que estarían. Sin embargo, Enrique ahora está desaparecido. También su tío abuelo—.

Suspiré. —Eso es horrible. Lo siento—.

—Sucede. Pero no me hagas caso. ¿Cómo estás?— Preguntó el detective Kostas.

Sonreí en respuesta.

—¿Para qué es la sonrisa?— preguntó.

—Se lo diré, detective, tan pronto como ordene—.

Él se rio a carcajadas. —Entonces adelante y dímelo. Ya ordené para ti—.

Yo también me reí a carcajadas. —Entonces, eres uno de esos tipos de hombres—.

—¿Qué tipo es ese?—

—El tipo que está tan confiado que ordena comida para sus...compañeros—, dije mientras me sonrojaba. Casi había dicho una cita, pero no era su cita.

Asintió y respiró hondo. —Bueno… tengo confianza. Y créame, estos tipos aquí—, dijo mientras saludaba a la cocina. —No pueden estropear nada—.

—Puedo trabajar con eso—.

—Bien—, dijo. —Ahora, derrame. Sobre tu trabajo y no esa bebida —.

Me había comprado una botella de agua. Asentí y comencé a hablar. —¿Recuerdas cómo te dije que me sentía mal porque todas esas personas en Francis Street perdieron sus trabajos?—

—Si—.

—Bueno ... con Francis Street quebrado—, dije mientras me sonrojaba.

—Oye. Eso no es culpa tuya—, afirmó el detective.

Suspiré. —Tal vez. Tal vez no. De todos modos, he tenido más trabajos de los que puedo manejar. Llamé a las mejores doncellas con las que trabajé y les empujé a esos empleos. Yo las respaldé, por

supuesto—.

—Qué bueno—, dijo en voz baja. —¿Vas a cobrar una comisión?—

Negué con la cabeza. —No. Soy un ejército de una sola mujer. Sin embargo, me complacería que comenzaran con sus propias operaciones—.

—Eso es algo—.

—Eso es lo que pretendo. Queiro proveer una mano amiga amable, y no una que intente aprovecharse—.

Tomamos un descanso de la conversación para comer. Las salchichas estaban divinas.

—Querido Señor,— dije. —Estas salchichas son geniales. Mejor que las salchichas de The Sausage Place, —dije, aludiendo a una cadena de salchichas con sede en Chicago.

James asintió y se secó la boca con una servilleta. —De veras. Por eso todos los policías llevamos ruedas de repuesto en nuestras barrigas —.

James se veía bastante delgado. Pero no dije eso.

—Tengo que trabajar como el infierno para mantener mi llanta de repuesto apagada". Añadió.

Sonreí. —Yo también como un poco. El trabajo manual que es la limpieza mantiene alejado el peso no deseado—.

—Amén por limpiar y perseguir a los delincuentes—, dijo antes de tomar otro sorbo de agua.

Asentí y tomé mas agua.

—Entonces ... ¿James, el intérprete, ha intentado llamarte de nuevo?—

Tosí en mi mano sobre la pregunta. James sonrió.

—Pensé que no ibas a hablar de eso de nuevo—, dije mientras me sonrojaba.

—¿Cuándo dije eso?— bromeó.

—Quizás no lo hiciste—, admití. —Pero, no… James Loza no me ha devuelto la llamada. Gracias a Dios, —dije mientras negaba con la cabeza.

Momentos después, James suspiró y miró su reloj.

—¿Te tienes que ir?—

Quería que dijera que no. Disfruté mi tiempo con él.

—No exactamente. Alguien más se une a nosotros—.

Fruncí el ceño. —¿Quien?—

En ese momento, el detective Connelly entró en el establecimiento. Mis ojos se abrieron con sorpresa y mi corazón dio un vuelco.

—¡Oye! No sabía que estaban almorzando—, acusó el detective Connelly.

Miré a James, quien no quiso mirarme.

—¿Olvidé mencionar eso?— James no le dijo a nadie en particular.

—Si. Lo olvidaste—, acusó el otro detective.

Se sentó al lado de James y frente a mí. —¿Cómo estás, Marta?— me preguntó.

Miré a James con sorpresa. No entendí lo que estaba pasando. No estaba preparada para sentarme con el detective Kevin Connelly.

—El detective Connelly tiene que trabajar conmigo en el caso de Francis Street ...—

——Porque era mío, para empezar, —intervino el otro detective—.

—Pero el intento de asesinato es mi caso—, dijo James.

—Lo cual podría haber sido mío si Marta hubiera ido a mi escritorio y no al tuyo—, finalizó detective Connelly.

Ay. Algo estaba en marcha. Nerviosa, miré mi botella de agua. La noche en que María me atacó, tenía la intención de ir al escritorio de Kevin. Pero el estaba en compañía de una mujer que parecía disfrutar de su compañía. Mi vulnerabilidad en ese momento no me permitió interrumpirlos.

Desde entonces, el detective Connelly intentó llamarme una o dos veces. No acepté sus llamadas porque estaba nerviosa.

James extendió la mano y me dio una palmada en el brazo. Lo miré. —Sé que, con este caso, estás en un lugar vulnerable—, dijo gentilmente. —Pero en esto, tienes que confiar en mí—.

Asentí.

—Kevin aquí lo sabe todo. Lo informé—.

Asentí de nuevo.

—Pero necesita saber si surge algo nuevo—.

Seguí asintiendo. Estaba tan conmocionada, todavía.

—Oye. No te pongas nerviosa. Ambos te estamos cuidando—.

Volvió a palmear mi brazo y luego lo soltó.

—Marta—, me dijo Kevin.

Lo miré.

—Lamento que...mi comportamiento esa noche, te asustó. Quiero que sepas que de ahora en adelante puedes contar conmigo. Estoy disponible. Estoy aquí—.

Oh, mierda. El detective Connelly parecía serio.

—Gracias—, dije mientras me sonrojaba.

Salí del almuerzo del restaurante, sabiendo que dos buenos policías estaban investigando a María. Eso me hizo sentir segura. Partí con la sensación de que dos buenos hombres me miraban con ojos más que amables.

Y yo no tenía tiempo para eso. E incluso si lo hiciera, el detective Connelly era un poco más coqueto. Y el detective Kostas había dejo de coquetear y había adoptado una actitud más protector hacia mí, de todos modos.

Así que fue algo bueno que no tuviera tiempo para eso. ¿Verdad?

# Capítulo Treintidos

Habían pasado tres meses desde que Melissa se abrió conmigo sobre su acosador. Juré que no diría nada, pero extrañaba sus conversaciones. Además, necesitaba a alguien con quien hablar sobre los detectives.

Escogí mi momento con cuidado; Niels acababa de salir de la oficina para dirigirse al gimnasio. Melissa estaba sentada en su escritorio, escribiendo. Nerviosamente, me acerqué a ella.

—¿Melissa?—

—¿Sí?— Preguntó, apenas apartando la mirada de su computadora.

—¿He hecho algo para enojarte?—

Eso la detuvo.

—¿Qué quieres decir?— ella preguntó.

Me sonrojé. —Usted es mi jefa aquí y la respeto. Pero… éramos amigas antes. Creo que eso ha cambiado. Si quieres que sea así, está bien. Solo quiero estar segura de que no hice nada para enojarte—.

Melissa me miró fijamente durante unos largos momentos. Su frente también se arrugó.

—No lo sabes, ¿verdad?—

—¿Saber qué?—

Ella puso los ojos en blanco y miró al techo. —Por supuesto, no lo sabes—. Luego se puso de pie y me miró. —Tu cartera - ¿Dónde está? —

Melissa volvió a hablarme en español, lo que me confundió. Significaba que todavía se sentía cómoda conmigo, pero de una manera amistosa. Tanto era así que tomó mi bolso de cuero marrón del carrito de limpieza y buscó su contenido.

—Tú, amiga mía, tienes una cartera desordenada. Es bastante irónico, ¿no crees?—

Antes de que pudiera preguntarle qué estaba haciendo, sacó un cuadrado blanco grueso de las profundidades de mi bolso.

—Aquí está—, dijo, entregándomela.

Fui a abrir el sobre, pero ella me detuvo. —¡No! Aquí no. Ábrelo cuando llegues a casa—.

—¿En serio?—

—¡Si!—

Cuando terminé de limpiar, me volví hacia ella. —¿Estamos bien? —

—Sí, estamos bien—, dijo con una sonrisa. —Ahora que sé lo que está pasando—.

Luego me echó de la oficina. —Ahora. Vete a casa. Abre la tarjeta

y envíame un mensaje de texto más tarde—.

Entonces, en lugar de correr a casa, fui al pasillo y abrí el sobre. No contenía nada más que un cheque por dos mil dólares, con fecha de tres meses atrás. La línea del memo decía: Servicios de consulta privada.

Mi boca se abrió en estado de shock. Desconcertada, volví a la oficina de Melissa.

—¿Qué … qué es esto?—

Melissa se rió. —Lo que le habría pagado a un investigador privado. Hiciste P.I. trabajo para mí, así que te pagué—.

—Pero … pero yo no …—

—Cállate, y sí, lo eres. Ese trabajo extra es tu nicho, Marta, la 'cosa extra' que puedes hacer para ganar dinero adicional—.

—Pero… tienes que haber sido policía en Chicago para ser un investigador privado. ¿Correcto?— Yo pregunté.

—Quién sabe lo que se necesita para ser un P.I. aquí. Pero, ¿quién dice que tiene que estar en alza? Disfrace su trabajo como…servicios de consulta y mantenimiento. Investigar es lo tuyo, Marta. Ambas lo sabemos—.

Mi cabeza daba vueltas. No podía comprender qué me decía, así que discutí sobre el cheque. —Hice eso como amiga. No necesitaba el pago—.

Ella negó con la cabeza y se puso de pie. —No. Los amigos no hacen lo que tú hiciste; los profesionales lo hacen. Ahora, vaya y deposite ese cheque. Te lo has ganado—.

Luego se acercó a mí. Me abrazó y me empujó fuera de la oficina, mientras se reía.

En mi carro, me quedé mirando la línea del memo en el cheque por un rato. ¿Un investigador privado? ¿Podría ser un P.I.? La esperanza burbujeó en mí. Yo estaba emocionada. Estaba optimista. Yo podría hacerlo. Podría ser un P.I. - legal o no.

Tuve que compartir mi entusiasmo con alguien.

Antes de que pudiera pensar en cómo podría convertirme en un investigador sin licencia, había algo más que tenía que hacer. Hice una búsqueda en mi teléfono, marqué un número ochocientos y esperé para hablar con un representante de servicio al cliente. Tan pronto como vino alguien en línea, hice mi solicitud. No pude evitar sonreír mientras hablaba.

—Hola. Me gustaría reservar un pasaje de ida y vuelta para San Juan, Puerto Rico—.

###

# ¡HOLA, LECTORA! (O LECTOR)

Espero que haya disfrutado la primera aventura de Marta. Si te gustó, favor dejar una crítica (positiva, por favor) o recomiende este libro a tus familiares y amigos.

¡¡Muchísimas gracias!!

# SOBRE LA AUTORA

Cyndia Rios-Myers (Cyndia Rios Santiago en Puerto Rico) es una escritora y ensayista residente en Carlisle, Pennsylvania, con padres basados en Arecibo, Puerto Rico, y Hatillo, Puerto Rico. Cyndia disfruta leer, correr, reírse y tomar buenas siestas. Puede mantenerse al día con sus reflexiones en su página de Facebook, en Instagram @milipan, en su sitio web en www.cyndiariosmyers.com o en Twitter en @criosmyers.

# OTROS LIBROS ESCRITOS POR CYNDIA RIOS-MYERS (EN ESPAÑOL)

MARTA BLANQUEA TODO (EL SEGUNDO LIBRO DE LA SERIE DE LA SIRVIENTA DETECTIVE)
MARTA SE ASUSTA (EL TERCER LIBRO DE LA SERIE DE LA SIRVIENTA DETECTIVE)